
El templo
y la tumba
REBECA MIRTO

El templo y la tumba

Rebeca Mirto

ASIN:

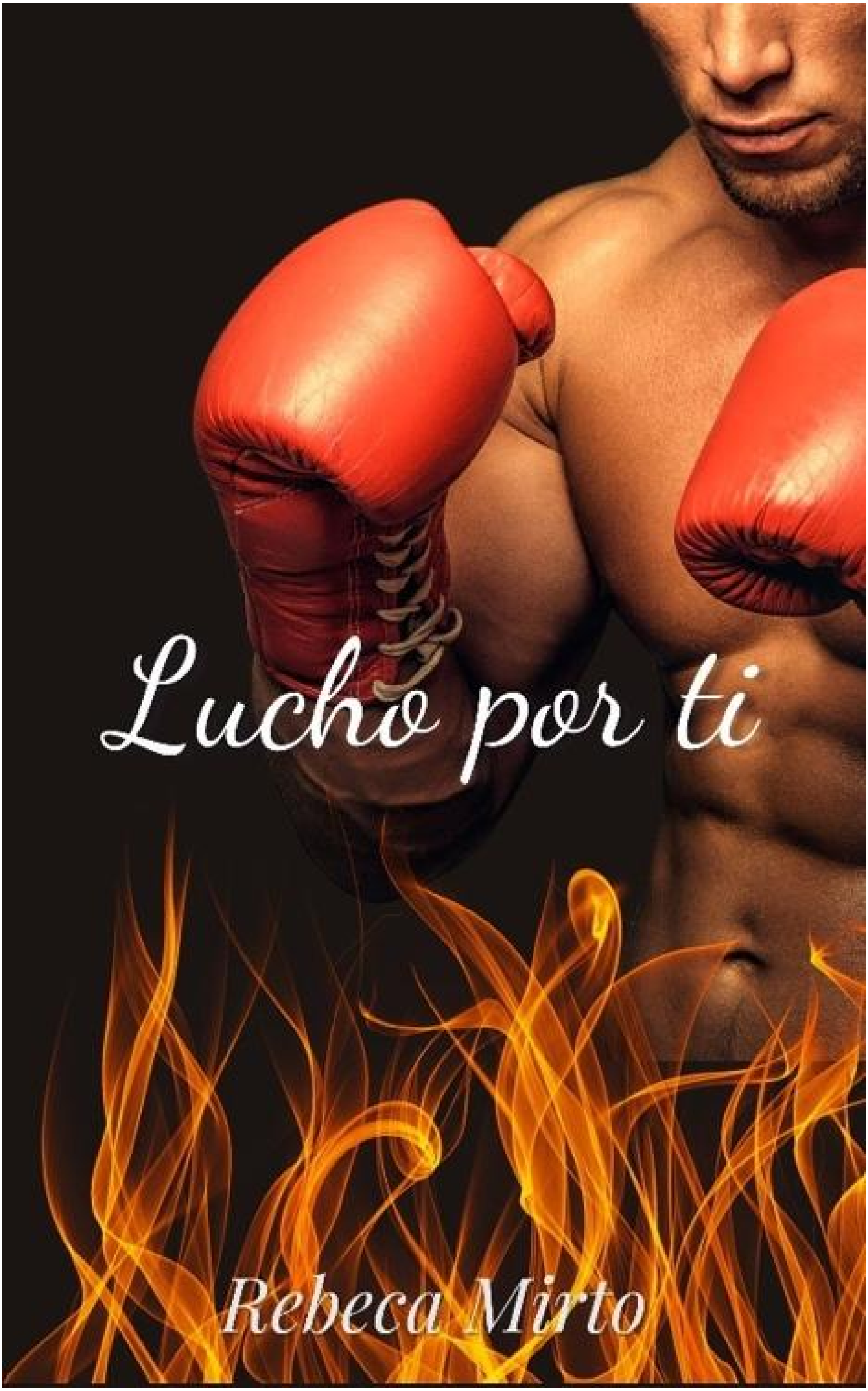
Aunque inspirada en parte en sucesos históricos, esta novela contiene personajes, lugares y circunstancias ficticias.

www.rebecamirto.com

hola@rebecamirto.com

Instagram. @rebeca.mirto

Te regalo un relato romántico



Capítulo 1

Los llantos de las plañideras rompieron el silencio que reinaba en Panópolis desde hacía tres días. Había llegado el momento de dar el último adiós a Apolonio de Samos, uno de los más ricos comerciantes de la zona y también un gran benefactor. Pronto iniciaría su viaje hacia el Más Allá y se enfrentaría al juicio de Osiris, quien pesaría su corazón para evaluar los actos que habían marcado su vida. Eso era lo que pensaba Berenice, sacerdotisa del templo de Horus-Min, lugar hacia el que se dirigía la larga comitiva. Sostenía en los brazos una larga pieza de lino blanco que había tejido durante días junto a sus compañeras y que serviría para cubrir el cuerpo de Apolonio antes de sellar su sarcófago para siempre. Era todo un honor, un homenaje que el Gran Sacerdote de Panópolis había querido otorgar al hombre que tantas riquezas había entregado al templo durante años.

Berenice recordaba muy bien a Apolonio, un hombre afable y risueño que vestía con túnicas al estilo griego, se perfilaba los ojos como un egipcio y comerciaba como un fenicio. Aun así, no lograba sentir lástima por su muerte y tampoco creía que lo echaría de menos. No hacía más que pensar en ese juicio que le esperaba ante Osiris. Cuando Anubis pusiera su corazón en la báscula con la pluma de Maat sabría que, a pesar de las donaciones y regalos que Apolonio hacía de forma constante al pueblo y a las autoridades de Panópolis, el comerciante engañaba en sus tratos de compraventa, era cruel con su esposa y se reunía en su palacio con gente peligrosa cuando llegaba la noche. Entonces, Thoth emitiría la sentencia y Ammyt se arrojaría contra Apolonio para devorarlo y otorgarle su segunda muerte. Apolonio jamás pisaría los campos de Aaru y ese pensamiento reconfortaba a Berenice. Un hombre como él no debía vivir eternamente.

Los lamentos, gemidos y llantos se escuchaban cada vez más cerca y la sacerdotisa ya podía ver los agitados cabellos negros de las mujeres que gritaban y lloraban haciendo aspavientos, golpeándose los pechos desnudos y luciendo túnicas desgarradas. Los hombres, a ambos lados de la comitiva, se lamentaban con voces graves pero manteniendo un mayor decoro en sus expresiones de duelo. En medio de todo se elevaba el palanquín en el que descansaba el cuerpo ya embalsamado de Apolonio, el cual habían recogido de la Casa Hermosa horas atrás, el lugar donde se llevaba a cabo este procedimiento. La hierática máscara que cubría su rostro no hacía

justicia a la expresión vivaracha que Apolonio había tenido en vida, pero sí le daba un aire digno de cara a encontrarse con los dioses y las almas de los muertos.

Pronto el olor a incienso se hizo más intenso: ante la cercanía de la comitiva, el Gran Sacerdote había ordenado encender los cuatro pebeteros que había en la enorme puerta del templo para comenzar el proceso de purificación antes de llevar al muerto hasta su hogar definitivo. Las sacerdotisas de Tayt elevaron sus manos con gracilidad para hacer sonar los delicados crótalos que colgaban de sus dedos. La Gran Sacerdotisa Menófila empezó a agitar el sistro marcando el ritmo de las jóvenes. Berenice las miró de reojo con algo de envidia mientras se esforzaba en mantener los brazos doblados en un perfecto ángulo recto respecto a su cuerpo. La tela de lino, fresca y ligera cuando la habían sacado del telar hacía solo unas horas, ahora parecía pesar como una vaca y le daba más calor conforme el sol extendía sus rayos sobre la ciudad.

Como si pudiera leer sus pensamientos, la Gran Sacerdotisa le dedicó una mirada de advertencia, quizá notando que el creciente cansancio de la joven hacía vacilar la firmeza de sus brazos. Berenice volvió la vista al frente, intentando centrarse en cualquier cosa antes que en el dolor de los músculos y el sudor que empezaba a emerger bajo su peluca de pelo negro y brillante. Desde allí podía ver la Casa de la Cerveza vacía, excepto por las figuras de tres o cuatro hombres que se refugiaban del sol bajo un toldo de color amarillento. Eran los embalsamadores, inmunes ante la muerte y el dolor ajeno, respetados y temidos al mismo tiempo, sagrados y mundanos. Con jarras de espesa cerveza en las manos, se limitaban a observar el funeral desde la lejanía tras días de trabajo sin descanso. Ellos habían visto a Apolonio como nadie lo había hecho, y Berenice se preguntaba si habrían descubierto algún secreto grabado en su piel o en el interior de sus vísceras.

Pero no pudo seguir inmersa en sus pensamientos, pues el cuerpo de Apolonio estaba entrando en el santuario. El resto de habitantes de Panópolis permanecieron ante el templo, entre sus gruesas columnas centrales, lanzando lamentos al aire, llorando y gimiendo. Desde luego la fortuna del comerciante había alcanzado para pagar unas cuantas horas a las plañideras. Berenice tuvo que esforzarse para abandonar aquellos pensamientos frívolos mientras giraba sobre sus pies para seguir a la comitiva de mujeres que hacían sonar los crótalos con toques sencillos y espaciados que ganaron en grandiosidad cuando estuvieron entre cuatro paredes.

Las sombras del templo se rasgaban con las pequeñas llamas de las lucernas que se apoyaban en los huecos creados para ello en las paredes del templo. Ahora estaban en territorio sagrado, el lugar

donde nadie podía acceder a no ser que formara parte del cuerpo sacerdotal del templo. Comenzaron los rezos por parte del Gran Sacerdote Zenodoro, que leía los textos mágicos para asegurar que el *ka* de Apolonio hiciera su viaje por el Inframundo sin problemas. Mientras tanto, otros sacerdotes más jóvenes se encargaban de esparcir el incienso en el interior del santuario. Y en ese momento, se cerraron las puertas dejando fuera a las mujeres para proceder con los ritos secretos funerarios sobre los restos mortales de Apolonio. Con una perfecta orquestación, las sacerdotisas se colocaron a ambos lados de la puerta del santuario en espera de que terminaran los himnos en su interior.

Berenice no hacía más que desear que todo aquello terminara. La tela de lino se hacía cada vez más pesada, el sol calentaba cada vez más los muros del templo, el hambre y la sed eran cada vez más acuciantes. Le incomodaba tener que estar haciendo todo aquello por un tipo como Apolonio. Hombres y mujeres tan importantes o más que él en Panópolis habían tenido las ceremonias habituales, sin ningún tipo de diferenciación, solo porque no habían dado dinero al templo. Resignada, trató de no mostrar signos de aburrimiento o cansancio en su rostro hasta que las puertas del santuario se abrieron y se volvió a formar la comitiva fúnebre, esta vez en dirección a la tumba donde reposaría Apolonio.

La necrópolis estaba reservada para los funcionarios y sacerdotes, pero, de nuevo, se haría excepción con Apolonio. La comitiva caminó durante una hora hasta llegar al lugar sagrado donde una abertura en la roca indicaba el sitio de reposo eterno del comerciante. Allí se encontraban de nuevo los embalsamadores y sus sacerdotes para proceder a la ceremonia de la Apertura de la Boca. Berenice sonrió levemente al ver que uno de los embalsamadores parecía tan aburrido como ella mientras presenciaba el rito, pero apartó la mirada con rapidez cuando él pareció percatarse de que tenía los ojos puestos en él.

—Tu boca está en perfecto estado porque la separo por ti, separo tus párpados por ti. Abro tu boca por ti con la azuela de Upuaut. Separo tu boca por ti con la azuela de hierro, la que separa la boca de los dioses…

La monótona voz de Zoilo, el sacerdote lector, resonaba en aquel espacio donde solo había roca, arena y cielo y se elevaba sobre los lamentos de las plañideras, quienes conocían muy bien su papel y habían reducido el volumen de sus llantos para no entorpecer la ceremonia. Pronto el olor del incienso rodeó a los asistentes y se instó a los portadores de las ofrendas a que entraran en la tumba para depositarlas allí antes de meter el ataúd. Berenice dio un respingo al

recibir el codazo de la Gran Sacerdotisa: al fin era su momento. Echó a andar tras los sirvientes que portaban comida y bebida, muebles, aceites, perfumes, cajas de ébano y marfil y demás tesoros.

El frescor que salía de la tumba fue reconfortante en comparación con el calor que hacía fuera. El olor a tierra húmeda era más gratificante para la joven sacerdotisa que la arena que impregnaba el aire en el exterior. Se hubiera quedado de buena gana un rato ahí dentro, sentada en cualquier rincón para descansar mientras admiraba las coloridas pinturas de las paredes, pero no fue posible. Cuando depositó con sumo cuidado la tela de lino junto al resto de ofrendas, tuvo que salir de nuevo al sol y a la arena.

Quizá debido al cansancio de la jornada y a haber pasado toda la noche tejiendo entre himnos y rezos, Berenice perdió el equilibrio al subir el último escalón antes de abandonar la tumba. El corazón le dio un vuelco, pero justo cuando esperaba dar de bruces en el suelo, quedó flotando en el aire.

O al menos esa fue la sensación que tuvo, porque en realidad lo que ocurrió fue que aparecieron dos brazos de la nada que la sostuvieron, salvándola de un buen golpe contra la piedra.

Por algún motivo, no le extrañó comprobar que esos brazos pertenecían al embalsamador con el que había cruzado la mirada durante la Apertura de la Boca. Le dedicó una sonrisa de agradecimiento sin poder detenerse mucho más, ya que tras ella salían de la tumba los sirvientes del templo que ya habían dejado allí sus ofrendas. Fue el momento entonces de introducir el cuerpo de Apolonio, ya dentro de su ataúd de madera, en la tumba que ocuparía durante milenios.

Poco a poco la comitiva que había acompañado a Apolonio desde la ciudad fue abandonando aquel sitio, en especial porque en breve se haría de noche y no convenía hacer el camino de regreso sin más luz que la de las estrellas y la luna. Berenice, aunque no deseaba otra cosa que recostarse al fin en su catre y dormir hasta el amanecer, tuvo que esperar con el resto de personal del templo de Horus-Min para marcharse de allí en último lugar. Ni siquiera habían probado bocado y se notaba en los rostros de todos, en especial de los más jóvenes como ella que todavía no estaban curtidos en lides como aquella.

El regreso fue silencioso, pero no por motivos místicos sino por el cansancio que invadía a todos. Por ello, se escuchó un suave suspiro de alivio cuando se vieron en el horizonte las luces de las primeras casas de Panópolis, suaves reflejos anaranjados que se veían a través de las ventanas y en las calles donde ya patrullaban los guardias. Sin embargo, no fue posible acelerar el paso para llegar al templo: los habitantes de Panópolis salieron a las puertas de sus casas para contemplar a los sacerdotes de Horus-Min y a las sacerdotisas de Tayt,

a quienes no era habitual ver fuera del recinto del templo. Berenice, pese a que se había librado del peso de la tela de lino, sentía que caería al suelo por el cansancio en cualquier momento pero, aun así, conservó las fuerzas incluso para dedicar ligeras sonrisas a quienes la saludaban. Muchas eran las mujeres que las miraban incluso con devoción: la industria del lino había sostenido a Panópolis durante décadas, por lo que las sacerdotisas de la diosa tejedora eran respetadas y admiradas.

Al fin, la agotada y silenciosa comitiva llegó hasta el templo y cuando las puertas se cerraron a sus espaldas, se escucharon resoplidos de alivio. Muchos se sentaron en el suelo, otros fueron directos a sus catres a dormir, algunos corrieron en busca de las letrinas y la mayoría, como Berenice, se dirigieron a las cocinas a comer algo antes de dormir. La joven sacerdotisa ocupó una banqueta de madera que se elevaba apenas un par de palmos del suelo. En su regazo descansaban dos huevos cocidos y un puñado de higos que reservó mientras daba buena cuenta de un guiso de lentejas. Algunos de los sirvientes del templo acudieron para asistirles; Berenice sintió que las ágiles manos de dos niñas la despojaban de su peluca mientras ella seguía comiendo. Aquella sensación fue casi tan gratificante como la de sentarse y llenar el estómago. Cuando calmó un poco el ansia, dejó a un lado el cuenco vacío y empezó a pelar un huevo mientras se deshacía de las sandalias llenas de arena.

—Mañana os espero al amanecer, niñas —exclamó la Gran Sacerdotisa Menófila aún con cierta ceremoniosidad en la voz dirigiéndose a las jóvenes; pese a la pomposidad que se empeñaba en mantener, en su rostro se leía con claridad el cansancio de aquella jornada —Los telares deben volver a funcionar como siempre tras la marcha de Apolonio.

Berenice suspiró con alivio, feliz de volver a la rutina. En el templo de Horus-Min se tejían vestidos y túnicas para sus habitantes, pero también buena parte de las vendas sagradas que usaban los embalsamadores de la Casa Hermosa así como paños y manteles sagrados que se usaban en las ceremonias. Sin embargo, cuando se supo de la muerte de Apolonio, todo ese trabajo se dejó a un lado para empezar a tejer los lienzos de lino con los que el comerciante sería enterrado, nada más y nada menos que dos decenas. Una razón más para que Berenice se hubiera mostrado huraña durante las ceremonias de aquel día.

Tras un buen rato comiendo, bebiendo y teniendo alguna que otra charla intrascendente con sus compañeras, Berenice se dirigió a la gran estancia que compartían y donde estaban los catres donde dormían, tal y como había sido desde que llegara al templo siendo aún

una niña. Sus padres habían esperado que desde el templo se le procurara un buen matrimonio, pero no contaban con que la pequeña decidiera seguir la senda de Tayt y dedicar su vida al lino y a los telares sagrados.

Al fin, tras cambiar su túnica llena de polvo y sudor por otra más fresca y ligera, Berenice apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos, esbozando una sonrisa al saber que dormiría del tirón hasta que los sirvientes las despertaran para el desayuno.

Unos golpes provocaron que Berenice abriera los ojos de repente mientras sentía que su corazón latía con enorme fuerza dentro de su pecho. Con un gesto de extrañeza dirigió los ojos hacia el techo de la estancia, distinguiendo a través de una rendija que las estrellas aún brillaban en el cielo nocturno. Un poco molesta, se acomodó en el catre y volvió a cerrar los ojos dispuesta a recuperar el sueño, pero de nuevo los golpes y una voz ahogada interrumpieron el momento. Se incorporó, comprobando que sus compañeras dormían profundamente, y al oír por tercera vez los golpes que parecían proceder del exterior decidió levantarse para ver qué pasaba.

Caminando casi de puntillas avanzó por los pasillos siguiendo el sonido hasta llegar a las dependencias donde trabajaban los sirvientes. En aquellos momentos estaban vacías, pues la mayoría tenían sus propias casas en Panópolis y no dormían en el templo. Solo dos adolescentes dormían hechos un ovillo bajo una de las mesas de las cocinas, sobre una esterilla. Los golpes sonaron de nuevo con total claridad: quien quiera que fuera estaba llamando a la puerta de la cocina, uno de los pocos accesos directos al exterior que tenía el templo.

—¡Por favor, por favor, abridme, quieren matarme! —exclamó una voz masculina al otro lado de la puerta.

Berenice salió de su sopor de repente al escuchar aquellas palabras y se precipitó a descorrer el cerrojo para abrir la puerta, sin pensar mucho en lo que estaba haciendo. Alguien entró a toda velocidad y cerró de un solo golpe, colocando de nuevo el cerrojo con un ágil movimiento de la mano. Se trataba de un hombre joven de espesos cabellos negros, cubierto por una clámide que dejaba al aire la mitad superior de su cuerpo y que respiraba con cierta dificultad. Al mirar su rostro, la sacerdotisa reconoció en él al embalsamador con el que había cruzado la mirada durante la Apertura de la Boca, algo que parecía haber sucedido hacía mucho tiempo.

—Gracias, mi señora, gracias —dijo el joven inclinando la cabeza varias veces y apoyándose después en una repisa llena de restos de vegetales para recuperar el aliento —No se atreverán a llegar hasta aquí, por poco me cogen…

Berenice fue a responder, pero el joven se llevó el dedo a los labios mientras volvía a clavar en ella su mirada negra. Al otro lado se escucharon algunas voces agitadas y pasos acelerados hasta que alguien, un hombre, dijo con resignación:

—Debe haber pedido asilo en el templo… Vámonos, mañana lo pillaremos, no tiene dónde ir…

Berenice y el embalsamador permanecieron en silencio hasta que pareció evidente que sus perseguidores se habían ido.

—¿Por qué te buscan? ¿Qué ha pasado? —preguntó ella sin levantar mucho la voz para no despertar a los niños que dormían bajo la mesa.

—Son ladrones de tumbas —desveló el joven con seriedad, alcanzando una pequeña vasija con leche de cabra para darle un trago, con un desparpajo tan natural que parecía que estaba en su propia casa.

—¿Y qué quieren de ti? —inquirió la joven con extrañeza; lo cierto era que no tenía mucha relación con la vida más allá de los muros del templo, pero conocía los problemas que había con los ladrones de tumbas.

El joven se encogió de hombros mientras daba buena cuenta de la leche de cabra. Cuando se la terminó, se pasó el dorso de la mano por la boca haciendo que algunas gotas de leche destacaran sobre su piel morena.

—No lo sé, han aparecido en la Casa Hermosa pidiendo algo suyo, buscando no sé el qué… Han destrozado todo y cuando he intentado pararles los pies me han acusado de haber robado algo, ¡ellos! —exclamó con incredulidad y cierto sarcasmo, negando con la cabeza —He gritado para avisar al sacerdote lector, pero antes de que pudiera llegar he tenido que salir corriendo porque me querían abrir en canal —siguió relatando, aún con el susto reflejándose en su rostro —¿Puedo quedarme aquí, al menos esta noche? Seguro que van a estar toda la noche rondando la Casa Hermosa esperando a que vuelva en algún momento…

Berenice escuchó aquel relato con cierto escepticismo. No podía dudar de que le estaban persiguiendo, pero la historia le resultaba un poco extraña. Más bien parecía tratarse de un ajuste de cuentas o quién sabe en qué líos se había metido aquel hombre. Cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra y dijo entrecerrando los ojos con suspicacia:

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Me llamo Teocles, desciendo de una estirpe de embalsamadores cuyo rastro se pierde en los tiempos de los primeros Ptolomeos —respondió con rapidez, mostrando que había repetido aquella retahíla demasiadas veces —¿Puedes ayudarme ya a escapar de esos

criminales? —agregó con impaciencia, extendiendo una mano hacia la puerta por la que había entrado.

—Está bien —cedió la sacerdotisa al fin sin saber si estaba haciendo lo correcto o sería reprendida por Menófila a la mañana siguiente.

Tenía la corazonada de que Teocles estaba siendo honesto pese a que la historia que le acababa de contar no le terminaban de encajar. En cualquier caso, al día siguiente pondría aquel asunto en manos de la Gran Sacerdotisa y el Gran Sacerdote y ella volvería a sus tareas: honrar a la diosa Tayt y seguir tejiendo telas sagradas.

—¿No me dices cómo te llamas? —dijo entonces Teocles mientras se hacía con un higo y comenzaba a jugar con él entre sus dedos —Me gustaría saber el nombre de la persona que ha retrasado mi juicio ante Osiris —explicó son una sonrisa algo atrevida, lo que provocó que Berenice se ruborizara un poco.

—Berenice, soy sacerdotisa de Tayt —se apresuró a decir para que tuviera claro que era una mujer sagrada, aunque no sabía si quería reafirmarse ante él o ante sí misma.

—Ah, nombre de reina —respondió Teocles sonriendo abiertamente de una forma tan natural y limpia que la joven tuvo la sensación de que aquella sonrisa iluminaba toda la cocina —Espero que tú no hagas ofrendas a dioses griegos —añadió divertido aludiendo a la historia de la reina Berenice II, quien ofrendó su melena a la diosa Afrodita —aunque no tienes un cabello tan bonito…

Berenice frunció el ceño y se llevó la mano a su propio cabello, espeso y negro, pero en esos momentos algo desordenados y con restos de cera y perfume debido a la peluca que había llevado durante la ceremonia. Con cierta coquetería trató de adecentar su aspecto bajo la divertida de Teocles, que tras comerse el higo de un solo bocado se había apoderado de un trozo de pan de cebada.

—Puedes dormir en la cocina, pero mejor que nadie te vea —dijo Berenice intentando mostrarse indiferente ante el comentario acerca de su cabello —Diles a estos que eres un sirviente, sin más explicaciones —advirtió señalando a los niños dormidos —Y no salgas de aquí hasta que yo venga a buscarte. Si algún guardia te ve serás acusado de sacrílego y quién sabe, puede que te quemen las piernas o te azoten hasta que pierdas el sentido —agregó intentando mostrar cierta autoridad sobre Teocles, quien no pareció demasiado impresionado.

—Prometo largarme mañana por la mañana —dijo sacudiéndose las manos con cuidado para eliminar los restos de pan —Si no aparezco en la Casa Hermosa al amanecer será mi sacerdote lector será quien me azote por faltar al trabajo.

Y como si Berenice no estuviera, se dirigió hacia una esquina entre

altos cestos de lentejas e higos secos y se sentó en el suelo con cierta dificultad, puesto que era bastante ancho de hombros. Estaba claro que se disponía a dormir al margen de que la sacerdotisa estuviera presente o no. Berenice, algo turbada y confusa por aquella actitud y sin saber cómo reprenderle por ella, tan solo dijo mientras levantaba el dedo índice en el aire:

—Recuerda: que nadie sepa que estás aquí. Y mucho menos que yo te he abierto la puerta.

El joven, que ya había apoyado la cabeza contra el cesto de higos y tenía los ojos cerrados, asintió con la cabeza sin más. Berenice frunció los labios y dejó escapar el aire por la nariz antes de salir de la cocina para regresar a su catre, pensando en si sería capaz de volver a conciliar el sueño. A sus espaldas, Teocles dejó escapar una risita divertida mientras abría un ojo para verla salir con la ligereza con la que un ibis surca el cielo.

Capítulo 2

Pero Teocles no se fue al amanecer del siguiente día. Lo despertaron los dos niños que servían en la cocina y cuando intentó abandonar el templo por la misma puerta por la que había entrado, vio que los ladrones de tumbas se encontraban paseando por los alrededores, camuflados entre la vida cotidiana de Panópolis, confundiéndose entre la gente que iba y venía ocupada en sus quehaceres diarios. Sin pensárselo dos veces permaneció en los límites de aquella cocina e incluso se ofreció a ayudar a los sirvientes a preparar la comida. Estuvo esperando a que Berenice apareciera por allí, pero no hubo ni rastro de la sacerdotisa, por lo que supuso que estaría ocupada con sus tareas diarias, fueran cuales fueran. También tuvo pensamientos para Zoilo, su sacerdote lector, quien estaría furioso suponiendo que había vuelto a escaquearse del trabajo tras la momificación de Apolonio. En fin, estaba dispuesto a aguantar el castigo que le impusiera Zoilo pero no a dejarse atrapar por unos ladrones de tumbas sin escrúpulos.

Al fin, al atardecer, cuando los sirvientes estaban recogiendo y limpiando la cocina, Berenice hizo su aparición en escena. El gesto de sorpresa que se dibujó en su rostro fue tan genuino que Teocles no pudo menos que echarse a reír mientras se encogía de hombros.

—Me acaban de decir que aún sigues aquí y he tenido que venir a comprobarlo… —fueron las primeras palabras de la sacerdotisa, atónita ante la relajada actitud del embalsamador pero internamente agradecida porque no hubiera delatado su presencia en el templo más allá de los sirvientes que le habían visto en la cocina —Dijiste que te marcharías…

—Sé lo que dije pero, verás, esos ladrones de tumbas siguen ahí fuera y no he querido correr riesgos —explicó señalando hacia la puerta —Vas a tener que esconderme un poco más…

—No hay problema… pero tarde o temprano tendrás que regresar a tu casa, a tu trabajo… Te estarán buscando los tuyos, además de los saqueadores —explicó Berenice, quien en el fondo empezara a sentir cierto agrado por la frescura de Teocles, su amplia sonrisa y sus brillantes ojos negros.

—¿Los míos? —repitió él con una sonrisa algo irónica —Mi sacerdote, mi maestro, querrá partirme las costillas con una vara. Mis padres ni siquiera viven en Panópolis. Tengo que mirar por mí mismo. No tengo una comunidad como tú que me proteja y me cuide.

Berenice permaneció unos segundos en silencio, tratando de dilucidar si había cierto reproche en las palabras de Teocles. Ella no tenía la culpa de haberse criado entre los muros del templo, de tener decenas de hermanos y hermanas entre sus habitantes más allá de los sacerdotes y sacerdotisas que se encargaban del culto diario a los dioses.

—Está bien, pero que nadie se entere de que estás aquí o me castigarán —replicó ella algo temerosa, mirando a su alrededor y tratando de pensar con rapidez —Tendrás que marcharte mañana —advirtió elevando el dedo índice con aire autoritario, aunque a Teocles no pareció impresionarle demasiado aquel gesto. De hecho, no apartó sus ojos de los de Berenice en ningún momento.

—Todo dependerá de esos ladrones —contestó resignado mientras se apartaba para dejar paso a uno de los niños, que pasaba un cepillo por el suelo con asombrosa rapidez —Créeme, soy el primero que quiere volver a la Casa Hermosa, mi esterilla es más cómoda que este suelo de adobe… —agregó burlón.

—Entenderás que no voy a buscarte un catre —se defendió Berenice enarcando las cejas y cruzando los brazos a la defensiva, pasando el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

Teocles volvió a reír de aquella forma tan fresca y tan impropia del aura sagrada y ceremonial del templo que llegaba hasta las cocinas. La sacerdotisa estuvo a punto de reprenderle, pero, de algún modo, parecía haber quedado presa del sonido de su risa por unos segundos.

—No te preocupes —dijo el embalsamador con un suspiro mientras volvía a acomodarse entre los sacos de comida, al igual que había hecho la noche anterior —Solo echo de menos no poder dormir en la azotea y sentir la brisa fresca.

—Yo nunca he dormido en una azotea —comentó Berenice frunciendo el ceño, pues no se imaginaba cómo sería dormir con el cielo nocturno como techo.

Cuando era niña, recién llegada al templo, observó que muchos de los trabajadores del lugar subían a dormir sobre mantas de lino de colores en las azoteas de sus pequeñas casas de adobe, pero a ella jamás se le permitió, dada su condición de futura sacerdotisa de Tayt. Desde que tenía recuerdos siempre había cerrado los ojos con la visión de techos de piedra.

—Algún día deberías hacerlo —contestó él estirando las piernas morenas hasta que sus pies descalzos rozaron las sandalias de Berenice, quien dio un paso hacia atrás ante el contacto, ruborizándose —Pero imagino que será un peligro dejar a una sacerdotisa sola durante la noche… “*… En esta noche de combates, en esta noche en que serán derribados los enemigos del Señor de los Mundos, en esta noche tenebrosa…*” —recitó aludiendo a un verso del Libro de

los Muertos.

Y entonces, Berenice sintió el aguijón de una curiosidad que nunca había tenido hasta ese momento. Era cierto que se sentía a salvo por completo durmiendo junto a sus compañeras sacerdotisas, con guardias en las puertas y pequeñas lucernas en los rincones ahuyentando a las sombras. Pero también era verdad que algunas noches hubiera querido salir a pasear al fresco de la noche y contemplar las estrellas de las que tanto hablaban los sacerdotes. En cualquier caso, no era momento de cambiar aquello.

—Mañana tras el desayuno tendrás que marcharte —repitió antes de salir por la puerta, observando de reojo al embalsamador que ya dormitaba con la cabeza apoyada en un saco de cebollas.

Estaba segura de que estaba escuchando, pero no quería responder. Dejó escapar un resoplido por la nariz y corrió a reunirse con sus compañeras para que no notaran su ausencia.



Horas después del amanecer, Berenice se cruzaba de brazos delante de Teocles mientras este trataba de contener una sonrisa nerviosa.

—¡No te miento! Puedes comprobarlo tú misma, me están buscando, quieren arrancarme la piel a tiras, si salgo de aquí me

matarán —insistía señalando hacia la puerta.

—No tengo dudas de que te quieran matar, de lo que tengo dudas es de que realmente no les hayas robado algo o te hayas metido en un lío —replicó ella apuntándole con el dedo índice mientras, tras ella, los sirvientes intentan escuchar a hurtadillas fingiendo que preparaban los alimentos para la comida del mediodía —Cuéntame qué es lo que pasa.

—Pregúntaselo tú misma.

Sin darle opción a réplica y con una rapidez de movimientos increíble, Teocles abrió la puerta con una mano mientras con la otra empujaba a la sacerdotisa al exterior, haciendo que diera un pequeño traspié. La luz de sol la cegó por unos instantes, pues debido a su trabajo en el templo solía permanecer casi siempre en los frescos talleres interiores donde se hilaba y se tejía el lino o, a lo sumo, en los porches de cañas. Pocas veces le daba el sol directo y mucho menos, de forma tan directa en el rostro.

Pestañeó un par de veces y se frotó los ojos, y cuando recuperó la visión comprobó que cuatro tipos de mal aspecto la rodeaban. La malicia que se leía en sus miradas negras, las ropas raídas y descuidadas y las manos callosas y llenas de heridas los definían como personas de mal vivir, al margen de las numerosas cicatrices que todos ellos lucían en el rostro y en la parte superior del cuerpo. Con cierto horror, Berenice vio que a uno de ellos le faltaban dos dedos en la mano, evidenciando la carne ennegrecida y mal curada que aquella mutilación no había recibido atención médica.

—Dile a tu amigo que salga de ahí, que queremos hablar con él —le espetó uno de ellos, carente por completo de pelo en la cabeza y de educación en sus formas.

—Eso, menudo cobarde, refugiándose con niños, mujeres y viejos —intervino otro tan escuálido que podría haberse confundido con una de las momias de las tumbas que saqueaban.

—No es mi problema lo que os haya pasado con él —trató de defenderse Berenice dando un par de pasos hacia atrás, abrumada por las actitudes y apariencias de aquellos tipos.

—Ya lo creo que va a ser tu problema —respondió el primero de nuevo, esbozando una sonrisa desdentada —Dile que si no nos devuelve el amuleto de Apolonio, quemaremos este templo con todos los que estáis dentro —agregó amenazador, con una mirada fiera que daba una total veracidad a sus palabras.

—Los dioses no lo permitirán —replicó la sacerdotisa apretando los puños, convencida de que jamás nadie podría atacar un templo sagrado, a pesar de que los avatares de la Historia ya habían demostrado que no era así —Marchaos de aquí o avisaré a los guardias.

La mención de los guardias, cuanto menos, sí pareció hacer mella en ellos que, tras intercambiar rápidas miradas, retrocedieron hasta perderse entre la gente que caminaba por las calles escaleras abajo del templo. Berenice, entonces, respiró aliviada y volvió al interior de las cocinas, a la seguridad de su hogar. Teocles parecía impaciente por saber qué habían hablado y aunque la sacerdotisa tenía pensado reñirle por lo que había hecho, vio que en realidad no había sido una broma, sino el deseo genuino de saber por qué le perseguían.

—Buscan el amuleto de Apolonio —dijo sin más, pues no tenía ni idea de lo que estaban hablando, aunque imaginaba que en algún momento había existido un acuerdo entre los embalsamadores y los ladrones de tumbas. Aquella idea le pareció repulsiva incluso tratándose de Apolonio, por quien no había sentido nada de aprecio.

Sin embargo, el rostro de estupor que mostró Teocles extrañó aún más a Berenice. Algo estaba ocurriendo de lo que ninguno de los dos tenía ni idea, pero era lo suficientemente importante como para que unos saqueadores lanzaran amenazas al mismísimo templo de Horus-Min.

—¿El amuleto de Apolonio? ¿Por qué debería tenerlo yo? Ni siquiera me encargo de esa parte del embalsamamiento, yo solo me lleno las manos de sangre y vísceras… —protestó frunciendo el ceño con una inocencia que a Berenice le resultó incluso entrañable —Pero si es lo que quieren para que me dejen en paz, ¡lo busco yo mismo!

—¿Dónde, entre las vendas de la momia que seguramente ellos ya hayan explorado? —preguntó Berenice con sarcasmo, intentando esquivar la repugnancia que le producía pensar en aquella situación, en especial en las delicadas vendas confeccionadas por las sacerdotisas de Tayt. —Lo mejor será que se lo contemos a la Gran Sacerdotisa —resolvió con un suspiro —Sé que ella tenía buena relación con Apolonio, estoy segura de que tiene que saber algo sobre ese amuleto. Ven.

Berenice le hizo una seña con la mano a Teocles y echó a andar hacia el interior del templo, atravesando salas de trabajo y evitando las zonas sagradas que el embalsamador no debía pisar. Al fin, llegaron a una sala final en la que la Gran Sacerdotisa Menófila revisaba el hilo de lino que unas niñas le habían entregado en unas cestas.

—Gran Sacerdotisa —dijo Berenice tras un carraspeo, sin saber cuál sería el humor de Menófila aquel día, tan cambiante era —Tengo un problema que consultar contigo.

Menófila se dio la vuelta al escuchar su voz y al ver que Berenice estaba acompañada por un hombre, se dibujó el escándalo en su rostro. De inmediato, los ojos de la Gran Sacerdotisa se posaron en el vientre de la joven.

—No hay nada que consultar —empezó a decir con intransigencia —Lo mejor será que cojas tus cosas y te marches cuanto antes. El escriba te dará algo de dinero…

—No, no, no —la interrumpió Berenice sonrojándose, mientras a su lado Teocles sonreía divertido ante la confusión —Verás, al parecer ha sucedido algo con Apolonio…

Berenice le relató todo lo que había ocurrido desde que Teocles había aparecido en mitad de la noche pidiendo asilo hasta su extraña conversación con los ladrones de tumbas. El rostro de Menófila permanecía atenta a sus palabras y tan solo levantó una ceja en el momento en que la sacerdotisa mencionó el amuleto y Teocles volvió a decir que se ofrecía voluntario para recuperarlo.

Tras unos instantes de silencio, Menófila hizo un par de suaves gestos con las manos indicando a quienes pululaban por aquella sala que salieran. Pronto, las niñas con las cestas de hilo, un par de sirvientes que limpiaban el suelo y una joven que parecía enfrascada en la lectura de un papiro abandonaron el lugar en silencio y con rapidez. Cuando estuvieron solos, Menófila se alisó la falda de la túnica con ambas manos y después las entrelazó con parsimonia.

—Es necesario recuperar ese amuleto, en efecto. Sé que era un objeto de mucho valor sentimental para Apolonio —sentenció con calma —Nadie puede saber de su existencia, así que lo mejor es que os encarguéis ambos de encontrarlo. El templo os proporcionará todo lo que necesitéis.

Berenice se quedó atónita ante aquellas palabras que provocaron que todo un batallón de preguntas se acumularan en su mente. Teocles, por el contrario, se frotó las manos con energía y una gran sonrisa.

—¡Estupendo! ¿Por dónde tenemos que empezar? ¿Podrías, Gran Sacerdotisa, hablar con Zoilo, mi sacerdote lector, y pedirle que no me rompa las costillas con una vara? Llevo más de dos días sin aparecer por la Casa Hermosa…

—No te preocupes por Zoilo —respondió Menófila dirigiendo la vista hacia el embalsamador —Lo primero que debéis hacer es ir a la tumba de Apolonio para aseguraros de que esos saqueadores de tumbas no son tan inútiles como para haber pasado por alto el amuleto. Si tenéis suerte y lo encontráis, vuestra búsqueda no durará mucho más que unas horas.

Berenice, asombrada por el escándalo que aquellas palabras significaban, buscó la forma de replicar a la Gran Sacerdotisa sin que pareciera que quería negarse a cumplir sus órdenes.

—Pero, Gran Sacerdotisa, ¿cómo vamos a entrar en una tumba…?

No pudo seguir la frase. Hacer aquello que Menófila les pedía no solo le parecía una blasfemia, sino también algo peligroso. Los

sortilegios y maldiciones que protegían la tumba de Apolonio podrían caer sobre ellos con quién sabía qué consecuencias. De hecho, el mal aspecto de los saqueadores podría deberse precisamente a eso, a su repugnante costumbre de profanar tumbas en busca de tesoros, rompiendo la sacralidad de aquellos lugares.

—Querida, no te preocupes por eso —replicó Menófila suponiendo las reticencias que había en la mente de la joven sacerdotisa —Debéis hacerlo por el bien del *ka* de Apolonio, es vital devolverle su amuleto para que pueda llevarlo al Más Allá. De lo contrario, vagará entre mundos y nosotros seremos responsables de ello.

Menófila selló sus palabras con una severa mirada que no admitía más réplicas por parte de los jóvenes. Berenice, tras tragar saliva, asintió con la cabeza sin decir más, sintiendo un nudo en la boca del estómago ante aquella perspectiva. Teocles, en cambio, parecía tranquilo y decidido a terminar con aquel asunto.

—Iréis esta misma noche, cuando el sol inicie su viaje por el Inframundo. Nadie debe enterarse de la misión que se os ha encomendado. Yo disculparé tu ausencia ante los sacerdotes durante las oraciones nocturnas. También te disculparé ante Zoilo —agregó dirigiendo la mirada hacia Teocles —Cuando encontréis el amuleto, debéis venir a verme de inmediato, siempre con la máxima discreción. Tras la comida, hablad con el escriba e id a los almacenes del templo, allí os darán lo que necesitéis. Ahora, Berenice, saca a tu amigo de esta zona sagrada. Que espere en las cocinas hasta la noche.

Capítulo 3

Al parecer, según Menófila todo lo que necesitaban eran ropajes para camuflarse como peregrinos y poder caminar por las calles de Panópolis sin que nadie les reconociera. O al menos eso era lo que les entregó uno de los trabajadores del templo: unas amplias túnicas de lino con capucha bastante avejentadas, además de un par de pequeñas antorchas y chisqueros para encenderlas. Nada más. Una vez que ambos se cubrieron con ellas, abandonaron el templo por la consabida puerta de la cocina para emprender el largo camino hasta la necrópolis.

La noche era fresca y silenciosa. La ciudad era un remanso de paz a esas horas y solo se escuchaban algunas voces desde el interior de las viviendas. La brisa hacía que el fuego de algunas de las antorchas que alumbraban la calle principal bailaran con movimientos suaves e hipnóticos, chisporroteando como si susurraran algo. El corazón de Berenice latía con fuerza. Se sentía como una delincuente, como si se dispusiera a hacer algo prohibido y peligroso al mismo tiempo, algo muy diferente de sus habituales quehaceres en el templo que se reducían básicamente a rezar y a tejer lino. Teocles, a su lado, caminaba con seguridad, acostumbrado a moverse por la ciudad a cualquier hora. Su único temor era que toparan con los ladrones, pero estaba convencido de que era imposible que lo reconocieran cubierto con aquellos ropajes.

—¿Cómo vamos a abrir la tumba? —susurró de repente Berenice, que de forma inconsciente buscaba problemas que les impidieran realizar esa misión.

—La tumba ya estará más que abierta —respondió Teocles ahogando un bostezo —Los saqueadores ya han entrado y sus métodos no son muy delicados. Habrán destrozado la puerta de piedra.

—Es asqueroso —respondió la sacerdotisa con el desprecio tiñendo sus palabras.

—Sí, pero eso nos va a facilitar mucho el trabajo de esta noche —dijo él encogiéndose de hombros, haciendo gala de un sentido práctico que escandalizó a Berenice, aunque se mantuvo en silencio porque, en realidad, el embalsamador tenía razón.

—Ojalá encontremos el amuleto y mañana podamos olvidar todo esto —contestó Berenice con cierta desesperanza en la voz.

—La verdad… No creo que lo encontremos. Si estos saqueadores no lo han encontrado es porque no está. Es posible que haya un

traidor entre ellos —sugirió Teocles.

Berenice no respondió. No quería seguir escuchando más ni pensar en las maldades que podían llegar a hacer los ladrones de tumbas. Su vida había transcurrido entre las paredes del templo y eso hacía que hubiera vivido ajena a lo mundano, a lo cotidiano, lo que incluía cosas como la maldad y la traición. No desconocía su existencia, pero jamás se había tenido que enfrentar a ello de forma tan cercana.

Tras una buena caminata llegaron al fin a la necrópolis. Escucharon de lejos los ladridos de una manada de chacales. Berenice dio un respingo, llevándose una mano al pecho mientras dirigía la mirada hacia las dunas sumidas en la oscuridad que los rodeaban. Teocles dejó ir una de sus risitas y dijo con cierta sorna:

—No temas. Si están juntos es porque han encontrado carroña, no van a venir a por nosotros.

—Son los siervos de Anubis…

—Estamos en su territorio, ¿qué esperabas? —concluyó él, encogiéndose de hombros y extendiendo una mano para abarcar las tumbas que tenían frente a ellos —Yo no temo a Anubis, es el Señor de los Embalsamadores.

Berenice asintió con la cabeza entendiendo el punto de vista de Teocles. Verlo tan seguro de sí mismo y sin miedo hizo que se sintiera un poco más tranquila. Ambos se dirigieron hacia la tumba de Apolonio sin dificultades, pues hacía apenas dos o tres días que habían estado allí. En efecto, la puerta de piedra estaba destrozada y solo quedaba la parte de abajo. Ni siquiera la habían vuelto a tapar para evitar la entrada de chacales u otros carroñeros.

—Allá vamos… —dijo Teocles arremangándose las amplias mangas de la túnica para encender un pequeño fuego con el que prender una antorcha que encontraron en la entrada de la tumba, quizá la misma que habían usado los saqueadores algunas noches atrás. De esta forma, reservarían las que les habían dado en el templo.

Entrar no fue fácil para la sacerdotisa, pues tuvo que sortear la parte inferior de la puerta de piedra para saltar al interior de la tumba. La falta de costumbre hizo que diera un traspié al caer al otro lado, haciendo que casi diera de bruces contra el suelo. De nuevo, y como ya pasara el día del enterramiento de Apolonio, fue Teocles quien impidió que se cayera.

El fuego de la antorcha desveló ante ellos los coloridos dibujos del interior de la tumba, todos ellos aludiendo a la vida de Apolonio en la tierra y también a su viaje por la Duat. Los dioses representados en las paredes, pese a su hieratismo, parecían vigilarlos de reojo mientras avanzaban a paso lento por los corredores que descendían hacia la cámara en la que se encontraba la momia del comerciante.

Encontraron la primera sala prácticamente intacta: los muebles que

Apolonio usaría en el Otro Mundo continuaban apilados de forma ordenada e incluso Berenice pudo distinguir las telas de lino pulcramente dobladas en el mismo sitio donde ella misma las había dejado. En su ignorancia y el afán de oro y joyas, los saqueadores no apreciaban el valor sagrado que tenían aquellas telas, pero, en el fondo, agradeció que no las hubieran mancillado poniendo sus manos sucias y callosas sobre ellas.

Sin embargo, las cosas fueron distintas cuando llegaron a la siguiente sala en la que se habían depositado las posesiones más valiosas de Apolonio. Los arcones habían sido abiertos y todo su interior aparecía ahora desparramado por el suelo sin ningún cuidado. La mayoría de objetos de cristal y cerámica estaban hechos pedazos y Berenice sintió que se le encogía el corazón ante aquella visión. Al parecer, habían estado buscando el amuleto dentro de los arcones.

—Qué raro, no se han llevado nada de esto —observó Teocles mientras sostenía entre sus manos un largo collar de oro y piedras preciosas que acompañaba a otras joyas que llenaban un enorme cofre de mármol tallado —¿Cuánto valdrá ese amuleto que no les merecía la pena llevarse las joyas?

Berenice no tenía respuesta para esa pregunta y se limitó a seguir mirando a su alrededor sin saber exactamente qué estaba buscando, pues un amuleto podría tener mil formas diferentes. Con un suspiro, Teocles emprendió el camino hacia la siguiente sala en la que encontraron el sarcófago de Apolonio abierto. La tapa estaba destrozada en el suelo y Berenice contuvo la respiración mientras se aproximaba con pasos lentos, sin saber qué esperar de la momia del comerciante. No estaba preparada para ver un cadáver profanado. Teocles se adelantó y cuando sus ojos se posaron en el interior del sarcófago, no pareció sorprendido.

—¿Cómo está? —preguntó la sacerdotisa antes de echar un vistazo.

—Desde luego han buscado aquí dentro… —fue su respuesta.

Berenice se armó de valor: la Gran Sacerdotisa le había encargado aquella misión y tenía que dar la talla. Tras un suspiro, se asomó para ver la momia de Apolonio con el torso y el abdomen abiertos. El fuerte olor a inciensos, resinas y perfumes no podía ocultar el trasfondo a carne seca, por lo que Berenice no pudo evitar cubrirse la nariz y la boca con la palma de la mano. Ni siquiera una persona como Apolonio merecía aquello. Desvió la mirada hacia los objetos que rodeaban el sarcófago. El pequeño cofre que guardaba los vasos canopes con los órganos de Apolonio parecía protegido por un pequeño séquito de ushebtis que se mantenían imperturbables entre el resto de muebles que ocupaban aquella sala. Posó los ojos en la estela de falsa puerta y en la mesa donde las ofrendas aún estaban frescas. Por el rabillo del ojo vio que las manos de Teocles se perdían en el interior del

sarcófago.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscar el amuleto —respondió lacónico, elevando sus ojos negros hacia ella y esbozando una sonrisa de medio lado, mientras sus dedos expertos continuaban moviéndose entre las vendas de la momia de Apolonio.

Enseguida empezó a sacar pequeños amuletos que iba encontrando y los fue depositando en el borde del sarcófago de piedra, ante la silenciosa mirada de Berenice quien, poco a poco, se iba inmunizando ante la visión del cuerpo de Apolonio. Decidió ser de utilidad y examinar los amuletos, intentando averiguar si alguno de ellos podría ser el que los saqueadores estaban buscando. Todos ellos parecían ser los habituales y no encontró ninguno que se distinguiera de los demás por algún motivo.

—Esto es todo. Aquí no está —aseguró el embalsamador mientras se limpiaba las manos en la túnica que le habían prestado en el templo de Horus-Min con una cotidianidad asombrosa a ojos de la sacerdotisa.

—¿Estás seguro? —inquirió ella con cierto desánimo.

—Yo estuve allí cuando embalsamaron este cuerpo —dijo Teocles a modo de respuesta, sin perder aquella sonrisa divertida que aparecía a veces en su rostro y que hacía sentir a Berenice que no sabía nada de la vida más allá de los muros del templo —Estos son los amuletos que tenían preparados los sacerdotes y los que se colocaron entre las vendas. No falta ni uno.

—Entonces no hay mucho más que podamos hacer aquí —decidió Berenice girándose para contemplar las pinturas que decoraban las paredes de la tumba.

Mientras lo hacía, entre las habituales escenas que se representaban en aquel contexto distinguió una que jamás había visto. Frunció el ceño y se acercó para asegurarse de lo que estaba viendo. Apolonio estaba representado ante la diosa Sekhmet en distintas posiciones. En una estaba arrodillado frente a ella como si le estuviera suplicando clemencia. En otra, hacía una ofrenda a la diosa, que parecía así aplacar su furia de leona. Justo al lado, un pequeño texto reproducía algunas oraciones que Apolonio dirigía a Sekhmet pidiéndole que dejara de apretar su corazón. Teocles, al ver a Berenice absorta mirando hacia la pared, se acercó también para echar un vistazo.

—Quizá estaba enfermo —aventuró el embalsamador sin darle demasiada importancia —Eso explicaría la cantidad de cerveza que hay aquí —añadió señalando un rincón de la sala en la que había casi el triple de cerveza de la que se solía depositar en las tumbas.

—No, no tiene sentido… —murmuró Berenice sin apartar los ojos

de aquellos dibujos, pues no tenían nada que ver con las representaciones habituales de Sekhmet.

Entonces un ruido en la entrada de la tumba les sacó de aquella conversación. Ambos dirigieron la mirada hacia la puerta de la sala y se dirigieron hacia allí de inmediato en busca de la salida. Escucharon voces masculinas, alguna risa y el sonido de algo que se rompía contra el suelo. Teocles, alzando la mano con la que sostenía la antorcha, exclamó:

—¡Fuera de aquí, este es un lugar sagrado!

—Depende de para quién —respondió una voz rasposa que fue coreada por algunas risas burlonas.

Berenice apretó los puños mientras resoplaba por la nariz ante aquella respuesta. Todavía no terminaba de comprender que hubiera personas que decidieran ignorar o, peor aún, profanar todo lo que era sagrado. Sin embargo, su ira se convirtió en miedo cuando la luz de la antorcha dejó ver los rostros magullados de los ladrones de tumbas que habían estado merodeando el templo los días anteriores.

—El amuleto no está aquí —dijo Teocles con voz fuerte, sin dejarse amedrentar, aunque Berenice pudo notar que se le aceleraba la respiración.

—¡Mientes! —replicó el líder de los saqueadores, apuntando al embalsamador con un dedo índice torcido por alguna lesión mal curada o una enfermedad de los huesos —Habéis venido aquí porque sabes dónde estaba, ¡dame el amuleto o te degüello aquí mismo para cogerlo con mis propias manos!

Ante aquellas palabras, sus secuaces hicieron gala de las armas que portaban: algunos cuchillos y un par de gruesos palos de madera acabados en un fuerte nudo de aspecto contundente. Berenice supo por las expresiones de sus rostros y la ferocidad de sus ojos que estaban dispuestos a cumplir lo que decían porque no sería la primera vez. Miró a ambos lados evaluando la situación; la huida era difícil porque la salida de la tumba estaba justo detrás de los ladrones. Tras ellos, solo había piedra. Y, por supuesto, la negociación estaba descartada ante la actitud que estaban mostrando. ¿Cómo iban a escapar de allí? Ni siquiera quedaba la esperanza de que alguien pasara por allí y les ayudara. Berenice sentía que se le cerraba la garganta y que cada vez le costaba más respirar.

Entonces Teocles actuó. Lanzó la antorcha directamente hacia los saqueadores, quienes, sorprendidos por aquel acto inesperado, se movieron hacia todos lados esquivando el fuego, empujándose unos a otros para no quemarse. El embalsamador, con la mente mucho más rápida que Berenice en aquellos momentos, tomó a la sacerdotisa de la mano y tiró de ella en dirección a la salida, esquivando las llamas y escurriéndose entre los ladrones que seguían confusos y gritándose

entre ellos. La joven, sin pensar en nada más, solo corrió junto a él y se sorprendió a sí misma saltando por el hueco de la piedra de la entrada con más agilidad de la que creía tener. Aterrizó en la arena hecha un ovillo y entrecerró los ojos al sentir en ellos la luz del amanecer. Ra pareció congraciarse con su huida apareciendo por el horizonte antes de lo previsto.

—¡Corre! —insistió Teocles sin darle tiempo a recuperarse.

Berenice se puso en pie y siguió a su compañero que había echado a correr. No fue hasta que dejaron atrás la necrópolis que Teocles se dio por vencido y se dejó caer en la arena, exhausto. Berenice le acompañó, apenas sin poder hablar a causa de la agitada respiración. Ahora estaban solos, rodeados de arena y vigilados por Ra, que dejaba caer sobre ellos sus rayos sin ninguna piedad. El embalsamador se incorporó para deshacerse de la amplia túnica prestada y quedarse con el faldellín y el torso al descubierto, aliviándose así del creciente calor. Berenice lo imitó, pasándose después la mano por la frente para eliminar el sudor.

—Hemos ido en dirección contraria —dijo la sacerdotisa tras mirar a su alrededor y darse cuenta de que habían corrido hacia al este y no hacia el oeste, donde estaba Panópolis.

—Lo sé. ¿Es que quieres que nos maten? Esos ladrones van a ir al templo a por nosotros y nos acabarán encontrando —respondió Teocles

—Pero en el templo nos protegerán, la Gran Sacerdotisa no va a dejar que nos hagan daño —replicó Berenice, sorprendida ante las palabras del embalsamador.

—Es mejor que no confiemos en nadie, amiga —dijo Teocles con resignación en la voz mientras se sacudía la arena que se había quedado pegada a sus brazos —La Gran Sacerdotisa quiere ese amuleto por algo, no podemos rendirnos sin más y aparecer allí con las manos vacías.

Berenice asintió con la cabeza tras suspirar con resignación. No le faltaba razón, incluso podía visualizar el rostro decepcionado de Menófila cuando le dijeran que no habían encontrado nada.

—Entonces… ¿Dónde vamos? —preguntó con cierta ingenuidad, poniendo su destino en esos momentos en las manos de Teocles.

—De momento vayamos hacia el sur cruzando el río hasta Ptolemaida, quizá la asamblea de la ciudad nos pueda echar una mano o podamos pedir audiencia con alguno de sus magistrados.

Teocles se puso en pie con agilidad y extendió su fuerte mano hacia Berenice. La sacerdotisa la tomó con una sonrisa y sin dejar de mirarle a los ojos, se incorporó para comenzar a echar a andar junto al joven. Frente a ellos, aunque se divisaba una larga franja de arena, se adivinaba la silueta de algunas palmeras en el horizonte que

anunciaban la presencia del curso del Nilo.

Capítulo 4

El camino hasta el río no fue demasiado largo y pudieron cruzarlo sin problemas gracias al ligero esquife de un comerciante que se encontraba en la orilla tomando un refrigerio. No les pidió nada a cambio, haciendo gala de una generosidad que calentó un poco el corazón de Berenice, que parecía que se había congelado ante la maldad demostrada por los saqueadores de tumbas. Al otro lado del río encontraron el pequeño asentamiento de unos nómadas que los acogieron entre ellos y les ofrecieron algo de carne seca y huevos de pato cocidos. La comida, aunque frugal, no era demasiado diferente de lo que acostumbraban a tener tanto el embalsamador como la sacerdotisa, por lo que no solo disfrutaron llenándose el estómago al fin, sino también con las historias que les contaron los nómadas acerca de sus antepasados.

Teocles se movía mucho mejor que Berenice con la gente. Parecía sentirse cómodo enseguida y reía y conversaba con alegría mientras partía un trozo de pan de cebada en dos para compartirlo con el líder de los nómadas, sabiendo muy bien cómo funcionaba la jerarquía. Pronto algunos de los más jóvenes se arremolinaron en torno a él para ver cómo escenificaba algunos mitos como si fuera el mejor actor de Alejandría. Berenice, silenciosa, tan solo le contemplaba con admiración y disfrutaba con sus ideas y con la forma tan fresca con la que se dirigía a todo el mundo, como si los conociera de toda la vida. Ella acabó haciendo migas con algunas de las mujeres a las que ayudó a preparar la urdimbre de sus telares, asombrándolas con la pericia que mostraban sus jóvenes dedos. Cuando les explicó que era sacerdotisa de Tyat, una tejedora sagrada, solo asintieron con la cabeza y la miraron con renovada admiración.

Tras el animado esfuerzo, retomaron su camino hacia el sur dejando atrás las verdes orillas del Nilo para adentrarse en la arena del desierto. Por suerte, habían conseguido un par de cantimploras de cuero con agua y también llevaban tortas de pan, higos secos y algo de queso en una bolsa de lino. Teocles había quedado fascinado con los nómadas y pasó buena parte del camino explicándole a Berenice la diferencia de creencias que tenían. Ella le escuchaba y sonreía, contagiada por su alegría, feliz de tener a un compañero tan lleno de optimismo en una misión que cada vez parecía volverse más oscura.

Como si de una conjuración divina se tratara, ya anochecía cuando llegaron a un pequeño oasis. Apenas se trataba de un puñado de

palmeras alrededor de un pozo con brocal de adobe pero era suficiente como para ofrecerles una suave y fresca alfombra de hierba y diminutas flores sobre las que pernoctar. Berenice, al sentir en los dedos de los pies los roces de la hierba, se dio cuenta de lo cansada que estaba por la caminata.

—Creo que jamás había andado tanto —dijo a modo de excusa mientras se dejaba caer sobre una piedra para sentarse con un suspiro.

—Caminar es bueno para el corazón —respondió él mientras estiraba los brazos hacia arriba, sin mostrar la más mínima señal de fatiga —Aunque tampoco pienses que yo suelo caminar mucho, vivo en la Casa Hermosa y me paso casi todo el día allí trabajando.

—Excepto cuando vas a por cerveza… —apuntó ella con una sonrisa, recordando el día del funeral de Apolonio como si hubieran pasado mil años desde entonces.

—O cuando me escapo para jugar al senet con los obreros —añadió Teocles antes de dejar ir una suave carcajada que resonó en aquel oasis como ligera música de crótalos —Aunque vengo de una larga tradición familiar de embalsamadores, no es lo que más me gusta hacer en el mundo —confesó al final mientras se agachaba y empezaba a frotar dos ramitas sobre un poco de paja para encender un fuego. En el desierto las noches podían llegar a ser muy frías.

—¿Y qué te gustaría hacer?

Berenice, movida por la curiosidad, abandonó la piedra en la que se había sentado para ponerse frente a Teocles en cuclillas, observándole mientras esperaba ver salir el hilo de humo que indicaría que el fuego estaba en marcha. En realidad, era solo una excusa para poder estar más cerca de él, como si así se pudiera contagiar de su alegría y sencillez ante la vida.

—No sé… —respondió él sin apartar la mirada de las dos ramitas que giraban entre las palmas de sus manos, encogiéndose de hombros sin mucha convicción.

Berenice hizo uso de su intuición: el hecho de que Teocles no la mirara a los ojos como siempre le hizo sospechar que había algo oculto tras aquella vaga respuesta. Y la sacerdotisa, aunque de natural era discreta, también tenía una inmensa curiosidad.

—¿Estás seguro? Creo que sí lo sabes… —aventuró sin despegar los ojos del embalsamador.

Pudo apreciar una tenue sonrisa en el rostro del joven semejante a la que esboza un niño al que se ha pillado en una travesura. Aquel gesto provocó el mismo efecto en Berenice, que sin darse cuenta acabó sonriendo igual que él.

—Pintar. Me gustaría pintar —respondió al fin justo en el momento en que el humo empezaba a salir de la bola de paja sobre la que había estado frotando las ramas secas —¡Mira, ya está! —

exclamó, ahora sí, levantando sus ojos negros hacia los de ella, que eran de un castaño teñido de verde que al joven le parecía algo mágico.

Por unos segundos ambos permanecieron así, enganchados tan solo por sus miradas, hasta que un chisporroteo del fuego les sacó de aquel breve embelesamiento.

—¡Vamos a cenar!

Teocles tomó la iniciativa de nuevo tomando la bolsa de lino que les habían dado los nómadas para sacar todas las viandas que había en su interior. No esperó mucho para tomar uno de los higos, partirlo en dos con los dedos y meterse uno de los trozos en la boca. Berenice, más comedida, como si la Gran Sacerdotisa Menófila pudiera verla, solo pellizcó un trozo de pan.

—¿Pintor de tumbas? —preguntó entonces volviendo al tema, pues quería saber más acerca de la curiosa aspiración de un joven que pasaba sus días entre rezos y cadáveres.

—De tumbas, de palacios, de templos… —respondió Teocles sentándose junto a ella y frente al fuego, dando la espalda al pozo; la comida parecía haberle animado —Tendría mucho dinero, me llamarían de todos lados, incluso el faraón querría que pintara a Horus en su palacio —siguió diciendo antes de reír como si ya estuviera viviendo aquella escena —Y mi propio taller, con aprendices y esclavos… También sabría pintar al estilo de los griegos y a lo mejor un día podría salir de Egipto y cruzar hasta Chipre o más allá. Pero solo son sueños.

—¿Por qué no pediste ir a un taller a aprender? —inquirió Berenice mientras sentía cierta ternura hacia el joven, pues a pesar de que tenía un sueño oculto en su corazón, jamás se había quejado de su actual ocupación en la Casa Hermosa.

—Diez generaciones en mi familia se han dedicado al embalsamamiento —respondió encogiéndose de hombros —Antes de que los Ptolomeos llegaran a Egipto, mis antepasados ya se dedicaban a preparar a los difuntos para la Duat. No tenía opción, si me hubiera negado a ir de aprendiz a la Casa Hermosa, hubiera sido una deshonra para mi familia.

Berenice asintió con la cabeza en actitud pensativa. Comprendía y respetaba aquella decisión y no sería ella quien lo animara a ir en contra de una tradición en su familia.

—Pero tampoco has llegado a ser sacerdote lector… —siguió inquiriendo ella, que parecía querer descubrir todos los entresijos de aquella historia

Teocles se encogió de hombros y le dedicó una nueva sonrisa mientras metía una mano en la bolsa de lino para sacar de ella un pedazo de queso untado en grasa.

—Es que no he querido. Bastante es que haya accedido a pasar mis días en la Casa Hermosa, al menos quiero disfrutar de la vida y poder salir a tomar cerveza y jugar al senet en lugar de estar aprendiendo salmos y rezos hasta la madrugada. Eso sí, no me esperaba verme en busca del amuleto de Apolonio saliendo de Panópolis.

Berenice rio mientras negaba con la cabeza.

—Así que has cumplido con lo mínimo —le dijo enarcando las cejas y sintiéndose un poco más relajada, acomodándose en el suelo con las piernas cruzadas mientras cogía un higo —Yo siempre quise ser sacerdotisa de Tayt —añadió a continuación —Pensar que lo que hago es importante y tiene trascendencia para los dioses. Ser servidora de Hathor también y participar de alguna manera para que el *ka* haga su último viaje.

Teocles la escuchaba en silencio y con un brillo de admiración en la mirada. El joven sabía que las sacerdotisas estaban sometidas a jornadas estipuladas y basadas en el estudio, los rezos y servir en el propio templo, y no podía menos que admirar aquella devoción. Pensó que, además, la delicada belleza de Berenice estaba mejor cuidada entre las paredes del templo que trabajando en los campos del Nilo.

—Así que las vendas que utilizo cada día en mi trabajo son tejidas por ti —concluyó el embalsamador —Aunque poco hago con ellas más que pasarlas a los otros para que se encarguen de envolver al muerto. Yo, ya sabes… Rajo y vacío —añadió haciendo elocuentes gestos con las manos, provocando que Berenice hiciera una mueca.

—¡No hables así del proceso! —protestó frunciendo el ceño —Son personas y tu trabajo es sagrado.

Teocles se tomó aquella regañina con humor, de nuevo como un niño travieso, y tuvo que admitir que la joven tenía razón.

—Es verdad, en realidad sí hago algo importante, me ocupo de los vasos canopes y de rellenar el cuerpo, aunque para eso no usamos el lino del templo —apuntó levantando un dedo en el aire.

Berenice rio mientras negaba con la cabeza. Jamás había conocido a nadie como Teocles, quizá porque apenas hacía vida fuera del templo y cuando lo hacía era en el contexto de alguna ceremonia y siempre en compañía de otras sacerdotisas y protegidas por guardias. De repente tuvo la sensación de que se estaba perdiendo todo el mundo que había ahí fuera y de que, aunque hubiera leído cientos de textos sagrados, apenas sabía moverse entre la gente más allá del templo. Había quedado patente durante su encuentro con los nómadas, donde su amigo se había hecho cargo rápidamente de la situación consiguiendo que les dieran algo de comida.

—Vamos a intentar dormir —propuso entonces mientras se frotaba los brazos con las manos, pues empezaba a caer sobre ellos el frío del desierto nocturno y la pequeña hoguera que habían encendido hacía

su trabajo, pero de una forma limitada.

Teocles aceptó la proposición y pronto estaba tumbado junto al fuego sobre su espalda, con las manos cruzadas sobre el fuerte abdomen y el rostro relajado hacia el cielo lleno de estrellas. Berenice, sin embargo, se encogió al lado de la hoguera, doblando las rodillas y usando sus manos a modo de almohada para no posar el rostro sobre la hierba. Estaba segura de que no iba a ser capaz de dormir y no solo por la incomodidad del sitio, sino porque tenía miedo de que los atacara una manada de chacales, de que los asaltaran unos ladrones o de que los encontraran los saqueadores de tumbas.

Cuando había conseguido una postura más o menos cómoda y el sueño parecía vencerla, empezó a sentir una corriente de aire frío en la espalda, ya que estaba colocada de frente al fuego. Por ello, decidió moverse e imitar la postura de Teocles. Sin embargo, boca arriba se sentía demasiado expuesta, así que volvió a encogerse pero esta vez de espaldas al fuego. Y, obviamente, ahora empezó a notar el frío en el rostro y el pecho, por lo que volvió a girar sobre sí misma con un suspiro.

Cuando empezaba a resignarse a no pegar ojo, sintió un movimiento a su espalda y dos brazos que la rodeaban con fuerza. Se sobresaltó y todo su cuerpo se puso en tensión, dispuesta a gritar lo más fuerte que pudiera aunque no pudiera escucharla nadie en mitad del desierto.

—Tranquila, soy yo.

La voz de Teocles seguida por una risa llegó hasta ella, justo derramándose en su oído con suavidad. Al darse cuenta de que el joven se había tumbado tras ella y que la abrazaba, su corazón empezó a latir con fuerza y sintió que un fuerte calor irradiaba por todo su cuerpo, sin que la hoguera tuviera nada que ver.

—Así no tienes frío y puedes dormir. Si no descansas, mañana lo vas a pasar mal en el viaje —argumentó Teocles acomodándose detrás de ella con aquella naturalidad con la que hacía las cosas, como si fuera lo más normal abordar a una sacerdotisa medio dormida para abrazarla,

—Gracias… —respondió ella sin saber qué decir, dudando de ser capaz de conciliar el sueño mientras tuviera a Teocles tan cerca de ella.

Él respondió dándole un beso en la mejilla. Berenice lo sintió como una corriente eléctrica, como un estímulo para su cuerpo que jamás había sentido. Debido a su inexperiencia, decidió tan solo dejarse llevar por el instinto, el cual le indicó que se diera la vuelta, girando entre los fuertes brazos de Teocles hasta quedar cara a cara con el embalsamador. Este le dedicó una de sus bellas sonrisas.

—Así tampoco pasaré frío —dijo ella en un susurro,

sorprendiéndose a sí misma por su atrevimiento, pues jamás se hubiera imaginado haciendo y diciendo cosas como aquella.

Dejó que fuera Teocles quien decidiera el siguiente paso. El embalsamador levantó una de sus manos para retirar un mechón de pelo negro de la mejilla de Berenice, acariciándola con suavidad sin apartar sus ojos de los de la sacerdotisa. Sonreía con suavidad y su rostro moreno iluminado por el fuego le hacía parecer un dios a ojos de la joven, quien respiraba agitadamente, entregada por completo a él. Teocles se inclinó de nuevo hacia ella para volver a besarla, esta vez en la mejilla, luego en la comisura de los labios, después en la boca. La suavidad con la que lo hizo provocó que Berenice sintiera un fuerte deseo como jamás había conocido, casi derretida entre sus brazos y con una nueva expresión en su rostro que quizá habría escandalizado a la Gran Sacerdotisa Menófila. Se atrevió a corresponderle con cierta timidez, sin moverse un ápice, olvidando el frío y el miedo entre los brazos de Teocles.

Entonces, el embalsamador notó algo duro que le daba toquecitos en la espalda.

—Jóvenes, no es conveniente que estéis aquí.

Al escuchar esta voz, Berenice abrió los ojos saliendo a regañadientes de aquel estado de ensoñación en el que la habían sumido los besos de Teocles para ver que, de pie junto a ellos, se encontraba un hombre grueso, sin un pelo en la cabeza y envuelto en una especie de piel. En una de sus manos llevaba un cayado de madera con el que había llamado la atención de la pareja. Manteniéndose erguido y serio, les miraba sin ninguna piedad esperando una respuesta.

El primer impulso de Berenice fue disculparse y pedir perdón, pero Teocles se adelantó. Deshizo el abrazo con el que apretaba a la sacerdotisa contra su cuerpo y se incorporó al tiempo que se encaraba con el hombre, sacudiéndose algunas briznas de hierba que habían quedado pegadas a su piel morena.

—¿Por qué no es conveniente? —replicó, más con una intensa curiosidad que con soberbia o chulería.

—Porque os están buscando. Y porque este lugar se encuentra en el eje entre el templo de Horus-Min y el templo de Dendera, donde Hathor como madre de Horus es vestida por el lino sagrado de Tayt. Millones de ojos están puestos en vosotros y solo se os ocurre retozar junto al fuego ajenos a las sombras que os acechan.

Aquellas palabras bastaron para que Berenice sintiera de nuevo el miedo dentro de ella. Se incorporó a su vez, con bastante menos ligereza que Teocles, y aún tuvo un momento para percibir el contraste entre el calor que había sentido entre los brazos del joven y el frío del desierto nocturno.

—¿Y qué podemos hacer? —exclamó ella mirando con ojos suplicantes a aquel hombre que, de algún modo, desprendía un aura sagrada.

Sin embargo, Teocles aún no terminaba de confiar en él. Alzó una mano ante Berenice para indicarle que se mantuviera en silencio y se cruzó de brazos ante él.

—¿Quién eres y por qué dices que nos están buscando? ¿Nos has estado espiando?

—La verdad es que sí. Y no creía que fuerais a ser tan incautos como para dormir los dos a la vez, en lugar de hacer guardia por turnos. En lugar de ser yo con mi bastón podría haber sido uno de vuestros enemigos con un cuchillo.

Aquel hombre mantenía una admirable calma. Tras pronunciar aquellas palabras, apoyó ambas manos en el cayado, adoptando una postura más relajada pero, de algún modo, autoritaria. Teocles se sintió como si estuviera bajo la mirada de su padre y aunque de normal hubiera sido capaz de espetarle cualquier cosa, solo atinó a carraspear. A fin de cuentas, ese tipo tenía toda la razón. Podrían estar muertos.

—Bueno… Pues gracias, supongo —dijo finalmente.

—Tú sabes algo —intervino entonces Berenice dando un paso adelante y dejando de refugiarse tras las anchas espaldas de Teocles. No iba a permitir que la conversación se quedara así después de lo que había dicho ese hombre —No creo que solo hayas querido avisarnos de nuestra imprudencia, has mencionado los templos… y a mi diosa —añadió algo titubeante al final.

El hombre dirigió la mirada hacia la joven con la calma y la parsimonia que le caracterizaban y que, ya de paso, exasperaba a Teocles, quien era inquieto y vivaz por naturaleza.

—Habéis mencionado a Apolonio y yo lo conocía muy bien. Venía a verme a menudo a causa de ese amuleto suyo.

Las expresiones de sus rostros cambiaron de inmediato al escuchar las palabras del hombre. Quizá estaban ante alguien que podría proporcionarles alguna pista sobre cuál era el siguiente paso que tenían que dar. Con suerte, se decía a sí misma Berenice, podían regresar a Panópolis y dejar todo aquello atrás como un mal sueño. Nunca hubiera pensado que echaría de menos pasar horas frente al telar escuchando las pláticas de sus compañeras del templo. Teocles, en cambio, vio en todo aquello la posibilidad de enfocar aquella aventura y vengarse de los saqueadores de tumbas que le habían metido en aquel embrollo.

—Venid conmigo. Me llamo Euremon, por cierto.

El tono de voz de Euremon pareció ganar en afabilidad mientras decía estas palabras. Se dio la vuelta y echó a andar ayudándose de su

bastón. Berenice reparó entonces en que una de sus piernas aparecía hinchada y enrojecida de una forma exagerada. La forma en que apenas la apoyaba en el suelo indicaba que debía sufrir un gran dolor.

Les condujo hasta una pequeña cabaña de adobe levantada justo en el borde del oasis, como si Euremon no quisiera estar en contacto con la fresca vegetación que crecía en ese recodo, pero tampoco rodeado por el desierto. Teocles no comprendió aquella localización, pudiendo estar junto al pozo y bajo las palmeras, pero Berenice sí entendió que esa cabaña levantada en el límite entre ambos mundos no era más que un símbolo del lugar espiritual que ocupaba Euremon.

Dentro de la cabaña no hacía frío. Las paredes de adobe parecían desprender de forma ligera el calor que habían acumulado durante las horas de sol, por lo que la estancia era muy agradable. Euremon dejó su cayado apoyado contra una pared para servirles cerveza y acercarles un plato con algunas tortas de trigo y un puré de lentejas. Después, tomó asiento trabajosamente en un pequeño taburete de madera. Los jóvenes ocuparon unas esterillas que había en el suelo, al lado de las precarias escaleras de madera que conducían hasta la azotea de la cabaña. Por su aspecto hacía años que nadie subía por ellas, algo lógico teniendo en cuenta el estado de la pierna de Euremon.

—Esos saqueadores de tumbas no buscan el amuleto de Apolonio porque sea especialmente valioso. De hecho, —volvió la mirada hacia Teocles — no llamó tu atención entre todos los amuletos que estaban dispuestos para colocar entre los vendajes de su cuerpo.

Teocles asintió, preguntándose por qué Euremon sabía que él era embalsamador en Panópolis. La curiosidad y la expectación, sin embargo, fueron más fuertes que el miedo a los adivinos y hechiceros y dejó aquella cuestión para más tarde.

—El amuleto de Apolonio llena de oro a su portador —desveló entonces, apoyando las palmas de las manos en sus rodillas separadas, mirando a los jóvenes alternativamente —Pero a cambio, parte en dos su *ka* y la mala suerte le persigue siempre. Apolonio pensaba que podía usar ese oro para combatir sus pesadillas y la enfermedad y muerte que le rodeaba y me consta que gastó mucho dinero en pagar a magos y charlatanes de Egipto y de otras tierras también —relató mientras sonreía no de forma burlona, sino con una mezcla de lástima y resignación que conmovió a Berenice.

—Por eso la Gran Sacerdotisa Menófila dijo que nadie debía saber de su existencia —concluyó Berenice sorprendida —Ella debe conocer su poder, nos pidió que lo recuperásemos y lo lleváramos al templo.

Teocles apretó las mandíbulas al escuchar las palabras de la sacerdotisa. Aunque admiraba su candor, no creía que aún pudieran confiar en Euremon hasta el punto de darle aquellos detalles de su

misión. El hombre, sin embargo, no pareció demasiado alterado y tan solo enarcó las cejas, manteniéndose en silencio unos momentos. Era más astuto que los jóvenes que tenía delante y estaba claro que medía con cuidado las palabras que decía.

—Es posible. Ese amuleto en realidad carga con una fuerte maldición que destroza la vida de su portador aunque, eso sí, le colma de riquezas —añadió sonriendo con cierta ironía —. Si lo encontráis, espero que no estéis tentados de usar su poder —volvió la mirada hacia Teocles al pronunciar esa frase, pues en el joven embalsamador veía asomar la luz de la codicia debido a que su *ka* era mucho más materialista que el de la sacerdotisa, cuyo miedo al oír la palabra "maldición" se dibujó en la expresión de su rostro —Ni siquiera *una sola vez*. Un solo puñado de monedas de oro puede llevarse por delante la vida de uno de tus seres queridos. Así es como funciona. También puede provocar pesadillas espantosas que te harían desear no volver a dormir nunca. De hecho, ese era el miedo atroz que tenía Apolonio: a quedarse dormido.

—¿Pudiste ayudarle? —quiso saber Berenice sin dejar pasar por alto el reflexivo silencio de Teocles, que se mantenía callado y pensativo.

—Muy poco y por cortos espacios de tiempo —respondió Euremon con resignación —Una maldición de ese calibre está fuera de mis posibilidades por completo, pero sí conseguí que al menos pudiera descansar algunas noches sin pesadillas. Apolonio insistía en que hiciera algo para eliminar la maldición. Le sugerí muchas veces que se deshiciera del amuleto, que lo destruyera o lo enterrara en la arena, pero no fue capaz de hacerlo. Estaba demasiado obnubilado por su poder y por las riquezas que tenía gracias a él.

—¿Dónde consiguió el amuleto? —preguntó al fin Teocles con el ceño fruncido; cuanto más escuchaba, más preguntas acudían a su cabeza —No creo que lo hubiera comprado si hubiera sabido lo que le iba a ocurrir… ¿Y quién lo trajo a la Casa Hermosa para que lo colocáramos entre las vendas?

Euremon sonrió con resignación mientras negaba con la cabeza, apoyando ambas manos en sus rodillas, bajando la mirada al suelo. Berenice no supo cómo interpretar aquel gesto: ¿no quería decirlo o realmente no conocía la respuesta? Los dos jóvenes mantuvieron un respetuoso silencio hasta que el hombre volvió a hablar.

—Me temo que no tengo respuesta para esas preguntas, joven embalsamador. Solo sé con certeza lo que sucedió y se habló en este lugar, no puedo asegurar qué hay más allá del oasis. Lo que sí tengo claro es que ese tipo de amuletos no se fabrican en el patio trasero de la casa de un artesano…

Unos crujidos en el exterior llamaron la atención de Euremon,

Teocles y Berenice, quienes volvieron los rostros hacia la entrada de la humilde cabaña. No tuvieron que esperar demasiado para ver qué ocurría, pues una voz demasiado familiar se abrió paso en el silencio nocturno. La última vez que la habían oído estaban en el interior de la tumba de Apolonio.

—¡Viejo, deja salir a esos dos, tenemos cuentas pendientes con ellos!

Teocles se puso en pie de un salto dirigiéndose hacia la puerta con ánimo protector, dispuesto a defender no solo a Euremon sino a Berenice. La sacerdotisa le imitó, quedándose un paso tras él. Euremon se levantó con su habitual calma y apoyando una de sus ásperas manos en el hombro desnudo de Teocles, exclamó a modo de respuesta.

—Sabes que no podéis hacerles nada aquí, este lugar se encuentra en el trazo sagrado de los dioses de Egipto y su cólera caerá sobre vosotros si osáis derramar sangre en este suelo.

Berenice no creía que sus palabras fueran a causar ningún efecto en unos tipos que habían hecho de la profanación de tumbas su modo de vida. Además, la joven había escuchado mencionar a personas de más edad que la fe se encontraba en momentos bajos, en especial desde que llegara la estirpe de Ptolomeo al trono de Egipto con sus dioses y ritos extranjeros. Sin embargo y para su sorpresa, aquel canalla respondió con titubeos.

—No… no vamos a hacerles nada, solo queremos hablar.

Euremon hizo uso de su corpulencia para abrirse camino hasta la puerta de la cabaña echando a Teocles a un lado, pese a lo cual el joven no cedió en su actitud defensiva.

—Ellos no tienen el amuleto, vuestra búsqueda no tiene sentido. Virad hacia otros caminos porque este está cerrado.

—Los proteges y acabarás igual que ellos —protestó el saqueador señalando a Euremon con un dedo índice sucio, huesudo y torcido, mientras sus compañeros no abandonaban la actitud inquieta que parecían tener siempre.

—Protejo mi casa y mi santuario, Paniscos, y, por tanto, a quienes pisan su suelo. Y eso te incluye a ti.

La cordial sonrisa con la que Euremon rubricó aquella frase pareció desarmar al líder de los ladrones de tumbas, el ahora conocido como Paniscos. Este chasqueó la lengua y se volvió hacia sus secuaces, susurrándoles algo que ni Teocles ni Berenice llegaron a escuchar. En cualquier caso, aunque abandonaron su actitud beligerante, no se movieron ni un palmo, sino que se sentaron en el suelo, dispuestos a esperar a que los jóvenes abandonaran la cabaña de Euremon.

Berenice volvió a sentir la angustia que había dejado atrás desde que llegaron al oasis.

—¡Qué desastre! No podemos quedarnos aquí dentro para siempre… Euremon, siento lo que te estamos causando…

—Tranquila, joven —respondió Euremon mientras tomaba asiento de nuevo, como si nada —Tenéis oportunidades para escapar sin que ni siquiera se enteren de ello —desveló mirando al embalsamador y a la sacerdotisa con una expresión divertida en sus pequeños ojos negros —Solo debéis esperar a que se queden dormidos. Y no tardarán mucho en hacerlo…

—No sé, están muy decididos a acabar con nosotros a toda costa… —reflexionó Teocles cruzándose de brazos y apoyándose en la jamba de la puerta, volviendo la mirada hacia los saqueadores que charlaban entre ellos en voz baja. De vez en cuando, echaban una ojeada a la cabaña.

Berenice, presa de la congoja, decidió entregarse unos momentos al egoísmo y recordó los cálidos momentos previos a la aparición de Euremon. Entre los fuertes brazos de Teocles, con los labios sobre su boca, todos los problemas se habían esfumado por completo. Deseó con todas sus fuerzas volver a revivir esos momentos, pero las circunstancias hacían que fuera imposible. Por ello, volvió a sentarse en el pequeño taburete, observando las anchas espaldas de Teocles que se negaba a dejar de vigilar a Paniscos y los suyos.

Euremon tomó un pequeño puchero que reposaba en una de las oscuras esquinas de la cabaña y tras llenarlo de agua, lo colocó sobre el fuego que había justo debajo de un agujero en el techo de la cabaña. Musitando una especie de plegarias, tomó algunos puñados de hierbas y raíces secas que había dentro de un saco y los dejó caer sobre el agua cuando empezó a hervir. El silencio que reinaba en el ambiente hizo que los siguientes sucesos adquirieran un misticismo inesperado en aquella aventura.

Un espeso humo de tintes violáceos y verdosos brotó del agua del caldero con una lentitud casi perezosa, como si hubiera sido despertado en mitad de un profundo sueño. Con los mismos movimientos sinuosos de una bailarina de Hathor, el humo ascendió hasta encontrar una salida por el agujero que había en el techo de la cabaña. Berenice había seguido su recorrido con la mirada mientras Euremon permanecía imperturbable, como el que ha hecho eso cien veces más. Entonces, Teocles, que estaba de brazos cruzados y apoyado contra el marco de la puerta de la entrada, pareció agitarse y adoptó una posición a la defensiva.

—¿Qué… qué es eso?

Berenice se levantó de su taburete para ir a su lado, a sabiendas de qué era lo que su compañero estaba viendo. El humo, que en la oscuridad de la noche parecía aún más colorido, refulgía en violeta y verde mientras avanzaba hacia Paniscos y sus secuaces con aquel

movimiento sensual, sin prisa ninguna, como si se estuviera deleitando. Berenice cerró los dedos en torno al antebrazo de Teocles para que se calmara, sin apartar la mirada de lo que estaba a punto de suceder.

Los saqueadores de tumbas seguían charlando y soltando alguna que otra risotada de vez en cuando, sin percatarse de que aquel humo se acercaba poco a poco a ellos. A modo de una suave manta, el humo cayó sobre ellos con ligereza, deshaciéndose en pequeños hilos verdes y violetas que se introducían por sus bocas y narices. Los ladrones pasaron de las charlas y las risas al estupor, señalándose unos a otros con expresiones de sorpresa y pavor.

Entonces, comenzaron a caer uno a uno, víctimas de un profundo y aplastante sueño que los invadía por dentro. El ambiente se hizo aún más silencioso y cuando todo aquel humo desapareció dentro de los saqueadores, la noche volvió a ser oscura, iluminada solo por la hoguera que habían encendido y las estrellas que titilaban en el cielo nocturno. Berenice no había soltado el brazo de Teocles en ningún momento, sintiendo bajo sus dedos cómo aumentaba la tensión de los músculos del embalsamador mientras contemplaban aquello sin decir nada.

—Huid ahora.

Al escuchar la voz del anciano a sus espaldas, tanto Berenice como Teocles se giraron con rostros llenos de estupor, no solo por lo sucedido sino por las palabras de Euremon.

—¿Cómo? —exclamó Teocles —¿Has visto lo que acaba de pasar ahí fuera? —preguntó enérgicamente, moviendo ambos brazos en dirección al exterior mientras sus ojos negros se clavaban en los Euremon, llenos de determinación.

—Lo ha hecho él… —respondió Berenice mirando con una mezcla de admiración y curiosidad a Euremon, entendiendo al fin por qué Apolonio había recurrido a él para librarse de los efectos del amuleto.

—No aguantarán mucho tiempo inconscientes, marchaos ahora y no dejéis de caminar hasta que Ra vuelva a aparecer en el horizonte —insistió Euremon, poco dispuesto a dar explicaciones, mientras usaba su cayado para ponerse en pie y avanzar un par de pasos hacia los dos jóvenes.

—¿Y qué pasará contigo cuando despierten y vean que nos hemos ido? —preguntó Berenice con cierta angustia, temiendo que Paniscos se vengara de su escapada haciendo daño al anciano.

—No se atreverán a hacerme nada, te lo aseguro —respondió él con una sonrisa taimada que, por unos segundos, pareció rejuvenecerle —¡Y ahora, marchaos!

Teocles tiró de Berenice hacia fuera, comprendiendo que no debía dudar de Euremon y que más les valía aprovechar la ventaja que les

había dado. Pero la sacerdotisa aún tenía una última cosa que decir antes de abandonar el oasis.

—¿Cómo podemos agradecértelo?

Euremon permaneció unos segundos en silencio, con su sabia mirada puesta en los dos jóvenes que estaban a punto de marcharse.

—Destruid ese amuleto.

Berenice dibujó una expresión de sorpresa en el rostro, pues no esperaba una respuesta tan radical, pero ya no había tiempo que perder. Teocles tiró una última vez de ella hasta que ambos volvieron al fresco nocturno del oasis, echando a correr hasta que la hierba fresca y húmeda que rozaba sus tobillos fue sustituida por la arena del desierto.

—Alejémonos de la ribera del río, al amanecer estará llena de pescadores que pueden contar a los ladrones que nos han visto —explicó Teocles —Sé que es más incómodo, pero no podemos correr riesgos después de lo que Euremon ha hecho por nosotros.

El embalsamador dedicó una de sus limpias sonrisas a la sacerdotisa y después acarició su suave mejilla con el dorso de la mano, permitiéndose aquel gesto mientras el sol asomaba sobre las dunas devolviendo la vida a su alrededor. Berenice sonrió sin poder evitarlo y se sonrojó al sentir aquella nueva reacción en ella, la de sonreír aunque no quisiera, la de olvidar el hambre y el cansancio, la de ese cosquilleo tan agradable en la barriga.

—Confío en ti —le dijo con sinceridad, mirándose en aquellos ojos negros y brillantes, sinceros y puros como pocos había visto.

—¿Aunque aún no he conseguido darte un desayuno? Vaya, sí que eres ingenua… —contestó Teocles riendo, aludiendo de nuevo a su falta de experiencia.

—¿Así me pagas la confianza, con burlas? —exclamó ella un poco enfadada, sin entender del todo aquella reacción. En efecto, era ingenua y a veces no comprendía las ironías y bromas del embalsamador, mucho más curtido que ella en lides sociales —Ah, espera…

Cuando Teocles advirtió en el rostro de Berenice que esta se estaba dando cuenta en ese momento de que todo era una broma, lanzó una carcajada al aire que llenó de alegría aquel pedazo de árido desierto. Teocles tenía aquella magia de la que no era consciente y Berenice se solazaba en su interior como si fuera la única persona del mundo que podía presenciarla. Por ello, no se molestó por sus risas, sino que se unió a ellas, notando cómo parte de la tensión acumulada se iba con cada carcajada.

—Vamos a buscar algo de comida —dijo entonces Teocles con decisión, mirando a su alrededor con avidez.

Berenice se sentía un poco inútil. Nunca había tenido que buscar

comida por su cuenta y todo conocimiento que pudiera tener al respecto era teórico, de cosas que había aprendido en el templo o que había escuchado de algún viajero. Imitó a Teocles como si supiera lo que buscaba, pero casi al momento el embalsamador dejó ir una exclamación.

—¡Lo tengo!

Dio algunos pasos hasta dejarse caer junto a una piedra gris. Hundiendo ambas manos en la arena, empezó a excavar con cuidado hasta que pudo levantar la piedra con una mano, señalando con la otra lo que había debajo para mostrárselo a Berenice con una sonrisa triunfal. La sacerdotisa se asomó con curiosidad y sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Huevos de serpiente…

—Seguro que nunca los has probado… Vas a ver qué delicia te has estado perdiendo.

Teocles dejó caer la piedra hacia el otro lado y usó ambas manos para coger los huevos. Después le indicó a Berenice con un gesto de la cabeza que le siguiera.

—Es mejor que nos alejemos, la madre debe estar cerca y no le va a gustar lo que hemos hecho…

—Lo que HAS hecho —le reprendió Berenice divertida mientras le seguía con cierta dificultad, pues aunque era más ligera que Teocles, él daba pasos muy largos.

Teocles se paró algunos metros más allá para sentarse junto a un grupo de rocas entre las que brotaban algunas pequeñas plantas y flores, auténticas supervivientes de largas raíces que se asomaban al sol mientras bajo tierra buscaban la humedad del Nilo. Uno a uno, Teocles cogió cada huevo para mirarlo a trasluz. Berenice le observaba con atención, el embalsamador era tan diferente al tipo de personas con los que había vivido en el templo de Horus-Min que despertaba una inusitada curiosidad en ella.

—Por suerte podemos comérnoslos todos… aunque creo que nos vamos a quedar a medias —explicó a la sacerdotisa encogiéndose de hombros, pues aunque había unos ocho huevos frente a ellos, eran muy pequeños y no servirían para saciar el hambre que arrastraban desde hacía horas.

—¿Así? ¿Crudos? —dijo ella arrodillándose a su lado en la arena, disponiéndose a colaborar en aquel frugal desayuno.

—Si lo hacemos es posible que tengamos serios problemas de estómago y no hay letrinas cerca. Yo no tendría problemas pero tú…

Y volvió a reír una vez más mientras Berenice fingía un resoplido de indignación y le daba una suave palmada en el hombro, a modo de reprimenda.

—En serio, ¿cómo los vamos a comer?

—Verás…

Teocles empezó a rebuscar entre las rocas, cogiendo hierbas, encontrando ramitas secas pequeñas. Berenice le observaba con curiosidad y no pudo evitar una exclamación cuando vio que logró hacer fuego. Le dirigió una mirada de admiración mientras él se esforzaba en soplar para avivar la llama. ¿Qué habría sido de ella si hubiera emprendido aquella aventura sola? ¿Habría llegado a salir de Panópolis o estaría ya muerta, enterrada bajo la arena del desierto?

Mientras Berenice se ocupaba en aquellos pensamientos, Teocles estaba improvisando una pequeña cocina colocando una piedra sobre el fuego. La superficie de la piedra, que recibía el calor del fuego por debajo y el calor del sol por arriba, comenzó a calentarse con mucha rapidez.

—Si tuviéramos una olla y un poco de agua podríamos hervir los huevos, pero la Gran Sacerdotisa no nos ha dado nada de eso, así que tendremos que cocinarlos en la piedra y comerlos ahí —explicó Teocles con resignación pero sin perder el buen humor.

Berenice asintió con la cabeza. La verdad era que viajaban muy ligeros de equipaje, lo que les permitía avanzar más rápido, pero también verse en situaciones como aquella en la que no tenían medios para prepararse una comida con más comodidad. Con cierto gesto de desagradado, la sacerdotisa vio cómo Teocles cascaba los huevos de serpiente directamente en la piedra, mezclándose con la arenilla residual que tenía en la superficie. Los huevos ni siquiera tenían una forma bonita: al tener la cáscara blanda y no dura como la de los huevos de pato o gallina, lo normal era romper la yema y la clara con los dedos. Aun así, aquella pasta de color extraño iba cogiendo forma sobre la piedra e incluso desprendía buen olor. Mientras contemplaban su precario desayuno, Teocles rodeó con el brazo los hombros de Berenice, atrayéndola hacia él.

—¿Ves? Puedo procurarte alimento… Ahora falta el refugio —dijo apoyando la mejilla en la cabeza de la joven para reír con suavidad después.

—Ni que fuéramos un matrimonio —respondió ella con la voz un poco temblorosa, fantaseando de forma involuntaria con aquella situación: los dos en Panópolis, viviendo en una cabaña de adobe y cañas, él trabajando en la Casa Hermosa, ella… ¿Ella podría seguir sirviendo a Tayt si se casaba? La voz de Teocles la sacó de aquel pensamiento.

—¡Yo creo que ya está listo!

Y en efecto, ambos dieron buena cuenta de aquellos huevos de serpiente, tomándolos con los dedos, riendo ante la dificultad a la hora de comerlos, comparando su amargo sabor con el de las medicinas que les daban cuando eran niños. De una manera u otra,

pudieron calmar un poco el hambre de sus estómagos, aunque estaba muy lejos de ser saciada. Al menos, les dio fuerzas para seguir avanzando por el desierto al menos durante tres horas más. Ya a mediodía, con el sol observándoles desde lo más alto del cielo, Teocles decidió que era momento de regresar a las bondades de las orillas del Nilo.

Cuando sus pies volvieron a pisar la hierba fresca, Berenice no pudo evitar un suspiro de alivio y, contradiciendo los consejos de Teocles, avanzó con rapidez hasta la orilla para meter los pies en el agua fresca. Unos niños que aprendían a pescar cerca de ellos les miraron con curiosidad, seguramente pensando que eran mendigos. La sacerdotisa no pudo evitar sentirse decepcionada con la Gran Sacerdotisa Menófila: les había enviado en busca del amuleto, pero no se había preocupado de proporcionarles más ropa, comida o incluso una forma de transporte. Ni siquiera tenían una carta de recomendación con la que pedir asilo en otros templos. Berenice quería pensar que la urgencia por recuperarlo había hecho que Menófila no reparara en aquellos detalles. De hecho, ellos mismos no lo habían hecho y eso que eran quienes sufrían las consecuencias.

—No sé si es bueno que la gente nos vea, pueden dar pistas a los saqueadores… —dijo Teocles sentándose junto a ella en la ribera para dejar que el agua del Nilo consolara sus pies cansados tras horas de caminar sobre la arena caliente.

—¿Crees que nos habrán seguido hasta aquí? Estamos muy lejos de Panópolis —respondió ella, casi intentando convencerse a sí misma de que se habían librado de Paniscos y sus secuaces —En cualquier caso, nuestro objetivo ahora es el templo de Dendera —afirmó con convicción mirando hacia el este.

Teocles la miró con una mezcla de sorpresa y admiración, un poco embelesado al contemplar el delicado perfil de la joven recortado contra el horizonte.

—Creo que es la primera vez que te veo tan decidida a hacer algo —dijo con honestidad, esta vez sin ánimo de bromear con ella.

Berenice volvió el rostro hacia él con una sonrisa de orgullo. Era verdad, aunque no se había dado cuenta en el momento.

—Los templos me inspiran más confianza que las tumbas —dijo a modo de explicación —Y Dendera es el hogar de Hathor, madre de Horus, la Señora a la que Tayt viste. El templo de Dendera está vinculado con el templo de Horus-Min, mi casa, en la que tejemos el lino sagrado…

—...que yo utilizo después en las vendas de los muertos que llegan a la Casa Hermosa —completó Teocles, dejándose llevar por aquella mística.

Ambos se miraron a los ojos en silencio por unos instantes. Era

como si de algún modo el destino los estuviera vinculando más allá de las coincidencias o las casualidades relacionadas con el amuleto de Apolonio. La muerte y la vida se fundían a su alrededor mientras ellos intentaban encontrar un objeto que parecía maldecir y enriquecer al mismo tiempo a quien lo poseía. Era una locura, pero ya no podían escapar de ella. O quizá no querían. Sea como fuera, no era momento de pensarlo. Aún les quedaban unas cuantas horas de viaje hasta llegar al templo de Dendera.

Capítulo 5

El trayecto fue mucho más amable que al comienzo, aunque solo fuera porque bajo sus pies crecía la hierba y en las orillas del Nilo la vida era mucho más entretenida que en el desierto. Sabían que se estaban arriesgando demasiado al dejarse ver, pero Teocles había llegado a la conveniente conclusión de que confundiéndose entre la gente podrían pasar más desapercibidos que viajando por el desierto sin ni siquiera un animal de carga. Por eso, charlaban con los pescadores, escuchaban las historias de los ancianos y jugaban con los niños que corrían a su alrededor. De vez en cuando, recordaban su breve estancia en la choza de Euremon y se preguntaban si estaría bien y qué habría ocurrido cuando los saqueadores despertaron de su sueño inducido. Berenice sentía una gran culpa al acordarse de él y trataba de consolarse recordando que había sido el propio anciano quien les había pedido que se marcharan de allí.

Aparte de eso, los jóvenes apenas pensaban demasiado en el amuleto y en su misión en aquellas tierras. El ambiente en la ribera del río les mantenía ocupados y entretenidos durante el día y, por las noches, los juncos les acogían para protegerse de la fresca brisa que llegaba desde las oscuras aguas del Nilo. Abrazados y protegiéndose del barro del suelo con una vieja manta gruesa que les había regalado un mercader nubio, dormían bajo las estrellas con los rostros muy juntos, consolándose el uno al otro por estar lejos de sus hogares. Jamás intercambiaban palabras de amor, tan solo se prodigaban miradas y besos escondidos entre las cañas, cuando nadie podía verlos. Luego, durante el día, volvían a ser el alegre embalsamador y la seria sacerdotisa en busca de un amuleto maldito. Jamás se les pasaba por la cabeza verbalizar lo que estaba sucediendo entre ambos y tenían una razón para ello: las palabras eran poderosas y eran capaces de atraer a la magia.

Teocles lo sabía por las largas oraciones que declamaban en la Casa Hermosa para asegurar el viaje del *ka* del difunto hasta el Más Allá. Los sacerdotes no podían confundirse ya que, si lo hacían, el *ka* podría quedar atrapado e incluso buscar venganza por no haber podido completar su camino. Berenice lo sabía porque si no decía las oraciones apropiadas cada mañana, Tayt podría enfurecer y echar a perder el lino que con tanto esmero hilaba y tejía cada día. Si ambos hablaban de lo que ocurría cada noche y no lo hacían de la manera apropiada, podrían estropearlo todo.

Por otro lado, aquel viaje también estaba suponiendo una importante apertura al mundo para los dos. Era cierto que Teocles salía a menudo de la Casa Hermosa para jugar al senet, beber cerveza y hablar con la gente de Panópolis, pero nunca había salido de la ciudad. Berenice, por su lado, ni siquiera salía del templo de Horus-Min por su cuenta. Cuando lo hacía era en compañía de otras jóvenes sacerdotisas y siempre custodiadas por personal del templo que apenas si les dejaban ver los puestos del mercado con tranquilidad. Ahora, la joven estaba descubriendo un mundo nuevo y colorido, lleno de sonidos, colores, olores y sabores que jamás había experimentado, y la añoranza por su vida rutinaria en el templo parecía disiparse a cada paso.

Adoraba bailar en el templo al ritmo de los crótalos, pero ahora también adoraba bailar en torno a una hoguera acompañada por los cantos de los pastores y el sonido de los tambores. También disfrutaba comiendo higos y queso de cabra, pero ahora había descubierto el sabor del pescado fresco hecho al fuego aderezado con especias recogidas y molidas justo en el momento. Fuera de los muros del templo, la vida se desplegaba en todo su esplendor, lleno de belleza y de sensaciones, y Berenice sentía que disfrutaba mucho más de las creaciones de los dioses. Teocles hacía lo propio junto a ella, aunque de una manera mucho más mundana: él aprovechaba las circunstancias para comer y beber todo lo que le ofrecían, probando sabores nuevos. Además, en su incansable afán por hacer vida social, hablaba con todo el mundo, escuchaba leyendas que no conocía, incluso se aprendía los nombres de dioses de sitios de los que nunca había oído hablar.

Para lo que tampoco estaban preparados era para conocer a Aabeni.

Desde que habían salido de Panópolis no era raro cruzarse en su camino con mercaderes de todo tipo, desde hombres solitarios que recorrían la orilla del Nilo tan solo cargados con una enorme cesta llena de fruslerías hasta grandes caravanas que venían de sitios muy lejanos dirigidas por personas con rasgos extraños y lenguas aún más extrañas. A Berenice no le gustaba demasiado entablar conversaciones con los mercaderes porque siempre tenía la sensación de que pretendían engañarla. No era lo mismo el comerciante que tiene una tienda o un puesto fijo en el mercado de una ciudad que aquellos vendedores ambulantes que hoy estaban aquí y mañana, quién sabía. Sin embargo, a Teocles le fascinaba y siempre se mostraba dispuesto a que le mostraran sus mercancías a pesar de que no llevaban ni una sola moneda para poder comprar nada. La sacerdotisa tenía la impresión de que a su compañero de aventuras le gustaba ser

agasajado, quizá porque en la Casa Hermosa su papel era poco importante en comparación con el de los sacerdotes lectores.

La caravana de Aabeni era distinta y ambos lo supieron al ver su campamento formado por tiendas de colores brillantes y de todos los tamaños. De hecho, formaban un núcleo de gente más grande que algunas de las aldeas que habían atravesado en su periplo desde Panópolis. Como buenos mercaderes, aunque dos o tres de ellos aún estaban levantando tiendas, ya habían puesto a la vista sus productos sobre esteras coloridas e improvisadas mesas de madera. Al pasar junto a ellos, tanto Teocles como Berenice se dieron cuenta de que su mercadería era distinta a la de otros. No exponían delicadas botellas de cristal y alabastro con perfumes, ni mostraban bolsas de seda con inciensos exóticos, tampoco exhibían pieles de animales que jamás se habían visto en Egipto.

Tenían todo tipo de amuletos extraños e incluso con cierto aire macabro: huesos, calaveras, restos de pieles, botellas con sustancias de colores antinaturales, objetos indescriptibles hechos con madera, plumas y cristal, papiros con caracteres raros… El primer impulso de Berenice en otra situación hubiera sido alejarse de allí a toda velocidad, pero enseguida una luz se encendió en su mente: ¿Y si…? Al mirar a Teocles, vio que este estaba con los ojos fijos en esos amuletos y que se volvía hacia ella con una expresión elocuente en su rostro: estaba claro que tenía en mente lo mismo que ella. Sin embargo, una vez más marcando la diferencia de caracteres entre ambos, mientras Berenice pensaba cómo abordar a los mercaderes, Teocles llamó a uno de ellos con un gesto de la mano.

Un hombre joven, con la piel muy oscura y ojos negros llenos de suspicacia, les miró y después se dirigió hacia un hombre mayor en una lengua extraña a base de chasquidos y sonidos guturales. Berenice recuperó una sensación que había dejado atrás desde que Euremon les ayudara a librarse de Paniscos y sus amigos: el miedo y la sensación de peligro inminente. El hombre mayor, con rasgos más familiares y los ojos delineados con perfectas líneas negras, se cubría la cabeza con un turbante al modo de los nómadas a juego con la amplia túnica que vestía. Solo el rostro y unas manos apergaminadas y con dedos algo deformados quedaban a la vista.

—Qué honor recibir en nuestro campamento a gente sagrada —dijo a modo de saludo con un brillo taimado en sus pequeños ojos, abriendo los brazos y mirando a los dos jóvenes.

—¿Cómo dices? —replicó Teocles intentando que no se percibiera el estupor al escuchar sus palabras —Creo que es la primera vez que nos vemos.

—Y así es, siervo de Anubis —contestó el anciano, esta vez con una desconcertante sonrisa burlona —¿Cuál es el problema? —agregó

entrelazando sus dedos huesudos y torcidos, adoptando una actitud conciliadora.

—Eh… ¿Por qué me llamas siervo de Anubis? —preguntó de nuevo Teocles, esta vez bastante más desconcertado mientras, a su lado, Berenice no hacía más que pensar que había sido una mala idea iniciar aquella conversación.

—¿No lo eres?

—Sssí, sí lo soy, o al menos lo era en mi ciudad natal —acabó confesando el embalsamador, pues no le veía sentido a seguir esquivando la situación —¿Pero por qué lo sabes? ¿Acaso aún me acompaña el olor a muerto?

—No, pero llevo mucho, mucho tiempo recorriendo el mundo conocido y sé leer en los rostros de la gente —entonces volvió sus ojos hacia Berenice, quien dio un respingo y un pequeño paso atrás —También en el tuyo, joven sacerdotisa. Como decía, es un honor recibir a gente sagrada tan lejos de los lugares en los que debería estar.

Teocles, que solía liderar las interacciones con la gente, se había quedado sin palabras. Se dio cuenta en aquel instante de que en Panópolis se movía como pez en el agua, creyéndose más listo que nadie y conociendo cada rincón y a cada habitante. Al salir de allí, se encontraba en un mundo desconocido donde no era ni más ni menos que nadie. Por eso, decidió rebajar su actitud defensiva al menos unos instantes. El anciano no parecía ser una amenaza y, a fin de cuentas, el campamento de los mercaderes se encontraba a escasas millas de un pueblo. No estaban solos en mitad del desierto.

—¿Qué es lo que vendes?

—¡El viejo Aabeni recorre el mundo de norte a sur y de este a oeste siguiendo el camino de la magia y de los dioses! —comenzó a declamar el comerciante, llamando la atención de otras personas que pasaban delante del campamento y que volvieron el rostro para mirarlo —¡Las estrellas guían mis pasos, la Vida y la Muerte se cruzan delante de mí una y otra vez, los más sabios entre los sabios ponen en mis manos objetos mágicos con poderes que ni ellos mismos conocen! ¿Veis este cetro? —preguntó mientras tomaba un pequeño bastón de madera oscura de no más de dos codos de longitud, en cuyo extremo colgaban pequeñas calaveras de roedor protegidas por una capa de resina amarilla y cuentas de cristales de todos los colores. Al moverlo, la luz del sol se descomponía en cientos de arcoíris que parecían brotar del cetro y deshacerse en chispas multicolores —Quien lo posea y lo agite solo tendrá alegría, felicidad y riqueza en su vida, ¡así de fácil! Aunque no todo el mundo puede pagar su precio…

Al escuchar aquellas palabras, Teocles y Berenice se miraron el uno al otro con una expresión de alerta en sus rostros. ¿Un amuleto que

otorgaba la felicidad a cambio de un "precio" que no todos podían pagar? ¿Acaso no era la descripción perfecta de lo que estaban buscando desde hacía días?

—¿Qué precio es ese?

La impulsiva pregunta de Berenice sorprendió a Teocles, que más bien estaba acostumbrado a que su compañera de aventuras permaneciera siempre en un segundo plano en situaciones como aquella, mucho más instintiva y precavida que él. Sin embargo, antes de poder decir nada, la sacerdotisa se había encarado con Aabeni dando un paso hacia adelante. El anciano detuvo su discurso y le dedicó una luminosa sonrisa mostrando una dentadura blanca y perfecta, en total disonancia con el resto de su físico.

—¿Necesitas alegría, felicidad y riqueza? —inquirió Aabeni entrecerrando los ojos, dejando el cetro sobre la mesa con cuidado.

Berenice no esperaba aquella pregunta y la recibió casi como un golpe, llevándose una mano al pecho incluso. Empezó a titubear y entonces fue Teocles quien intervino.

—No, pero mucha gente sí. ¿Qué precio les pides por tu amuleto? ¿Quizá… su *ka*?

El embalsamador, envalentonado y sin más paciencia para acertijos y palabras con doble sentido, miró fijamente a Aabeni a los ojos. Berenice contuvo la respiración: aquella jugada podía salir muy bien… o muy mal.

—Te mueves en ambientes turbios y peligrosos, chico sagrado, si me haces esa pregunta —respondió de forma elusiva sin apartar la mirada mientras depositaba el cetro sobre la mesa con cuidado —Comerciar con el *ka* es algo que está más allá de las fuerzas divinas que conocemos, es una transacción cósmica que se extiende fuera de las fronteras de la razón y que solo sirve para quebrar a una persona en trozos tan miserables e invisibles que pasará a ser simple polvo en el universo. ¿Crees que el viejo Aabeni juega con el *ka* como el malabarista que entretiene a los niños con pelotas de colores?

El tono del anciano reflejaba sorpresa y ofensa al mismo tiempo. Teocles carraspeó con cierto sentimiento de culpa mientras Berenice trataba de que las tremendas palabras del anciano dejaran de reverberar en su cabeza como un eco insistente que se negaba a deshacerse en el aire.

—Pero… existe ese tipo de amuletos —insistió al final Teocles, aunque con un ánimo bastante menos desafiante y mostrando cierto estupor en su tono de voz, sin dejar de mirar a Aabeni.

—Claro que existen —afirmó el anciano algo más relajado —Los he tenido en mis manos y he podido percibir su poder sobre mi piel, intentando atraparme —relató extendiendo sus manos apergaminadas ante ellos —Por eso jamás los encontrarás entre mi mercancía, aunque

podría pedir todo el oro de Egipto por ellos, las mujeres más hermosas de Persia, las sedas más delicadas de Oriente… y sé que habría quien lo pagara o muriera en el intento.

—Apolonio de Panópolis —intervino entonces Berenice, quien de alguna manera comenzaba a confiar en Aabeni, pues en sus ojos había percibido un auténtico rechazo hacia ese tipo de objetos —Él tuvo uno de esos amuletos malditos y le ha llevado hasta la muerte. Nosotros queremos destruirlo.

Teocles abrió los ojos sorprendido al escuchar a la sacerdotisa y se giró hacia ella sin entender por qué había desvelado con tanta claridad su misión. Dio gracias a que en ese momento se encontraran solos y no hubiera otros compradores deambulando por allí. Aabeni asintió despacio con la cabeza y su rostro pareció cubrirse con un suave velo de tristeza y resignación.

—Creo que todos los comerciantes de Egipto conocíamos a Apolonio de Panópolis y su hambre de dinero y poder —dijo bajando la mirada unos instantes antes de volver dirigirse a los jóvenes —No me sorprende su final, pues nada le paraba a la hora de aumentar su fortuna y sus posesiones pese a que siempre fue bueno para los negocios. ¿Y decís que queréis destruir su amuleto? ¿Acaso sabéis algo de él?

—No mucho —siguió explicando Berenice acercándose un poco más para poder bajar un poco la voz, pues no quería ser oída por el resto de mercaderes de la caravana —Solo que el amuleto le afectaba tanto que tenía que acudir a que un chamán le ayudara a paliar sus efectos. Y que unos saqueadores de tumbas lo quieren a toda costa, hasta el punto de ignorar las riquezas de su lugar de descanso —explicó —La Gran Sacerdotisa Menófila del templo de Horus-Min de Panópolis nos ha encargado recuperar el amuleto antes de que vuelva a caer en las manos equivocadas.

Aabeni permaneció unos momentos en silencio como si estuviera evaluando el breve relato de Berenice. No se mostró incrédulo, pero tampoco sorprendido. Solo la tensión de su boca evidenciaba que aquella información le intranquilizaba.

—Por eso seguís la Senda Sagrada que lleva hasta la Gran Madre Hathor en Dendera —concluyó sin más, mirando primero a Berenice y después a Teocles.

—El chamán Euremon fue quien nos habló del eje entre el templo de Horus-Min y el de Dendera —respondió Berenice —En realidad no sabemos mucho más…

Aabeni suspiró con resignación. Teocles no se perdía ni un detalle de sus reacciones, tenía la sensación de que el viejo mercader sabía mucho, pero estaba calibrando qué era lo que iba a contarles. Algo parecido le había ocurrido en su conversación con Euremon. El

embalsamador empezaba a estar cansado de la condescendencia con la que les hablaban todos con los que se topaban en su viaje,

—Si sabes algo nos ayudarías mucho —dijo al fin, intentando que no se notara su creciente disgusto —Ya han estado a punto de matarnos un par de veces y nos gustaría encontrar el amuleto y llevárselo a Menófila lo antes posible.

—¿Crees que vais a poder recorrer medio Egipto con ese amuleto guardado sin que os corrompa? —preguntó Aabeni enarcando las cejas —Una maldición como esa no se elude fácilmente, ni siquiera deberíais tocarlo excepto para destruirlo de inmediato —les advirtió apuntándoles con su dedo índice torcido por la enfermedad —Esa Gran Sacerdotisa vuestra debería saberlo, es una imprudencia por su parte enviaros a hacer algo así.

Berenice frunció el ceño y cogió aire dispuesta a defender a Menófila, pero Teocles se adelantó.

—En eso estamos de acuerdo —dijo el joven ignorando la furibunda mirada de la sacerdotisa, pero es que realmente era lo que pensaba —Supongo que ella no sabe de la maldición del amuleto... Sea como sea, no podemos ignorarlo sin más —afirmó.

—¿Por qué no? —espetó entonces Aabeni mirándolos a los dos —¿Por qué no podéis simplemente no regresar jamás a Panópolis y empezar una nueva vida en cualquier otra parte del país? Aquí mismo —siguió diciendo alargando un brazo hacia el pueblo que se veía a lo lejos —Tú serías un gran carnicero y la joven sería una maestra perfecta para los niños.

Aquello no lo habían visto venir. Teocles y Berenice se miraron sin saber qué responder, pues en ningún momento se habían planteado la posibilidad de abandonar aquella misión y desaparecer sin más. Tan solo habían asumido que debían cumplirla aunque les costara la vida. Aabeni, leyendo a la perfección aquellas dudas en los rostros de los jóvenes, se limitó a sonreír y a fingir que colocaba algunos objetos sobre la mesa, concediéndoles tiempo para que pensaran realmente por qué estaban metidos en aquella misión.

Berenice, sin lugar a dudas, fue la más afectada de los dos por aquella observación del comerciante. Retirándose unos pasos de donde estaban, tuvo que reconocerse a sí misma que jamás, en toda su vida, se había atrevido a cuestionar nada. Cuando era niña asumió que no tenía otro remedio que separarse de sus padres para vivir en el templo, unos años más adelante acató que debía comenzar su formación como sacerdotisa y ahora tan solo había seguido el camino marcado por Menófila. De repente, una verdad se abrió paso en su cabeza: había pasado toda su existencia dejando que otros decidieran por ella hasta el punto de poner su vida en riesgo, como en aquella misión.

Teocles, por su lado, tenía las cosas mucho más claras. Llevaba toda la vida en Panópolis, más de la mitad de sus años sobre la tierra los había pasado entre las paredes de la Casa Hermosa, y tener una excusa era todo lo que había necesitado para romper esa trampa. No le daba miedo salir de los límites que había conocido y tampoco le daban miedo las fuerzas a las que se estaban enfrentando. Para él, todo aquello no era más que la confirmación de unas creencias que le habían inculcado, pero que nunca había verificado. La herejía que a veces asomaba en él se difuminaba cada vez que se encontraban con gente como Euremon o Aabeni.

—Para acabar siendo carnicero no habría salido de la Casa Hermosa —replicó ante el desafío de Aabeni —No me gusta eludir las responsabilidades —añadió con fingida dignidad, pues no quería reconocer la fragilidad de sus creencias delante del mercader y, mucho menos, delante de Berenice, quien dedicaba su vida a todo lo sagrado —Además, quiero saber quién se ocupó de llevar ese amuleto a la Casa Hermosa y quién lo ha robado, porque es el verdadero culpable de que yo esté así —siguió diciendo, esta vez con honestidad, pues estaba claro que alguien había intervenido para que el amuleto no se fuera a la tumba con Apolonio.

—¿Ves? Eso sí me parece un motivo legítimo para estar aquí —le respondió Aabeni complacido y sonriendo, apreciando la fuerza y la decisión que desprendía el enérgico Teocles.

Quien seguía en silencio y apartada de ambos era Berenice. Con los ojos perdidos en las verdosas aguas del Nilo que reflejaban el color dorado del sol al atardecer, la sacerdotisa trataba de controlar su mente para que no se desbocara y llegara a una conclusión que no iba a gustarle. Se dio cuenta entonces de que necesitaba una señal, tan solo un pequeño toque de los dioses para recordar por qué les había consagrado su vida hasta el punto de poner en peligro su existencia, por qué había acatado las órdenes de la Gran Sacerdotisa Menófila sin rechistar. Y tenía la sensación de que el peligroso camino por el que transitaba desde que había abandonado Panópolis le proporcionaría las respuestas que necesitaba. Quizá era arrogante por su parte pensar que los dioses le iban a prestar atención, pero no podía seguir conformándose.

Cuando se giró de nuevo hacia el improvisado poblado que habían formado las tiendas de la caravana de Aabeni, vio que Teocles tenía los ojos puestos en ella con una expresión de preocupación en el rostro. Le dedicó una sonrisa, pero el embalsamador no la percibió tan relajada como ella creía. A pesar de todo, Berenice avanzó unos pasos para volver junto a él y al mercader.

—Hace años decidí consagrar mi vida a los dioses, a Tayt y al lino sagrado —comenzó a decirles, aunque en realidad estaba hablando

consigo misma —Quizá fui ingenua al pensar que mi vida siempre estaría dentro de los muros del templo, tejiendo en los telares sagrados y devocionando a los dioses, compartiendo mis días con mis compañeras en una tranquilidad y seguridad absolutas. Pero he aquí que mi Gran Sacerdotisa espera algo de mí y tengo que responder como se espera de mí —siguió explicando, adquiriendo una mayor seguridad conforme se acercaba a la conclusión —Y ahora que mis pasos me llevan hasta la casa de la Gran Madre Hathor, sé que estoy haciendo lo correcto.

Aabeni asintió con la cabeza mientras Teocles alargaba una mano para acariciar los suaves dedos de la sacerdotisa, resistiéndose a enlazarlos, pero manteniendo el contacto lo bastante como para que ella se sintiera acompañada. Podía entender las motivaciones de Berenice, a fin de cuentas era una sacerdotisa y se esperaba de ella tal devoción, pero al mismo tiempo la ingenuidad que percibía en ella despertaba una gran ternura en su interior. En ese mismo momento decidió que tenía que protegerla pasara lo que pasara.

—Bien, ahora que tenemos las cosas claras, es el momento de que sepáis a qué os enfrentáis —dictaminó Aabeni.

El anciano chasqueó los dedos en el aire y al momento apareció un joven portando un cántaro de barro lleno de leche fresca que sirvió en tres cuencos hechos del mismo material. Otro más llegó cargando con pequeños escabeles plegables permitiéndoles tomar asiento y, por último, una chica que no tendría más de 14 o 15 años dejó ante ellos una bandeja repleta de higos, dátiles y tortas de lentejas y harina. Tanto Teocles como Berenice, una vez más, se sentaron obedientes y en silencio, esperando a que Aabeni les iluminara.

—Cuando encontréis ese amuleto tenéis que destruirlo de forma inmediata, no podéis llevárselo a vuestra sacerdotisa sin que sea un peligro para vosotros —dijo con total seguridad —No pondré en duda a esa mujer —añadió mostrando las palmas de las manos —así que pensaré que no conoce realmente qué tipo de amuleto se trata. No es un amuleto corriente, es una maldición. Y como tal, emponzoña todo lo que puede.

—Si es tan peligroso, ¿por qué nos persiguen los saqueadores de tumbas creyendo que lo tenemos? ¿Ellos tampoco saben que está maldito? —preguntó Berenice mientras jugueteaba nerviosa con un higo entre los dedos.

—¿Crees que les importaría ? —dijo Aabeni a modo de respuesta, enarcando las cejas —La avaricia y la ambición pueden sacudir a una persona hasta límites insospechados, ahí tenéis a Apolonio, secándose en una tumba solo por perseguir riquezas y romper su *ka* a cambio —el mercader dedicó entonces una sonrisa casi paternal a la sacerdotisa —Sé que no puedes concebir algo así porque tienes un *ka* puro, pero

es a lo que te estás enfrentando. Debes conocerlo.

—¿Cómo podemos destruirlo? —inquirió Teocles, que no dejaba de comer —Porque imagino que no bastará con arrojarlo al fuego o lanzarlo al fondo del Nilo… —añadió frunciendo el ceño con suspicacia, aunque en el fondo le encantaría que Aabeni lo desmintiera.

Aabeni negó con la cabeza mientras se encogía de hombros. Esbozó una sonrisa que por unos instantes molestó a Teocles: parecía que la situación le resultaba divertida.

—Ni siquiera sé exactamente qué tipo de amuleto es, qué maldición pesa sobre él… Me temo que no puedo ayudaros más, pero, en efecto, los métodos rudimentarios como los que has mencionado no tendrán efecto alguno.

—¿Y cómo podremos saberlo entonces? —intervino Berenice al borde de la desesperación, sintiéndose horrorosamente inexperta, como si aquel asunto fuera un vestido que le quedara demasiado grande —Podemos cometer cualquier error con consecuencias fatales…

—No será difícil que averigüéis cómo destruir el amuleto siendo dos personas sagradas —respondió Aabeni enarcando las cejas, como si le sorprendiera que no se hubieran dado cuenta de algo tan lógico —Pensad que algo que ha sido creado con magia, no puede ser destruido de forma mundana…

—¡Magia! —exclamó Teocles más alto de lo que le hubiera gustado, con una mezcla de temor y entusiasmo.

Los ojos del embalsamador se encendieron de repente con un brillo casi infantil que hizo reír a Aabeni y que sorprendió a Berenice, que pese a la elocuente expresividad del joven, nunca le había visto con esa emoción. Aunque estaba aterrada por aquella conversación y el futuro que les esperaba, no tuvo otro remedio que echarse a reír cuando Teocles alzó los puños cerrados con una expresión de victoria.

—No sé magia, pero conozco conjuros —empezó a decir con un tono de astucia en la voz, como si aquel fuera el momento que había estado esperando —El sacerdote lector de mi Casa Hermosa tenía libros y papiros llenos de hechizos, conjuros y encantamientos y yo le he oído leerlos en voz alta muchas veces —relató mientras recordaba al sombrío Zoilo, siempre enfrascado en la compra y lectura de aquel tipo de textos —Estoy seguro de que podría afrontarlo… si tú me ayudas —añadió volviendo su rostro lleno de emoción hacia Berenice, a quien vio inusualmente hermosa bajo la luz del atardecer que los rodeaba.

La sacerdotisa dio un respingo, abrumada por aquella repentina confianza que Teocles mostraba en sus conocimientos y capacidades. Aabeni se mantenía silencioso escuchando a los dos jóvenes mientras

degustaba la leche fresca.

—Nunca he practicado magia… —comenzó a decir antes de ser interrumpida por su compañero de aventuras.

—… pero conoces a los dioses mucho mejor que yo y sabes cómo hay que hablar con ellos —insistió Teocles —Seguro que entre los dos podemos destruir el amuleto —concluyó mientras se golpeaba la palma de la mano con el puño.

—Recuerda que aún tenéis que encontrarlo —intervino Aabeni colocando una de sus apergaminadas manos sobre el fuerte y moreno hombro del embalsamador —Centraos primero en eso, en el futuro tendréis decisiones que tomar y este no es el momento de pensar en ellas, pues desconocéis mucho de lo que os espera. Descansad y sed felices por ahora.

Y como si todo el mundo a su alrededor hubiera estado escuchando, alguien empezó a tocar una suave flauta, dos niñas con coloridas ropas empezaron a bailar y pronto los mercaderes habrían improvisado una pequeña celebración que arrastró a Berenice y Teocles. Rieron, bailaron, comieron y bebieron bajo la atenta y protectora mirada de Aabeni.

A pesar de que habían estado a punto de entrar en el reino de Anubis en más de una ocasión, esos últimos momentos antes de entrar en la siguiente fase de su misión fueron algunos de los más felices desde que ambos dejaran atrás Panópolis.

Porque cuando al día siguiente los inmensos muros del templo de Dendera se recortaron en el horizonte, Teocles y Berenice volvieron a la realidad.



Era imposible no percibir el aura sagrada de aquel lugar y se notaba porque las pocas personas que merodeaban por allí, la mayoría fieles que acudían al *sanatorium* para curar sus dolencias a través de los sueños, se mantenían silenciosas, con una respetuosa actitud de recogimiento. Teocles, quien siempre caminaba erguido, fuerte y orgulloso, cambió su forma de andar a una más ligera y relajada sin darse cuenta. Berenice no podía evitar sonreír ligeramente ante el familiar olor de los perfumes e inciensos sagrados. Pisando aquellos suelos de piedra sentía como si estuviera de nuevo en casa.

Aquella sensación se acrecentó aún más cuando, en uno de los muros interior del templo, allí donde apenas entraba ya la luz de sol y se encontraban prácticamente solos, distinguió la silueta de Tayt, su diosa, aquella a quien dedicaba el lino sagrado que tejía cada día en su hogar en Panópolis. Sin decir nada a Teocles, se dirigió a toda velocidad hacia allí, alzando la cabeza mientras en sus ojos brillaba la emoción. El embalsamador, algo alarmado, la siguió con grandes zancadas sin entender qué ocurría.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañado, aunque al borde del embelesamiento al contemplar el delicado perfil de Berenice recortado

contra las sombras, iluminado por el fuego de las antorchas que salpicaban los muros.

—Mira allí —respondió ella en voz baja, sobrecogida, señalando hacia arriba —Es Tayt con la piel verde como el lino fresco —describió apuntando la figura de una mujer con el rostro verdoso que rodeaba con un brazo a un hombre —Y él es Neoris, su esposo, quien muere y renace con cada cosecha —siguió diciendo, ignorante ante el hecho de que Teocles no estaba prestando atención a las pinturas, sino que la miraba a ella, incapaz de apartar la mirada de su rostro.

—¡Y mira ahí! —exclamó moviéndose unos pasos más hacia el interior del templo; allí solo era posible la visión con las antorchas —¡Es Tayt vistiendo a Hathor con el lino sagrado! Cientos de veces me han contado esta escena, pero es la primera vez que la veo…

Una voz femenina, llena de fuerza, pero suave al mismo tiempo, interrumpió las palabras de Berenice.

—Siempre es grato descubrir a alguien que aprecia a nuestra Tayt, aquella que viste a la Madre Hathor.

Berenice y Teocles se dieron la vuelta para descubrir a una mujer de porte elegante, cubierta con un liviano vestido de lino blanco y adornada con collares y pulseras de lapislázuli, oro y otras piedras preciosas. El espeso cabello negro que caía a ambos lados de su rostro exudaba el intenso perfume de las velas que había sostenido sobre la cabeza durante sus rezos matutinos. Los pies, en cambio, aparecían descalzos sobre la piedra, a excepción de una delicada cadena con pequeñas medallas de oro que rodeaba uno de sus tobillos.

En esta ocasión, no fue Teocles quien tomó el mando de la conversación sino Berenice, que enseguida avanzó hacia la mujer.

—Soy Berenice, sacerdotisa y tejedora sagrada de Tayt en el templo de Horus-Min en Panópolis.

La mujer no ocultó una satisfactoria sorpresa en su rostro al escuchar aquellas palabras.

—Yo soy Eucleia, Gran Sacerdotisa del templo de Dendera, servidora de Hathor —entonces, pareció reparar en la presencia de Teocles, que se mantenía unos pasos alejado de ambas —¿Y quién te acompaña? ¿Un sirviente de tu templo?

—No, él es… —Berenice hizo una pequeña pausa al sentir que se ruborizaba un poco cuando miraba a su compañero —Es Teocles, embalsamador de la Casa Hermosa en Panópolis.

Eucleia hizo un gesto de extrañeza, pues no entendía qué hacía un embalsamador fuera de su lugar de trabajo y sobre todo, tan lejos. Lejos de especular, preguntó directamente.

—¿Qué os ha traído hasta este sitio? ¿Una peregrinación? ¿Tenéis alguna petición para la Gran Madre, quizá?

—Es un poco más complicado que todo eso —intervino entonces

Teocles dando un par de pasos y mostrando una actitud respetuosa; no podía evitar sentirse un poco fuera de lugar entre dos sacerdotisas, él, que se dedicaba a extraer vísceras de los cadáveres —Nos envía la Gran Sacerdotisa Menófila de Panópolis en busca de un amuleto…

Eucleia alzó la mano y Teocles interrumpió sus palabras.

—Entonces lo que buscáis son respuestas —concluyó la mujer sin perder la suavidad en el tono de su voz, que a Berenice se le antojaba semejante al rumor de las aguas del Nilo al atardecer —Por eso estáis aquí.

—Supongo que sí —intervino Berenice esta vez —Nuestros templos están vinculados. Hathor, vestida por Tayt y madre de Horus, ambos residiendo en el templo de Panópolis… No sé si el amuleto tiene relación alguna con todo esto, pero mi corazón me dice que aquí, entre estos muros, podremos dirigir nuestros pasos para acabar con esa… maldición.

Eucleia había estado escuchando a la joven con atención, manteniendo un gesto serio y hierático como las pinturas y relieves de los muros y columnas que los rodeaban. Teocles supo en ese momento que la sacerdotisa no era ajena a lo que le estaban contando y no pudo evitar ponerse alerta. A lo largo de su viaje estaban topando con demasiada gente conocedora de la existencia del amuleto de Apolonio y aunque hasta ese momento todos les habían prestado ayuda de un modo u otro, nunca se sabía dónde aparecería el elemento desestabilizador. Quién sabía lo que ocultaba aquella hermosa sacerdotisa de Hathor…

—La ambición está en el origen de ese amuleto maldito —respondió al fin Eucleia, como si hubiera estado tratando de ocultar esa información, pero ya no le quedara otro remedio que desvelarla —No esperaba tener que ser yo quien se enfrentara a esto… —añadió desviando sus bellos ojos negros de la pareja por unos instantes, como si hablara para sí.

—¿Entonces conoces el amuleto que estamos buscando? —preguntó Berenice con un rayo de esperanza iluminando su joven rostro, pues cada vez veía más cercano el momento en el que podría regresar a su hogar, a su vida.

Teocles no bajó la guardia. Tenía la sensación constante de haber entrado en una ratonera, por más que el residual olor de los inciensos y la mística calma de aquel lugar le indujeran a relajarse, a sentirse protegido. El embalsamador pensó que quizá estaba dejándose llevar por la paranoia; por eso decidió recurrir a la prudencia y permaneció en silencio, no solo prestando atención a la conversación entre las dos mujeres, sino también permaneciendo pendiente de lo que les rodeaba. Entre las sombras de aquella estancia era fácil ocultarse.

—La Locura de Hem-Netjer —dijo a modo de respuesta Eucleia,

dejando que su mirada vagara unos instantes más allá del sitio en el que se encontraban, como si estuviera viendo algo a través de los gruesos muros del templo.

Tras un parpadeo, la sacerdotisa de Hathor pareció regresar y posó su mirada de nuevo en sus visitantes.

—Acompañadme, os contaré algo que debéis saber.

Sin dudarlo, ambos siguieron a Eucleia por pasillos oscuros desde cuyas paredes los dibujos de los dioses parecían seguirles con la mirada. Teocles apenas respiraba, tal era la sacralidad que impregnaba el ambiente. Allí los perfumes no eran densos y oscuros como en la Casa Hermosa, sino frescos y alegres. La esencia de Hathor era palpable dentro de aquel lugar y Teocles lo agradeció, pese a que llevaba más de una década respirando los efluvios de Anubis y ya formaban parte de él.

Eucleia les condujo hasta una pequeña capilla de planta rectangular dominada por una estatua de la propia Hathor. Aunque el rostro de la diosa aparecía casi en cada columna del templo, aquella estatua poseía un porte más digno, una sonrisa más astuta, una mirada más profunda. A sus pies humeaba con delicadeza un platillo de bronce en el que gotas de mirra se deshacían sobre las brasas. El resto de la estancia estaba inmaculada.

—La Locura de Hem-Netjer es un amuleto conocido en todos los templos de Hathor —empezó a decir Eucleia, visiblemente más relajada al estar en aquel lugar tan apartado y donde no podía acceder nadie de fuera —Desde hace siglos, las sacerdotisas de Hathor tenemos la misión de encontrarlo para acabar con él y que deje de extender su corrupción en la tierra —explicó sin disimular el desasosiego que le causaba aquella situación, pues había escuchado tantas leyendas acerca de la Locura de Hem-Netjer que no sabía si estaba suficientemente preparada para ello.

—¿Entonces por qué Menófila quiere que se lo llevemos a ella? —inquirió Teocles frunciendo el ceño, recordando las palabras tanto de Euremon como de Aabeni acerca de la gran corruptibilidad de aquel objeto.

Berenice volvió el rostro hacia él confundida, pues no le pasó desapercibida la tenue desconfianza que teñía las palabras de su compañero.

—Porque ella también puede destruirlo —replicó la joven, aunque las palabras de Teocles se habían hincado en su conciencia.

—Eso ahora no importa —interrumpió Eucleia —La Locura de Hem-Netjer fue creada por un sacerdote que solo buscaba riqueza, poder e influencia. Trató de capturar en un solo objeto la doble naturaleza de Hathor: por un lado, el amor, la fertilidad y la música, por otro, la ferocidad y la guerra de su faceta como Sekhmet, la diosa

leona que también es Hathor. Utilizó un espejo de Hathor con el mango hecho de cuerno de vaca sagrada. Quien se mira en él, se ve rodeado de lujos y riqueza y su mente queda atrapada por esa imagen. Sea quien sea, da igual, nadie es inmune a ese reflejo —explicó la sacerdotisa con un tono de advertencia, alternando su mirada entre los dos jóvenes.

—Para activar el espejo y que funcionara, este sacerdote hizo un ritual para romper su propio *ka* a cambio de conseguir lo que deseaba —siguió contando —Antes de que cambiara la luna ya había conseguido riquezas de todo tipo y un poder tan grande como el que ejercían los gobernadores. Pero nadie con el *ka* roto queda inmune. Su alma empezó a quebrarse y a desaparecer, las pesadillas aterrorizaban sus sueños y pronto cayó en la desesperación y la locura. Lo encontraron muerto aferrado al espejo. No se sabe quién lo cogió, pero desde entonces, la Locura de Hem-Netjer ha pasado de mano en mano durante siglos, cobrándose víctimas por todo Egipto…

—Apolonio de Samos ha sido la última —confirmó Berenice, que había escuchado aquella historia al borde del terror, pues aunque siempre había escuchado hablar sobre amuletos malditos, era la primera vez que tenía una constancia tan real sobre su existencia.

Eucleia la miró y asintió con la cabeza mientras apretaba las mandíbulas.

—Y no debe haber más —afirmó con rotundidad —Es urgente encontrarlo y destruirlo antes de que encuentre a su próxima víctima. Si el espejo ya tiene a alguien entre sus garras, al destruirlo acabaremos también con la vida del incauto que haya atrapado — advirtió de nuevo.

—No sabemos por dónde empezar a buscar —dijo Berenice con cierta desesperanza, dirigiendo unos instantes la mirada a la estatua de Hathor que presidía aquella improvisada reunión en las sombras de Dendera —Tan solo hemos venido aquí porque… todas las señales parecían apuntar a ello.

—Como digo, aquí hallaréis respuestas.

Eucleia guardó silencio otra vez y elevó sus ojos delineados con khol hacia la diosa Hathor. Por unos instantes, pareció que ambas estaban manteniendo una conversación que solo ellas podían escuchar. Teocles volvió su mirada a Berenice. No estaba interviniendo en todo aquello porque sentía que quedaba lejos de sus conocimientos, pero tenía claro que no perdería de vista a la joven sacerdotisa en ningún momento. La constante sensación de peligro inminente no se le iba del cuerpo.

—Existe un rito para encontrarlas —dijo al fin, volviendo a prestar atención a los dos jóvenes —Se debe hacer un sacrificio en el foso del templo, una cámara subterránea en la que brotan las aguas secretas

del Nilo que todo lo saben. Apenas se ha llevado a cabo una decena de veces desde que este lugar fue erigido, pues no está exento de peligros.

—Hagámoslo —exclamó Berenice esperanzada de nuevo, mirando a Teocles y esperando que interviniera pues, desde que habían partido en ese viaje desde Panópolis, siempre se había respaldado en él para todas las decisiones.

—Es peligroso, ¿no es así? —replicó Teocles, pues conocía las fuerzas divinas que se ocultaban en lo más profundo de las aguas y en los rincones más remotos del mundo gracias a las constantes y siniestras lecturas de Zoilo en la Casa Hermosa.

—Mucho. Y yo no os puedo ayudar.

El tono tajante que utilizó Eucleia para pronunciar aquellas palabras heló la sangre en las venas de Berenice, que sentía que estaba a punto de rendirse ante los constantes inconvenientes que estaba encontrando. Incluso se le pasó una idea por la cabeza: ¿y qué más daba si ese espejo iba destrozando vidas por Egipto? Pero entonces recordó las rotundas palabras de Menófila y su compromiso con el templo de Panópolis.

—¿Por qué no? —protestó Teocles dando dos largas zancadas hacia Eucleia con tanto ímpetu que el delicado humo del incienso que brotaba de los pies de Hathor cimbreó como el cuerpo de una de sus bailarinas en pleno éxtasis —Necesitamos que nos ayudes a hacerlo si es la única forma de encontrar ese espejo maldito.

—Soy la guardiana de Dendera, no me puedo exponer a peligros —replicó Eucleia sin alterarse —Solo puedo ofreceros protección y consejos para que vosotros mismos os encarguéis de hacer ese rito sacrificial.

—Yo lo haré.

Cuando la dulce y decidida voz de Berenice resonó en la pequeña capilla diciendo aquellas palabras, Teocles cerró los ojos y los apretó unos segundos. Sabía que no podría detenerla si era lo que quería hacer y sabía que era necesario para poder cumplir la misión que les habían encomendado. Pero también sabía que empezaba a amar a aquella chica y que no quería que nada malo le ocurriera.

Eucleia, en cambio, dedicó a la joven una sonrisa de aceptación y de orgullo. Entre ambas sacerdotisas hubo un momento de complicidad auspiciado por la propia Hathor, que dominaba la escena en silencio.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Berenice tras un hondo suspiro, como si tratara de insuflarse valor a sí misma, manteniendo los brazos estirados a lo largo del cuerpo y los puños cerrados.

—Mañana al amanecer esperadme en la entrada de la cámara subterránea, tras el santuario de Hathor. Allí os lo explicaré todo.



Eucleia se había encargado de que les sirvieran una abundante y deliciosa cena e incluso ordenó que les prepararan baños de agua caliente con hierbas y esencias para que se recuperaran de su largo viaje desde Panópolis. También instó a los sirvientes a que acondicionaran una pequeña estancia para que pudieran descansar durante la noche: un gran camastro de madera sobre el que descansaba un montón de paja fresca cubierta por un largo lienzo de lino limpio y rodeado por un dosel que les protegería de los mosquitos y otros insectos de la zona. En los rincones del improvisado dormitorio humeaban con discreción suaves inciensos que instaban al sueño y al descanso, dulces y ligeros al mismo tiempo.

Tras compartir la cena en silencio, sumido cada uno en sus propios pensamientos, Teocles se tumbó sobre el camastro, dejando ir un gran suspiro de alivio mientras Berenice prefirió salir al exterior para contemplar el último tramo del viaje de Ra por el firmamento. La arena del desierto, aún caliente tras las horas de sol, se colaba entre los dedos de los pies descalzos de la joven a modo de silencioso y confortable consuelo. La sacerdotisa, sin embargo, parecía ajena a aquella caricia y su mirada se perdía en el horizonte, más allá de las

solemnes columnas del templo de Dendera. De forma infructuosa, trataba de distinguir entre las crecientes brumas del atardecer la silueta de Panópolis, la ciudad que la vio crecer y donde siempre se había sentido segura.

Sentada en aquella duna y con el soberbio templo frente a ella, tenía que reconocerse a sí misma que tenía miedo. Sentía un fuerte nudo en la boca del estómago que le impedía dormir y por eso admiraba a Teocles, que hacía rato que dormitaba al abrigo de los muros del templo.

Berenice deseaba volver a ser una niña. Deseaba volver a la vida confortable y rutinaria que llevaba en el templo de Horus-Min desde hacía años. Levantarse, desayunar con sus compañeras, ocuparse de tejer el lino sagrado, hacer ofrendas y oraciones, coger higos de la cocina a hurtadillas a media tarde, disfrutar de la brisa fresca del atardecer… Ahora, no sabía qué le depararía cada amanecer. Llevaban días huyendo por el desierto, refugiándose en oasis, buscando la hospitalidad de los nómadas… Todo para encontrar aquel amuleto y cumplir la misión que les había encargado la Gran Sacerdotisa de Tyat. ¿Merecería la pena al final? ¿Merecía la pena seguir arriesgando su vida cada día?

Debía reconocer que, de algún modo, se sentía más viva en aquellos últimos días que durante los veinte años que llevaba sirviendo en el templo de Horus-Min. A veces, cuando buscaban huevos de pato entre las cañas de las orillas de Nilo para comer, o en los momentos en los que Teocles le contaba anécdotas de la Casa de la Cerveza para amenizar el viaje, sentía que había todo un mundo ahí fuera lleno de cosas emocionantes, divertidas y sorprendentes que no hallaría jamás entre los muros del templo.

Y, sin embargo, ahí estaba, anhelando la rutina que había dejado atrás sin haberlo querido, solo por seguir el mandato de la Gran Sacerdotisa. Aquella paradoja se había vuelto una constante en los momentos de calma y silencio como aquel. Berenice tenía la sensación de que había iniciado un camino sin retorno y que jamás volvería a ser la misma.

La noche la sorprendió en aquellos pensamientos y no fue hasta que un niño de los que servían en el templo le advirtió de que era peligroso permanecer fuera a esas horas que decidió regresar a los aposentos designados por Eucleia. En silencio, atravesó los oscuros corredores del templo con los pies descalzos para no hacer ruido y las sandalias en una mano. Entró con sigilo en la estancia, colocando después a modo de puerta sin bisagras las cañas entrelazadas que les ocultaba de quien pudiera caminar por ese pasillo. No pudo esconder una sonrisa cuando contempló a Teocles dormido por completo,

tumbado boca arriba con un brazo doblado por encima de la cabeza y el otro sobre el faldellín.

En esa postura, los músculos de su abdomen se marcaban aún más y su pecho mostraba toda su amplitud por completo. Berenice recordó entonces aquellos breves momentos en el oasis antes de que Euremon les sorprendiera y sintió que se sonrojaba, pero también que se excitaba al acordarse del contacto del cuerpo fuerte y duro de Teocles contra el suyo, en contraste con la dulzura y suavidad de sus besos. Sigilosa, se acomodó junto al embalsamador, sabiendo que no podría conciliar el sueño mientras el aroma de su cuerpo y el acompasado sonido de su respiración estuvieran tan cerca de ella. Con los ojos abiertos en la oscuridad, se dedicó a contemplar el perfil recortado de Teocles contra la pared, dibujado gracias a las titilantes llamas de las lucernas que alumbraban la estancia, llenándola de sombras.

Berenice, aunque inexperta por completo en las lides carnales, supo que tenía que hacer algo, que no podía conformarse con quedarse ahí toda la noche sintiendo aquel abrumador y creciente deseo en su piel. Alargó la mano hasta rozar con los dedos la piel morena del embalsamador y sintió que se inflamaba. No entendía bien qué pasaba, pero sí creía saber qué necesitaba para desfogar aquel calor interno que amenazaba con consumirla por dentro.

Se liberó de su liviano vestido de lino, quedando desnuda por completo junto a Teocles. Se aproximó aún más a él casi conteniendo el aliento y deslizó las puntas de sus dedos por su torso mientras se acercaba a su rostro para besar sus labios. La cercanía con él amenazó con nublar su raciocinio; apenas era consciente de lo que estaba haciendo, solo sabía que lo necesitaba.

Entonces, Teocles abrió los ojos y clavó en ella su mirada negra, brillante y profunda. Berenice sintió que se ruborizaba por la vergüenza, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Como siempre, el embalsamador actuó con rapidez, sujetando una de sus muñecas con una mano y acercándola hasta él con la otra, con firmeza pero suavidad al mismo tiempo. Pronto los dos se fundían en un beso lento y apasionado sobre el fresco lino del camastro, amparados por las sombras que se movían a su alrededor como únicos testigos, pues los muros de aquella estancia estaban limpios y no había dioses ni almas que posaran los ojos sobre ellos.

Teocles, consciente de la inexperiencia de la sacerdotisa, tomó las riendas de la situación para guiar a la joven a través de suaves gestos, besos y sonrisas. Berenice, extasiada ante la soberbia presencia desnuda del embalsamador, se dejaba guiar e incluso se atrevió a tomar la iniciativa en algunos momentos, dejando que fuera su cuerpo quien le dijera qué tenía que hacer. Los susurros y las risas nerviosas pronto dieron paso a los suspiros de placer y a los gemidos. La

sacerdotisa, abrazada con fuerza al fuerte cuerpo de Teocles, cerraba los ojos y sonreía mientras lo sentía dentro de ella, empujando con suavidad, pero también con contundencia, uniéndolos de una forma que jamás creyó que podría existir. El placer creció hasta límites inimaginables por Berenice, quien arqueaba la espalda mientras sentía que un estremecimiento dulce y excitante a la vez sacudía su cuerpo. Casi al instante, el fornido cuerpo de Teocles se tensó sobre ella unos instantes hasta que el joven pareció relajarse, depositando besos en todo su rostro, jadeante y siempre sin perder aquella sonrisa suya.

El amanecer los sorprendió abrazados, mejilla con mejilla, profundamente dormidos tras haber compartido aquella conexión tan fuerte. Despertaron al escuchar que uno de los sirvientes del templo los llamaba desde el otro lado de la puerta de cañas entrelazadas y en ese momento no podían imaginar cuán importantes iban a ser esos lazos en las próximas horas.

Capítulo 6

El opíparo desayuno que les fue servido aquella mañana, más propio de reyes y príncipes que de personas como ellos, parecía el último capricho antes de enfrentarse a una muerte segura. Sin embargo, a Berenice y Teocles les hubiera parecido igual de bien si les hubieran dado raíces secas y huesos de pollo. Aquella mañana solo existían el uno para otro y no hacían más que prodigarse sonrisas y caricias mientras las gachas humeaban ante ellos. Teocles no podía apartar la mirada de la sacerdotisa, siendo para él la mujer más hermosa de todo Egipto. Ahora que al fin la había tenido entre sus brazos, sentía que ya no había nada más en la vida que estar junto a ella y procurar su felicidad en todo momento. Aquella sonrisa merecía cualquier esfuerzo que tuviera que hacer por ello. Berenice, por su parte, había descubierto una parte de la vida de la que nadie le había hablado y en la que necesitaba al embalsamador. No se trataba solo del despertar de su cuerpo a nuevas sensaciones físicas, sino también de un lazo que parecía tirarle del centro del pecho hacia él, como si alguien hubiera tendido una cuerda que los uniera de una forma tan intensa que incluso dolía. ¿Era eso el amor? ¿Eran los efluvios mágicos de Hathor penetrando en cada poro de su piel? Fuera lo que fuera, Berenice había amanecido sintiendo que era una mujer nueva, pero, al mismo tiempo, la de siempre. Misterios insondables que no conocía y que experimentaba con todo el placer del mundo.

Y aunque le hubiera gustado deleitarse en aquella nube que la envolvía como el incienso más dulce, la magia terminó cuando una sirvienta del templo, una muchacha que tendría unos 10 años y poseía los ojos más brillantes del mundo, interrumpió su desayuno para anunciarles que la Gran Sacerdotisa de Dendera les estaba esperando desde el amanecer. Berenice se sorprendió a sí misma dejando ir una risita traviesa que en otros momentos le habría parecido irrespetuosa o inadecuada. A oídos de Teocles, sonó como unos cascabeles tintineando entre la inmensidad de los muros del templo. En cualquier caso, con los dedos entrelazados con ligereza, sin esa ansiedad de los amantes que aprietan sus manos temiendo ser separados en cualquier momento, avanzaron por los pasillos del templo mientras recordaban paso a paso qué les había llevado hasta allí.

Eucleia les esperaba exactamente donde les había dicho el día anterior. Impoluta, con una túnica tejida con el lino más delicado que hubiera visto jamás Berenice y en cuyos hilos bailaban cuentas de

lapislázuli, se asemejaba a una de las figuras que observaba la escena desde los muros. Su rostro perfecto apenas se movía mientras sus ojos se clavaban en los jóvenes que avanzaban hacia ella. Sus manos, a la altura de su vientre, sostenían un frasco de alabastro.

—Espero que el desayuno haya sido ligero. No sé cuánto tiempo permanecerás ahí abajo y a qué te vas a enfrentar. Más vale que no estés embotada por la comida y la bebida —dijo a modo de saludo dirigiéndose a Berenice —Esta cámara subterránea se encuentra justo bajo la capilla de Osiris, es posible que tu intromisión no sea bienvenida… aunque sea necesaria.

La sacerdotisa, tan feliz por lo que había ocurrido por la noche como nerviosa por el desafío al que se iba a enfrentar, solo acertó a asentir repetidas veces con la cabeza. Apenas había tomado un poco de leche fresca y un puñado de lentejas especiadas. Teocles, sin embargo, había dado buena cuenta de un plato de dátiles, un buen trozo de queso de cabra con pan, al menos tres huevos de pato cocidos y una jarra de cerveza.

—Yo no puedo acompañarte, como te dije, pero he dedicado las horas nocturnas a elaborar un aceite mágico que te protegerá de lo que puedas encontrarte ahí abajo.

Eucleia avanzó un paso hacia Berenice y destapó el frasco de alabastro. Introdujo los dedos índice y el corazón de la mano derecha por la estrecha boquilla y después los presionó contra la frente de la joven. Esta notó una sensación viscosa y cálida mientras Eucleia deslizaba el aceite por su piel, impregnándola con un suave aroma a loto y mirra. Después, repitió la operación aplicando aceite en sus hombros y en las palmas de sus manos. Por último, Eucleia se inclinó para hacer lo mismo sobre los pies de la joven, en el empeine que dejaban al desnudo las sandalias. En ese momento, Berenice y Teocles cruzaron la mirada. El embalsamador vio tal miedo en los ojos de la sacerdotisa que no pudo permanecer en silencio ante la escena.

—Sacerdotisa Eucleia, quiero bajar ahí con ella.

Las dos mujeres le miraron como si hubiera dicho la mayor tontería que se hubiera escuchado jamás en Egipto.

—No es posible —respondió ella tajante, aún con una mirada de sorpresa en el rostro —Aunque trabajes en lo sagrado, no eres sacerdote, no es lugar para ti.

—Es lugar para mí desde el momento en que hay peligro para ella —insistió el joven enfrentándose a Eucleia con decisión —Tú podrás dejarla sola, pero yo no.

—No estás preparado para esto. Ella sí, porque conoce secretos que no son revelados a quienes viven fuera de los muros de los templos —afirmó Eucleia sin alterar ni un milímetro la expresión de su rostro.

—No voy a interferir en… sus cosas —replicó él mirando a

Berenice unos segundos y después, volviendo sus ojos negros hacia Eucleia —Solo quiero estar ahí para asegurarme de que no le va a pasar nada y que saldrá sana y salva. No me puedes pedir que me quede aquí esperando sin saber qué está pasando.

—Teocles… —intervino Berenice posando las puntas de sus dedos sobre el hombro desnudo del embalsamador, invadida por una gran ternura al escucharle —Esta misión es mía, sé qué hacer, conozco a Hathor porque Tayt la viste cada mañana con el lino sagrado…

Teocles tomó la suave mano de Berenice entre las suyas, mirándola a los ojos.

—Y yo conozco a Anubis, el Señor de la Tierra Sagrada, que camina más cerca de lo que creemos y no quiero que pese tu corazón antes de lo esperado.

Se hizo el silencio entre los tres. La respiración de Teocles se agitaba tan solo con el pensamiento de imaginarse a Berenice descendiendo a la cámara subterránea, alejándose de su lado. La joven, sin embargo, se esforzaba por mantener la serenidad, apretando las mandíbulas para que la boca no le temblara como preludio del llanto que empezaba a escocer en sus ojos.

Eucleia, sin decir nada, volvió a introducir los dedos en la boca del frasco de alabastro y ungió con aquel aceite la frente de Teocles, sus hombros, las palmas de las manos y la parte superior de sus pies.

—Id.

Y sin añadir más, se apartó a un lado mostrando tras de sí los escalones de piedra que descendían hacia la oscuridad, asemejándose a una enorme boca que esperaba para tragarse a los dos jóvenes. Teocles sonrió con emoción triunfante y aunque su primer impulso hubiera sido levantar en el aire a Eucleia mientras le daba las gracias, logró contenerse y seguir a Berenice. La sacerdotisa, desplegando un enorme valor, ya descendía los escalones de piedra sin un ápice de duda en su rostro. El embalsamador, admirándola aún más, la siguió en silencio. Volvió la mirada una vez más antes de seguir bajando la escalera y vio a Eucleia tal cual la habían encontrado: inmóvil, serena y hermosa.

La oscuridad se rasgó ante sus ojos al tiempo que aparecían pequeñas lucernas incrustadas en las paredes iluminando su camino, aunque de forma tenue. Hacía bastante más frío allí abajo que en el templo y a lo lejos se escuchaba el rumor del agua. Teocles no pudo permanecer más tiempo en silencio.

—¿De verdad sabes lo que hay que hacer?

No era que el joven sospechara de su compañera: es que en ningún momento la había visto recibir instrucciones y no sabía si realmente en el templo de Horus-Min enseñaban a sus jóvenes aprendices a

enfrentarse a oráculos del inframundo. Berenice, al escuchar su pregunta, sonrió divertida y le miró negando con la cabeza.

—Cuando estás todos los días relacionándote con los dioses es fácil saber cuál es la mejor forma de acercarte a ellos. Y Hathor es afable, es una diosa madre…

—… que se convierte en una temible leona cuando está furiosa —advirtió Teocles enarcando las cejas y levantando el dedo índice en el aire.

—Ya sabemos qué es lo que no tenemos que hacer —contraatacó ella sin perder la sonrisa, encogiéndose de hombros y disfrutando secretamente del desconcierto de Teocles.

Al fin llegaron a una estancia cuadrada, dividida en dos partes. Una de ellas era una plataforma de piedra de arenisca a la que habían llegado tras atravesar los pasillos subterráneos y en cuyas oscuras esquinas se adivinaban las siluetas de algunos objetos. Frente a esta plataforma se abrían unas aguas tan limpias y frescas como oscuras. Las leves corrientes de aire que llegaban hasta allí movían su superficie de una forma lenta y casi hipnótica. Teocles tuvo la sensación de que si miraba con demasiada fijeza, algo terrible saldría del agua.

Berenice sabía qué hacer: si estaba en un lugar sagrado, lo primero que debía hacer era purificarse. Solo tuvo que mirar hacia su izquierda para distinguir todo lo que necesitaba para ello. Sonrió, sintiéndose algo más segura de sí misma al haber acertado al menos con ese primer paso. Se quitó las sandalias con delicadeza, dejándolas a un lado, y avanzó hacia el agua con decisión… antes de encontrarse con la mano de Teocles impidiéndoselo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el joven alarmado.

—Bañarme en el agua sagrada para purificarme —respondió ella con convicción, pues no podía pretender que los dioses le ofrecieran respuestas si se presentaba impura ante ellos.

—No… no puedes meterte ahí, no sabes qué hay…

—Tranquilo, amor —dijo Berenice con una sonrisa mientras acariciaba la mejilla del joven, transmitiéndole la misma calma que sentía ella en ese momento —Ayúdame y enciende el incienso en los braseros para limpiar el aire que hemos contaminado.

—¿Qué bra…

Y como si fuera arte de magia, al mirar hacia las esquinas oscuras distinguió las siluetas de dos enormes braseros de bronce. Se acercó a ellos para comprobar que aún había brasas encendidas bajo la ceniza así como restos de incienso, así que solo tuvo que removerlo un poco para que un intenso aroma flotara por la estancia, formando redondas nubes sobre el agua.

Mientras tanto, Berenice había comenzado a descender los

escalones que se perdían en las oscuras aguas. Sintió el frío en los tobillos, luego en las rodillas y en las caderas. El agua abrazó su cintura provocándole un escalofrío, después se posó en sus senos haciendo que se pusieran erectos y luego acarició su cuello. La joven sacerdotisa siguió bajando escaleras hasta que su boca, su nariz, sus ojos y sus negros cabellos desaparecieron por completo. Contuvo la respiración unos instantes: ya no sentía frío, apenas sentía tampoco la dureza de los escalones de piedra bajo sus pies. Permaneció bajo el agua hasta que creyó notar el tacto de una mano en el brazo, instándola a regresar. Y así lo hizo. Giró bajo el agua y emprendió el camino de subida.

Cuando Teocles la vio emerger de las oscuras aguas contuvo la respiración. Si momentos antes estaba dudando acerca de si lanzarse al agua a por ella, ahora sintió un leve temor. Berenice mostraba tal paz, dignidad y serenidad en su rostro mojado que tal parecía una diosa o, cuanto menos, alguien que no pertenecía al cotidiano mundo de los mortales. Solo cuando la joven le dedicó una mirada y una sonrisa supo que sí, que era ella, y que estaba de nuevo a su lado.

La sacerdotisa señaló con el dedo índice hacia los braseros y, al volverse para mirar, Teocles comprobó que había una tela de lino cuidadosamente doblada en la que no había reparado antes. Fue a por ella y la desplegó ante Berenice, quien sonrió de nuevo: era una túnica de lino blanco y puro.

—Ayúdame —pidió la sacerdotisa mientras dejaba que uno de los tirantes de su vestido resbalara por su hombro suave y dorado.

Teocles no necesitó que le repitiera aquella orden. Despacio, deleitándose en el tacto de su piel, deslizó el otro tirante y acompañó a la tela en su descenso hacia el suelo, desvelando los senos húmedos de la sacerdotisa ante sus ojos. Después, siguió el camino por las caderas, descubriendo su sexo. Por último, liberó sus pies perfumados con el aceite de Eucleia. Al incorporarse, tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no estrechar a la joven desnuda y húmeda entre sus brazos en esa cámara sagrada. Haciendo un gran ejercicio de contención, se acercó a ella con la túnica de lino. Inició el camino inverso: se agachó para que Berenice pudiera introducir sus pies y después se incorporó al tiempo que cubría su desnudez con aquella blancura sagrada.

Berenice, en todo este tiempo, había entrado en una especie de trance que le hacía tener la sensación de ser una mera espectadora de aquel ritual. Quizá el agua sagrada había surtido efecto, no lo sabía, pero aunque podía notar las sensaciones de su cuerpo, era como si su mente estuviera en otra parte, aunque allí mismo. Jamás había experimentado nada igual, pero se dijo a sí misma que no debía perder de vista el motivo por el que estaba en ese lugar.

Con un gesto de la mano, le indicó a Teocles que se retirara unos pasos. Este obedeció y ella se colocó de frente al agua, dejando al embalsamador tras ella. Aunque había estado dispuesta a descender allí sola, ahora se sentía mucho más tranquila sabiendo que tenía a Teocles a sus espaldas, con todos los sentidos alerta. Berenice enfrentó la oscuridad ante sus ojos y empezó a declamar:

—Thoth, Señor de las Palabras Divinas, Guardián de los Misterios, Escriba de los Dioses, escucha mi petición en esta hora de necesidad. Dame el don de la sabiduría para comprender lo oculto, el conocimiento para leer los signos y símbolos, la claridad para descifrar el enigma que ante mí se extiende. Guía mi pluma y mi voz, haz de mi mente un templo donde la verdad florezca y donde la ignorancia muera. Thoth, Gran Maestro, en tu honor busco la Locura de Hem-Netjer.

De nuevo, el silencio. Berenice no esperaba que nada ocurriera, pero era necesario esperar unos instantes por si Thoth quisiera enviar una señal o incluso mostrarse. Nada ocurrió, así que Berenice continuó con las invocaciones mientras, tras ella, Teocles permanecía atento a cualquier cosa que sucediera en aquella cámara.

—Ma'at, Diosa de la Verdad, la Justicia y el Orden, tu pluma pesa las almas, tu ley rige el cosmos. Ante ti me presento, buscando tu divina gracia. Concede a mi corazón la pureza para actuar con rectitud, la valentía para enfrentar las mentiras y el engaño, la fuerza para sostener la balanza en equilibrio perfecto. Que la justicia sea mi escudo y la verdad mi espada, que siga tu senda, aunque esté llena de obstáculos. Ma'at, Eterna Jueza, en tu honor busco la Locura de Hem-Netjer.

De nuevo permaneció en silencio para concluir con una última advocación a Hathor. Aunque ella no lo percibió, su voz se escuchó rasgada y profunda en esos momentos.

—Hwt-Hr neb-taui, neb-shemau, Dedi-ni sen ni henqet, ni sesem, ni Hwt-Hr, hena setut-ef, mi Ra mesi-f.

Con esa última súplica a Hathor para que le diera el aliento de cerveza y perfume, la inspiración divina que necesitaba para poder avanzar en la misión que Menófila les había encargado, Berenice concluyó sus palabras hacia los dioses. En completo silencio, avanzó hacia el lugar en el que Teocles lo observaba todo. Este, al ver el rostro serio pero solemne de la joven, preguntó en voz baja:

—¿Va todo bien?

Ella asintió con la cabeza sin mirarle y se inclinó para tomar una estilizaba vasija de bronce que había detrás del embalsamador y que contenía aceite perfumado. Teocles se preguntó cómo sabía la sacerdotisa dónde estaban todas aquellas cosas y por qué parecían aparecer justo cuando las necesitaba.

Berenice se aproximó al agua de nuevo y derramó algunas gotas de aceite, que al contacto con el agua empezó a exhalar un fuerte perfume a sándalo. La sacerdotisa se arrodilló con suavidad sobre la piedra de arenisca y, apoyándose en las palmas de las manos, permaneció atenta a las formas que el aceite dibujaba en la superficie del agua como si alguien lo estuviera moviendo con los dedos. Teocles se acercó por detrás e imitó su postura, sin poder evitar abrir la boca cuando vio que el aceite empezaba a formar lo que parecía ser un paisaje.

Sobre el agua aparecieron enormes columnas que sostenían los templos de Luxor y Karnak. Se vieron las mil estatuas que custodiaban el paseo procesional. Se perfilaron las siluetas de los colosos de Memnón. Se abrieron los senderos que llevaban hasta los valles donde descansaban los reyes y reinas de Egipto. Se elevaron las dunas entre las que se erguían más templos y palacios, cabañas de pescadores y talleres de artesanos.

Teocles contemplaba aquella magia sin poder apartar la mirada y sin preguntarse cómo era posible que estuviera presenciando algo así. Berenice, a su lado, apretaba los dientes con cierta frustración. No podía reconocer nada de lo que estaba viendo. Sentía que su inexperiencia en la vida le estaba estallando en la cara. ¿Es que los dioses se estaban burlando de ella? ¿Era una forma de decirle que la misión le quedaba grande, que no estaba preparada para seguir con la búsqueda de la Locura de Hem-Netjer?

Empezó a perder la serenidad de la que había hecho gala durante todo el ritual. Se sintió despojada de la solemnidad y la sacralidad que la habían acompañado. Ya no era una sacerdotisa: se sentía como una novicia. Empezó a tener frío a causa de sus cabellos mojados. La vista se le nubló. El olor del sándalo era demasiado fuerte. Todos sus sentidos volvieron de repente hasta ella multiplicados por mil y su reacción fue dar un manotazo al agua, destruyendo así las visiones que el aceite perfumado le había ofrecido como respuesta.

Teocles dio un respingo y volvió la mirada hacia Berenice sorprendido ante su reacción. La joven apretaba las mandíbulas con tanta fuerza que su rostro se veía tenso.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

—No lo sé —respondió ella entre dientes, con la mirada fija en el aceite que flotaba sobre el agua, ya dibujando formas sin sentido —Pero eso va a cambiar.

Haciendo gala de una enérgica soberbia impropia de ella, Berenice se puso en pie casi de un salto para después volver a sentarse sobre el suelo de arenisca, esta vez con las piernas cruzadas en la posición de flor de loto, con los ojos cerrados y las muñecas apoyadas sobre las rodillas, dejando que sus manos cayeran con ligereza. Teocles la

observaba con todos los sentidos alerta, pues tenía la impresión de que todo podría descontrolarse en cualquier momento.

—¿Necesitas…? —comentó a decir.

—No. Ahora lo haré a mi manera.

Y es que Berenice siempre había sido muy buena en las meditaciones que hacían en el templo de Horus-Min. Quizá no era la que mejor ejecutaba danzas y cantos, ni tampoco tenía la voz más bella a la hora de declamar oraciones, pero sí era la que mejores resultados había obtenido en el contacto con la divinidad a través del trance y la meditación.

No tardó demasiado en aislarse de aquella cámara. Pronto el frescor del agua y el olor del incienso se difuminaron y sus sentidos empezaron a percibir las presencias que a ella acudían. Al principio solo vio siluetas rodeadas de fuego, como si estuviera mirando a alguien que tuviera detrás una hoguera. Después, llegaron los susurros. Las sombras se acercaban a ella y pasaban por su lado hablando cerca de su oído, dejando mensajes crípticos a la joven sacerdotisa. Berenice sabía que no todos esos mensajes tenían importancia: sin embargo, debía permanecer atenta para detectar la respuesta que estaba buscando.

Se concentró aún más, centrando toda su atención en las frases y palabras sueltas que las sombras le susurraban, hasta que una voz femenina dijo en su oído derecho:

—Tebas, Dióspolis Magna, la Ciudad del Cetro, donde miles de muertos descansan en un laberinto de cuevas…

Casi a continuación, otra voz femenina aunque más grave dijo en su oído izquierdo:

—¡Qué buen lugar para esconder la Locura de Hem-Netjer!

Y entonces, todas las voces que susurraban a su alrededor parecieron unirse en una desagradable cacofonía de gritos y gemidos que subió de volumen hasta convertirse en un sonido insoportable. Berenice se cubrió las orejas con las palmas de las manos, contrayendo su rostro en un gesto de dolor y desagrado, hasta que consiguió abrir los ojos de golpe y volver a la oscura y silenciosa realidad de la cámara subterránea. Frente a ella, vio los negros ojos de Teocles mirándola con atención.

—¿Estás bien? Parecías…

—Tebas. Tenemos que ir a Tebas —respondió la sacerdotisa de forma precipitada, poniéndose en pie con cierta torpeza e incluso tambaleándose un poco antes de quedar erguida por completo.

Teocles se incorporó al mismo tiempo que ella, solo que con mayor ligereza y precisión, y la sostuvo unos momentos de los brazos para obligarla a mirarle. Los ojos de la sacerdotisa parecían idos y habían perdido su serenidad habitual.

—De acuerdo, iremos a Tebas, pero, ¿qué has hecho? ¿Qué te ha pasado?

No hubo lugar a que la joven respondiera, pues las oscuras aguas de la cámara comenzaron a revolverse llamando la atención de ambos. Sin soltar los brazos de Berenice, Teocles volvió el rostro hacia ellas para contemplar horrorizado cómo se abrían, dejando paso a dos terribles figuras de cuerpo humano, con la salvedad de que una tenía cabeza de cocodrilo y del cuello de la otra brotaban varias cabezas de serpiente. Ambas iban armadas con cuchillos y lanzaban siseos y rugidos hacia los dos jóvenes.

Solo en ese momento Berenice pareció reaccionar.

—Son los guardianes de Osiris —dijo poniéndose en alerta — Tenemos que irnos de aquí o…

Pero no hubo tiempo para decir mucho más. La figura con múltiples cabezas de serpiente se lanzó hacia ella entre terribles siseos a tal velocidad que, cuando se quisieron dar cuenta, la sacerdotisa ya contaba con una serie de mordiscos en su brazo izquierdo. Teocles, al ver la dorada carne de Berenice mancillada por los venenosos colmillos, sintió un arrebato de furia y se revolvió contra el guardián, arrebatándole el cuchillo con un rápido movimiento.

—¡Teocles, no! —exclamó asustada la sacerdotisa, adivinando las intenciones del embalsamador.

Pero él no la escuchaba o, si lo hizo, no le prestó atención. Blandió el cuchillo hacia el guardián de un lado a otro a toda velocidad, logrando impactar varias veces en su carne. El demonio comenzó a sangrar un líquido ennegrecido y pestilente entre chillidos de dolor y cada una de sus cabezas siseó con desesperación lanzando al aire sus lenguas bífidas. Aunque Berenice estaba horrorizada por aquella visión, Teocles solo estaba preocupado por su estado. Tomó su brazo para comprobar el estado de los mordiscos.

—¿Te encuentras bien? Hay que extraer el veneno, tenemos que salir de aquí —exclamó entre jadeos —Eucleia podrá…

Las palabras del joven embalsamador se convirtieron en un rugido de dolor cuando el demonio con cabeza de cocodrilo cerró sus fauces en torno a su pierna derecha. Berenice dejó ir un respingo de terror y tiró de Teocles para evitar que el demonio lo arrastrara hacia las oscuras aguas del santuario. Sin embargo, no era lo bastante fuerte, pese a lo cual siguió tirando, haciendo acopio de todas sus fuerzas, notando cómo los músculos de sus brazos y piernas se tensaban al máximo.

Teocles, sudoroso y con los dientes apretados, trató de ignorar el dolor para afincar la pierna izquierda en el suelo y oponer resistencia. Para ello, se aferró al brazo herido de Berenice sin percatarse de que quizá no era la mejor opción. Sin embargo, y a pesar del grito de dolor

que exhaló la sacerdotisa, la fuerte presión que ejerció hizo que el oscuro veneno inoculado por el demonio serpiente brotara de las heridas cayendo sobre los ojos del demonio cocodrilo. Este abrió sus fauces a causa del dolor y sacudió su alargada cabeza de un lado a otro como si así pudiera librarse del veneno que le corría los ojos. Teocles, ya con la pierna libre de aquellos dientes afilados, siguió aferrado a la sacerdotisa y tiró de ella hacia las escaleras de ascenso. La joven miraba con terror a los demonios agonizantes que no dejaban de chillar mientras parecían deshacerse en un líquido espeso y negruzco.

—¿Pero qué has hecho? —exclamó mientras subía los escalones de piedra a trompicones, agarrándose a Teocles pero con los ojos fijos en sus enemigos.

—Salvar nuestras vidas, no los mires y sigue subiendo.

El embalsamador había pronunciado aquellas palabras con los dientes apretados, intentando ignorar el punzante dolor que sentía en la pierna derecha cada vez que apoyaba el pie para subir un escalón. Se decía a sí mismo que no podía ceder en ese momento, tenía que sacar a Berenice de aquella cámara antes de que ocurriera algo aún peor. No iba a quedarse a comprobar si los demonios estaban vencidos por completo o volverían a por ellos.

La ascensión les pareció eterna y cuando al fin distinguieron la luz de la sala en la que se habían despedido de Eucleia sintieron que volvían a la vida. Cuando la sacerdotisa los vio aparecer en aquellos términos, su habitual serenidad se esfumó y mostró tal preocupación en su rostro que pareció más humana que nunca. Al verla, Teocles se dejó caer al suelo y se permitió al fin el lujo de agarrar su pierna herida con ambas manos, contrayendo el rostro en un gesto de dolor y reprimiendo un grito. Berenice, aunque su brazo ardía a causa de los mordiscos de las serpientes, se arrodilló junto a él.

—Me encargaré de que os curen esas heridas —acertó a decir Eucleia sin apartar los ojos de la pareja, mientras daba dos fuertes palmadas.

Enseguida dos criados aparecieron y al ver la situación, miraron alarmados a su señora. Esta asintió con la cabeza con firmeza y no hizo falta mucho más: dieron media vuelta y salieron corriendo en busca de ayuda.

—¿Qué ha pasado ahí abajo? —preguntó cuando volvieron a estar solos.

—Unos… unos seres salieron del agua… —logró decir Teocles, que sudaba a mares y trataba de contener la sangre de su pierna con sus propias manos.

—Los guardianes del santuario de Osiris —añadió Berenice, todavía jadeante y algo pálida por todo lo vivido en la cámara

subterránea —Creo que… que cometí un error, invoqué a Thoth y a Ma’at y…

Eucleia, percibiendo el estado de confusión en el que se hallaba Berenice, puso una mano en su hombro para transmitirle tranquilidad y le dedicó una sonrisa.

—No te has equivocado. Los guardianes tan solo han cumplido con su función. Lo importante es si habéis conseguido información acerca del espejo.

Dirigió ahora la mirada hacia Teocles y después, se giró hacia el pasillo por el que se habían ido los criados. Disimulando su impaciencia y preocupación, posó los ojos de nuevo sobre Berenice con una sonrisa.

—Sí. Tenemos que ir a Tebas —respondió la joven con una tenue sonrisa en la que apenas se veía un atisbo de orgullo, como si no se permitiera a sí misma presumir de aquel logro —Al laberinto de cuevas… —añadió algo confusa, pues no sabía a qué lugar correspondía.

En ese momento se escucharon los pasos descalzos de un grupo de personas que se acercaba a todo correr. Aparecieron unos cuantos criados, dos de ellos portando unas parihuelas en las que acomodaron a Teocles. Uno de los criados, ya de edad madura, se encargó de limpiar la herida de su pierna con un ungüento y de vendársela a continuación con una pericia admirable. Mientras tanto, una criada se ocupó de examinar el brazo de Berenice asombrándose de que prácticamente ya no hubiera veneno dentro. Eucleia permaneció en un segundo plano y permitió que trasladaran a la joven pareja a una sala fresca e iluminada en la que recibieron las atenciones médicas necesarias, así como algo de comida y bebida.



Permanecieron en el templo de Dendera al menos durante diez días más, en especial debido a la pierna herida de Teocles que necesitó algo más de tiempo hasta que el joven pudo volver a caminar por sí mismo. En ese tiempo, Berenice tuvo largas conversaciones con Eucleia acerca de lo que había ocurrido en la cámara subterránea y poco a poco se fue convenciendo de que lo que había conseguido no era algo habitual, ni siquiera entre sacerdotisas de la experiencia de Eucleia. Esta le hizo ver que los dioses habían querido comunicarse con ella y facilitarle su misión, pues de lo contrario no le hubieran indicado con tanta precisión dónde tenían que ir a buscar el amuleto.

—Que no te extrañe que una de las voces que escuchaste fuera de la propia Hathor —le indicó enarcando las cejas y dedicándole una enigmática sonrisa.

Berenice, de solo pensar en esa posibilidad, tuvo la sensación de que toda aquella aventura estaba siendo para ella mucho más que un viaje por Egipto para cumplir una misión: estaba siendo un viaje por su propio interior en busca de su potencial y sus habilidades más allá de tejer el lino sagrado en Panópolis. La señal que estaba buscando desde aquella conversación con Aabeni.

La joven dedicó mucho tiempo a pasear por el templo de Dendera, recorriendo sus estancias en silencio y siguiendo con la mirada las pinturas y relieves de sus muros, descifrando los misterios que albergaban en su interior. Acudió a rituales e incluso participó varias veces en el acicalamiento de la estatua de Hathor. En una ocasión le fue permitido vestir a la diosa, como si ella misma fuera la propia Tayt. Esa noche, su sueño estuvo poblado de imágenes y escenas que Eucleia, cuando supo de ellas, catalogó como proféticas.

—Tu potencial, Berenice, está en el sueño y en el pensamiento. Ahí es donde te encontrarás con los dioses siempre que quieras.

Todo aquello la abrumaba. Semanas atrás ella solo era una sacerdotisa en el templo de Horus-Min cuya única responsabilidad era tejer el lino sagrado y cumplir con los ritos de cada día. Dormía tranquila, se alimentaba bien y confiaba en todo el mundo a su alrededor. Ahora, tras enfrentarse a una banda de saqueadores de tumbas y a dos demonios, tenía que emprender el viaje hacia el laberinto de tumbas de Tebas para buscar y destruir un amuleto maldito. Por suerte, no estaba sola en aquel desempeño.

Cada día iba a visitar a Teocles y pasaba horas a su lado, riendo con sus ocurrencias, limpiando su herida o tan solo abrazada a su torso en silencio, acunada por el palpitar de su corazón. A veces recordaba la primera vez que lo había visto, aquel lejano día del funeral de Apolonio, sin saber lo que iba a pasar en los próximos días. Ahora se preguntaba cómo vivía antes de conocerle, antes de descubrir su sentido del humor, la pasión de sus besos y la fuerza de sus abrazos. Sentía que su vida tenía mucho más color desde que Teocles estaba en ella y por eso no quería pensar en el momento en el que estarían de regreso en Panópolis. ¿Podría retomar su vida tal cual era? ¿Podría regresar sin más a la rutina del templo? ¿Podría conformarse con ver a Teocles de vez en cuando y nunca a solas? Sin embargo, allí, refugiada en el templo de Dendera, prefería aferrarse al cuerpo del embalsamador y disfrutar del tiempo que le quedaba junto a él hasta que sus pasos les llevaran de nuevo a Panópolis.

Por ahora, una vez recuperados ambos de sus heridas, tocaba emprender un nuevo viaje hacia Tebas y las Cuevas de los Muertos.

Capítulo 7

Mientras se despedían de Eucleia en la puerta del templo de Dendera, Teocles miraba al horizonte con una expresión de resignación en el rostro.

—Hemos perdido demasiado tiempo por mi culpa, quién sabe qué habrá pasado mientras tanto con el amuleto —dijo en voz alta, volviéndose hacia las dos mujeres y señalando con un gesto de la cabeza su pierna vendada.

Los cuidados que le habían prodigado en el templo habían logrado que conservara la pierna a pesar del terrible mordisco del demonio cocodrilo. Lo que no habían evitado era que permaneciera en él una leve cojera que, si bien no le impedía caminar y no le provocaba dolor, sí hacía que anduviera un poco más despacio. Teocles, inquieto, activo y dinámico, aún se estaba acostumbrando a no caminar a zancadas como solía hacer, lo que le estaba provocando cierta desazón.

—Existe la posibilidad de que el amuleto ya no esté en las Cuevas de los Muertos —afirmó Eucleia —Pero en todo este tiempo no hemos recibido ninguna señal que indique que algo ha cambiado —siguió diciendo mientras volvía la mirada hacia Berenice, a quien trataba como a una especie de profetisa o intermediaria con los dioses después de sus experiencias en Dendera —Y no te debes culpar: hiciste lo que debías para proteger a Berenice de aquellos demonios —concluyó con una cálida sonrisa.

—Gracias por todo lo que has hecho por nosotros —intervino Berenice tomando las manos de Eucleia entre las suyas; sabía que a la sacerdotisa de Dendera no le agradaba demasiado la cercanía física, pero necesitaba ese contacto con ella después de aquellos días — Tendré en cuenta todos los consejos que me has dado.

—Recordad que aún hay peligros en vuestro camino —advirtió Eucleia mientras ellos terminaban de acomodarse las bolsas de lino que les habían entregado llenas de comida y bebida para lo que les restaba de viaje —Tendréis que dormir en el camino, así que tened mucho cuidado —siguió diciendo —Es preferible que no os mováis cuando caiga la noche para pasar desapercibidos. Si todo va bien, mañana, cuando Ra esté en lo más alto del cielo, habréis llegado a Tebas. No preguntéis por las Cuevas de los Muertos, nadie os va a decir dónde están. Hay leyendas que dicen que están malditas y pobladas por los *ka* de todos aquellos que no superaron el juicio de

Anubis y permanecen entre los dos mundos.

—Imagino que era preferible llevar el amuleto a un sitio así antes que a los luminosos y frondosos jardines del palacio de un comerciante griego —bromeó Teocles con cierta ironía.

Berenice, quien al principio de aquella aventura sentía cierta irritación ante las bromas de Teocles en momentos serios, ahora le miró con una sonrisa llena de cariño y cierto alivio al ver que su buen humor se sobreponía a lo ocurrido con su pierna. Hubiera hecho cualquier cosa por él si su esencia se hubiera quedado en la cámara subterránea.

La despedida no se alargó mucho más y pronto la pareja emprendía su viaje hacia el sur siguiendo la ribera del Nilo. Aunque el viaje hubiera sido más rápido, decidieron no llevar su travesía por el desierto de nuevo, no solo porque podría ser más peligroso, sino porque la cojera de Teocles le dificultaba mucho más caminar por la arena.

El paisaje a su alrededor era majestuoso. El río Nilo se situaba a su izquierda como una serpiente gigante, alimentando la tierra con sus aguas. A ambos lados del río, los campos de trigo y cebada crecían con un verde vibrante, contrastando con las dunas doradas que los flanqueaban en la distancia. Palmas datileras ondeaban al viento y, de vez en cuando, se podía observar a los blancos ibis y las esbeltas garzas pescando cerca de las orillas.

Mientras caminaban, prestaban atención a los sonidos del Nilo para tratar de acallar las preocupaciones de la mente: el murmullo del agua, los cantos de las aves y el zumbido de los insectos. Los pescadores lanzaban sus redes desde pequeñas barcas, mientras que las mujeres lavaban ropa en las orillas, golpeándola contra las piedras y canturreando antiguas melodías. Los niños jugaban y se zambullían en el agua y sus risas resonaban en el aire.

En ciertos tramos, podían divisar monumentales construcciones, testimonio de la grandeza del Egipto de los faraones. Templos con pilares colosales, estatuas de dioses y faraones y esfinges que vigilaban el paisaje con ojos imperturbables. A medida que avanzaban hacia el sur, las orillas se tornaban más salvajes. Aparecían cocodrilos tomando el sol, y las cabezas de hipopótamos emergían del agua, desapareciendo poco después con un chapoteo. Durante el viaje, Berenice y Teocles no hablaron de la misión que tenían entre manos, ni del amuleto, ni de Apolonio, ni de nada de lo que habían vivido en el tempo de Dendera. Se dedicaron a compartir historias de sus vidas antes de emprender el viaje. Ella hablaba de los dioses y los rituales, mientras que él compartía las técnicas y secretos del embalsamamiento.

Pasaron la noche a la orilla del río, junto a una fogata, bajo un manto estrellado que parecía infinito. Era en esos momentos donde solo eran un hombre y una mujer abrazados, besándose sin descanso y entregándose el uno al otro sobre una estera como si no tuvieran sobre los hombros el peso de acabar con un amuleto maldito. Y es que, más allá de lo que el destino había puesto en sus manos, en esa etapa final de su viaje se estaba forjando aún más el vínculo que les unía, como si ese lazo de amor se hiciera cada vez más sólido, asentándose como una torta de cebada tras quitarla del fuego. Los dos habían sufrido transformaciones en Dendera: Berenice era más sabia y segura, Teocles había ganado resistencia y perseverancia. El destino no tardaría en ponerlos a prueba.

Aquella mañana, tras desayunar unas gachas de leche y cebada y un par de huevos duros con mantequilla de cabra, Berenice y Teocles vieron a lo lejos a un hombre tirado en el suelo y dando alaridos de dolor. Se acercaron con rapidez hasta él y cuando llegaron a su altura, comprobaron el lamentable estado en el que se encontraba. Tenía el rostro casi desfigurado por los golpes que había recibido, el amplio y ligero mantón de lino con el que se cubría estaba desgarrado y una de sus piernas parecía estar doblada por un sitio donde no debería estarlo. Berenice se arrodilló a su lado y puso la palma de su mano en la frente del hombre, quien creyó sentir un leve alivio general gracias a ese contacto.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó Teocles con el ceño fruncido, sintiendo que le ardía en mitad del pecho aquella inevitable rabia hacia las injusticias y el sufrimiento de los débiles.

Berenice miró a su alrededor y vio varias cabras dispersas en los alrededores, Al volver la vista al hombre y ver un cayado partido en dos a su lado, dedujo:

—Parece ser un pastor, quizá le han querido robar alguno de sus animales…

—No… —logró decir el hombre con mucho esfuerzo y apenas sin moverse.

Al escucharlo hablar, Teocles procuró acomodarlo bajo la sombra de un joven sicomoro cercano. El pastor emitió quejidos tan débiles en ese momento en comparación con el dolor que debía estar sufriendo que Berenice temió que perdiera el sentido. Sin embargo, no fue así. Una vez que estuvo a la sombra y pudo tragar algo de pan de cebada con leche de los dedos de la sacerdotisa, pareció recuperar el ánimo.

—Zoilo… mi primo Zoilo en Panópolis… —dijo al fin parpadeando y mirándoles con ansiedad, como si lo que más deseara en ese momento fue que entendieran lo que había pasado.

—¿Cómo?

Un tono áspero pero sorprendido se apoderó de la voz de Teocles, que se puso en pie como un resorte sin apartar una mirada suspicaz del pastor, aún recibiendo los cuidados de Berenice. No esperaba escuchar la mención de su sacerdote lector tan lejos de la Casa Hermosa y mucho menos en la boca de un hombre que había sido apaleado.

—¿Eres primo de Zoilo? —inquirió mientras le hacía un enérgico gesto a Berenice para que le diera más leche al pastor y pudiera hablar con más claridad.

—Sí, nuestros padres son hermanos… —siguió explicando el pastor, que ya estaba recuperando color en el rostro —Zoilo me pidió ayuda para esconderse… —relató —Hacía años que no sabía nada de él, pero solo quería que le dijera dónde ocultarse porque le estaban buscando.

Se detuvo para emitir una tos seca y cansada y acomodarse el manto de lana sobre los hombros con gestos de dolor y luego, siguió hablando:

—Le dije que fuera a las Cuevas de los Muertos, en las colinas detrás de las tumbas de reyes y reinas —indicó mientras apuntaba con un huesudo dedo índice hacia el sur, donde ya se vislumbraba la ciudad de Tebas entre la neblina de la mañana.

Teocles y Berenice intercambiaron las miradas por unos segundos al escuchar el nombre de las cuevas, el lugar exacto al que se dirigían. La sacerdotisa recibió una oleada de seguridad al saber que se encontraban en la dirección correcta, pero, para el embalsamador, aquella historia estaba adquiriendo tintes demasiado personales. Lo que el malherido pastor estaba contando quería decir, ni más ni menos, que era Zoilo quien tenía el amuleto de Apolonio.

—Lo tuvo muy fácil —dijo sin más Teocles, apretando las mandíbulas y golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra, negando con la cabeza mientras intentaba frenar su enfado —Tuvimos a Apolonio ahí mismo, sobre la mesa de embalsamar, con todos sus amuletos y aceites —añadió con impotencia mientras Berenice le escuchaba en silencio, dejando que se desahogara —El muy… Siempre leyendo esas mierdas de papiros antiguos con maldiciones y hechizos… Seguro que sabía perfectamente lo que era ese espejo y… ¡Y lo robó para él! De hecho, ¡yo ni siquiera recuerdo haber visto un espejo en la ceremonia! Seguro que se encargó de esconderlo para que lo demás no lo viéramos…

—Teocles, tranquilo… —dijo al fin Berenice mientras lo instaba a calmarse con un gesto de la mano.

Pero al embalsamador se le había clavado aquella traición en el corazón y la herida era reciente. Ignorando a Berenice, se arrodilló junto al pastor.

—¿Qué más sabes de Zoilo? ¿Qué te dijo?

—Nada, solo… que no le dijera a nadie dónde estaba… Pero he incumplido mi palabra y ahora caerá sobre mí la furia de Thoth.

—Thoth tiene otras cosas entre manos ahora, te lo aseguro —intervino Berenice esbozando una dulce sonrisa y procurando calmar al pastor, que parecía alterado tras pronunciar aquellas palabras.

—¿Has delatado a Zoilo? —inquirió Teocles, sin saber si aquello le enfurecía o si le parecía una justa venganza por lo que el sacerdote lector había hecho.

—¡Yo no quería! —exclamó el pastor, incorporándose un poco y girándose hacia Teocles, levantando las manos con énfasis hasta que tuvo un ataque de tos y se dejó caer de nuevo contra el tronco del sicomoro —Pero me amenazaron con matar a todos mis animales, a mi esposa, a mis hijos… Tuve que decirles dónde estaban…

El pastor rompió en sollozos y Berenice cogió una de sus manos para consolarle, aprovechando el momento para mirar a Teocles.

—No podemos perder más tiempo —le dijo, pues aunque sentía lástima por el pastor herido, cada vez estaban más cerca de hacerse con el amuleto y acabar con todo aquello de una vez por todas.

—¿A quién se lo has dicho? —preguntó Teocles, esta vez normalizando el tono de voz y dejando a un lado la furia que sentía por la traición de su sacerdote lector.

—No lo sé, unos saqueadores, supongo, o mercenarios, no lo sé…

No había duda: Se trataba de Paniscos y su banda. El desaliento cayó de nuevo sobre los dos, pues desde hacía semanas pensaban que les habían dado esquinazo y, al parecer, iban por delante de ellos. Quizá en aquellos momentos ya tuvieran entre sus manos la Locura de Hem-Netjer y todos sus esfuerzos caerían en saco roto.

—¿Cómo se llama tu mujer? Le diremos lo que ha sucedido para que te encuentre. Nosotros tenemos que irnos ahora mismo —le dijo Berenice con suma dulzura, acariciando los cabellos del pastor a quien le estaba sentando muy bien tanto la comida como la sombra del árbol.

Teocles miró a la sacerdotisa con determinación. Sabía que si ella había tomado aquella decisión, era la más correcta. Berenice era la primera que se hubiera hecho las cosas de otra manera, como ir en busca de ayuda, procurarle auxilio, permanecer con el pastor hasta ver una mejoría… Pero había algo más importante que estaba por encima de todo eso y no podía esperar más.

El camino hacia las Cuevas de los Muertos fue casi como una carrera por la ribera del Nilo. No era el momento de deleitarse con el vuelo de las aves que ascendían hacia el sol, ni tampoco con el olor de los campos de trigo. Teocles, a pesar de su cojera, caminaba con tanta

furia que en algunos tramos llegaba a adelantar a Berenice, que incluso se había recogido su túnica blanca hasta encima de la rodilla para poder dar pasos más largos.

—Zoilo… Zoilo, ese miserable es quien nos ha metido en este lío —mascullaba mientras apretaba los puños y fijaba la mirada más allá de los edificios de Tebas, en dirección hacia las Cuevas de los Muertos.

—Desahógate todo lo que puedas ahora, porque ahí dentro te voy a necesitar centrado y sereno —le advirtió la sacerdotisa señalando al horizonte.

Si bien comprendía a la perfección el enfado de Teocles no quería que afectara a lo que parecía ser el desenlace de aquella aventura. Para Berenice, la pasión y la espontaneidad del embalsamador eran al mismo tiempo sus principales virtudes y sus mayores defectos.

—No sé cómo me voy a contener cuando tenga delante a ese desgraciado —confesó Teocles negando con la cabeza —Por su culpa estoy así —añadió señalando su pierna renqueante —Por su culpa casi nos matan mil veces y por su culpa estamos a miles de leguas de Panópolis.

—Pronto sabremos exactamente qué ha pasado y recuperaremos el amuleto —respondió Berenice, aunque casi se hablaba más a sí misma que a su compañero —Recemos para que siga allí y no haya caído en las manos de Paniscos y sus amigos —agregó con cierta amargura, pues cada vez tenían más enemigos y obstáculos en el camino.

—Sí, recemos… —repitió Teocles con acritud, descreído acerca de los dioses desde lo ocurrido en la cámara subterránea de Dendera, pero sin querer expresarlo abiertamente para no ofender a Berenice.

Sin embargo, ella percibió a la perfección su tono de voz. Decidió no protestar ni replicarle. ¿Cómo podía pedirle que siguiera confiando en los dioses cuando su primer acercamiento a ellos casi le había costado una pierna? Finalmente, siguieron caminando en silencio, bordeando los alrededores de Tebas para no perderse en sus calles y dirigiéndose hacia el valle en el que reposaban los cuerpos de decenas de reyes, reinas, príncipes y princesas de Egipto.

La luz de Ra, en lo más alto del cielo en aquellos momentos, iluminaba las majestuosas montañas calizas que se alzaban como guardianas de los secretos eternos de Egipto. El paisaje, esculpido por el tiempo y los elementos, escondía en su seno las entradas a las tumbas de los faraones que un día gobernaron con puño de hierro y corazón de dioses, antes de la llegada de los Ptolomeos del otro lado del Mediterráneo. Por desgracia, algunas de ellas mostraban sus gruesas puertas de piedra hechas pedazos por aquellos que solo buscaban el oro y el lujo, sin importarles el destino de su *ka*. Tipos como Paniscos y el resto de saqueadores de tumbas no hacían más que alterar el Más Allá e impedir que quienes habían sido justos en vida no

pudieran obtener la recompensa de una eternidad llena de alegría y serenidad. Solo quedaba esperar a que cayeran sobre esos infames las maldiciones con las que los sacerdotes sellaban las tumbas.

El silencio del valle era tan profundo que casi se podía oír el eco de las antiguas plegarias que aún parecían resonar en sus cámaras subterráneas. Berenice, ahora que había despejado su intuición desde su estancia en el templo de Dendera, casi podía escuchar aquellos susurros a su alrededor mientras atravesaban la zona en dirección a las Cuevas de los Muertos. Sin embargo, no todo estaba en silencio. El viento susurraba historias olvidadas, llevando consigo el polvo de milenios, cuentos de grandeza, traición y también amores eternos.

Las tumbas, aunque parecían simples entradas en la roca a simple vista, eran portales a mundos opulentos, cámaras decoradas con esmero que contaban la historia de cada faraón, su vida, sus logros y sus creencias. Los intrincados jeroglíficos y las vivaces pinturas revelaban la cosmogonía egipcia, donde dioses y hombres coexistían en una danza eterna de poder y fe. A lo lejos, una comitiva de comerciantes avanzaba lentamente hacia el valle, quizá para aprovechar las sombras que proporcionaban algunas de sus colinas. Las siluetas de los camellos y sus jinetes se recortaban contra el horizonte, y las finas y exóticas telas de sus ropajes ondeaban al compás de sus movimientos. Berenice pensó que seguramente serían griegos, para quienes aquel valle no representaba ningún tipo de sacralidad en absoluto.

No tardaron demasiado en dejar atrás el valle lleno de tumbas para llegar a una zona en la que tuvieron la sensación de que se habían transportado a otra parte por arte de magia. El sol que había estado castigando su piel momentos antes ahora parecía haber desaparecido tras una gruesa nube gris que sumió todo el lugar en una sombra fresca pero también siniestra y traicionera. Berenice sintió un escalofrío: quizá los habitantes de Tebas tenían razón y aquel sitio estaba poblado de maldiciones.

La entrada a las Cuevas de los Muertos se encontraba anidada entre dos colinas de tonos rojizos y austeros, como si fuera una cicatriz en la tierra, una oscura herida que descendía a las profundidades del mundo subterráneo. No muy lejos de allí se veían las chozas de barro y paja en las que habitaban algunos campesinos, quienes procuraban no alejarse demasiado de sus hogares. Entre ellos, se hablaba de aventureros y ladrones de tumbas que, atraídos por promesas de tesoros inimaginables, entraron en las cuevas y nunca regresaron. Decían que el aire dentro de las cuevas era espeso y gélido, y que los lamentos de las almas atrapadas se escuchaban en el viento que soplaba desde su interior.

Pero esto no era todo. Los ancianos de las aldeas cercanas contaban historias de cómo, durante las noches sin luna, se podían ver sombras errantes en la entrada de las cuevas, figuras que parecían estar en un limbo eterno entre la luz y la oscuridad. Los niños eran advertidos desde pequeños de no acercarse a las colinas, e incluso era habitual comprar o fabricar amuletos y talismanes con la esperanza de protegerse de las almas perdidas que vagaban por aquel tenebroso lugar.

Todo este ambiente hizo que Teocles dejara a un lado su furia y ralentizara el paso. De repente, tuvo un escalofrío y miró a Berenice para comprobar que la joven avanzaba sin ninguna duda hacia la entrada de aquel sitio maldito. Creyó escuchar una carcajada malvada que brotaba del interior de la roca en la que se habían excavado las tumbas y no pudo evitar sujetar a la sacerdotisa por un hombro.

—¿Estás segura de que quieres entrar? Aquí no tenemos ninguna Eucleia que nos proteja, ni ningún Euremon… —dijo aludiendo a dos de las personas a las que tanto debían en aquella aventura.

Berenice se giró hacia él y parpadeó con rapidez un par de veces, como si acabara de despertar de un sueño. Estaba tan decidida a destruir la Locura de Hem-Netjer que ni siquiera se paraba a pensar en los peligros reales que podrían estar corriendo. Solo quería terminar con todo y regresar a la seguridad de su templo en Panópolis, aunque ni siquiera estaba segura de poder volver a su rutina.

—No podemos esperar más, mira lo que le han hecho a ese pobre pastor… Tenemos que saber si Zoilo aún está aquí y conserva el amuleto. Está cada vez más cerca, no podemos perder más tiempo.

Con una sonrisa, alargó una mano para acariciar la mejilla de Teocles, quien no se pudo resistir a apoyarse en ella mientras cerraba los ojos por unos segundos. El cálido tacto de su suave piel aminoró la frialdad y el terror que parecían reinar en los alrededores de las Cuevas de los Muertos y cuando el embalsamador abrió los ojos, se sentía preparado para entrar ahí dentro y enfrentarse a lo que fuera. Para aumentar su valor y seguridad, no dudó en inclinarse para llenar su zurrón de lino con algunas piedras y armarse con un grueso palo. Berenice rio con suavidad al verlo y aquel sonido puro y limpio pareció alejar por unos momentos todo lo nocivo y malicioso que parecía querer pegarse a ellos.

—¿Listo?

—Listo.

Y, cogidos de la mano, accedieron al interior de las Cuevas de los Muertos.

Una vez cruzado el umbral, la temperatura cayó notoriamente y una opresiva oscuridad los envolvió casi al instante. Tuvieron que

permanecer unos momentos sin moverse hasta que sus ojos, poco a poco, se acostumbraron a semejante negrura. Berenice, presa de la inquietud que generaba aquel lugar, se acercó a Teocles hasta que pudo sentir su fuerte brazo contra el suyo. Comenzaron a caminar con precaución, dejando atrás la entrada y acercándose a una gran cámara de la que, a su vez, salían varios pasillos que desembocaban en otras cámaras más pequeñas.

En las paredes de roca había relieves y tallas de toda condición y tamaño. Berenice reconoció figuras de dioses, algunos de ellos muy antiguos, y también escenas de sencillos rituales funerarios. Teocles, por su lado, solo podía ver el rostro de Anubis en cada recoveco e incluso creyó percibir cierta complicidad en los rasgados ojos del Señor de la Necrópolis. De ser así no le extrañaría, puesto que las acciones de Zoilo manchaban no solo su *ka,* sino también los de aquellos que desempeñaban su labor en la Casa Hermosa de Panópolis.

Un crujido a sus pies llamó la atención de la pareja. Cuando bajaron la mirada al suelo, se cercioraron de que estaba salpicado de huesos. Algunos de ellos eran tan antiguos que se convertían en polvo con solo tocarlos.

—¿Crees que serán huesos de los muertos? —preguntó Berenice en voz baja, casi aguantando la respiración.

—Me parece que son los huesos de quienes han entrado aquí antes que nosotros… —respondió Teocles con desesperanza —Es mejor no preguntárselo, por suerte, no podemos verlo con detalle.

Y cogiendo con suavidad a Berenice del antebrazo, la instó a seguir caminando. De alguna manera, y aunque se encontraban en el interior de la roca, parecía haber algún tipo de luz que ayudaba a que sus ojos se adaptaran cada vez mejor a la oscuridad. Teocles miraba al techo y a las paredes de vez en cuando, preguntándose de dónde surgía aquel tenue resplandor que parecía acompañarlos con timidez.

Al llegar al siguiente corredor vieron los restos de una antorcha que colgaba de una pared de forma algo precaria, sosteniéndose sobre una argolla oxidada. Teocles, con una sonrisa astuta, se apresuró a cogerla y se dispuso a encenderla con un pedazo de sílex que llevaba en el ligero equipaje que les había proporcionado Eucleia. Con algunos golpes saltaron las primeras chispas y todo el entorno pareció transformarse a la luz del fuego. Además, la sensación de frío y humedad que los había acompañado desde que entraron en las cuevas se alejó de forma súbita. Berenice se humedeció los labios; gracias al fuego, la boca ya no le sabía a piedra.

—Esto está mejor —le dijo Teocles dedicándole una amplia sonrisa que también contribuyó a calentar el corazón de la joven sacerdotisa.

Hacía días que no veía una de las amplias y luminosas sonrisas del

embalsamador.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó ella.

—No lo sé, pero hay que encontrar o el amuleto o a Zoilo para que todo esto tenga sentido —contestó Teocles encogiéndose de hombros y volviendo la mirada al frente.

Su avance les llevó hasta una enorme cámara donde reinaba un lago de aguas tranquilas pero oscuras que despedían un aire demasiado siniestro como para invitar a saciar la sed o a darse un baño.

—Parecen ser aguas rituales —dijo Berenice asomándose con precaución al agua y viendo su propio reflejo, el cual, tras unos segundos, se transformó en una versión horrible de la joven, cadavérica y corrupta, que parecía querer atraerla.

Teocles tiró de ella hacia atrás haciendo que la sacerdotisa diera un traspié y le mirara con aire confuso.

—¿No hemos tenido suficientes aguas sagradas? —dijo a medio camino de la regañina pero también de la ironía —Bordeemos el lago, no quiero que me salpique ni una sola gota.

Y así lo hicieron, ignorando los movimientos que comenzó a haber en la superficie del agua, como si alguien desde las profundidades quisiera asomarse a decirles algo. El embalsamador mantuvo la vista fija en la entrada de la siguiente cámara, pero Berenice no pudo evitar dar un último vistazo al lago distinguiendo figuras fantasmales que parecían gritar o lamentarse mientras intentaban romper la superficie del agua con dedos largos y huesudos. Rápidamente apartó la mirada y siguió a Teocles, apoyando las manos en su ancha espalda mientras dejaban atrás el lago para acceder a la siguiente cámara.

En aquellos momentos, un lamento rompió el silencio de las Cuevas de los Muertos.

—Aquí… ayuda…

Teocles alzó la antorcha intentando ampliar el círculo de luz y ver de dónde salía aquella voz. Berenice aprovechó para observar que se encontraban en un espacio ritual con un altar de piedra excavado en la propia roca y relieves y pinturas sagrados por doquier. Incluso distinguió un pequeño armario de madera con botes llenos de esencias y aceites, aunque la mayoría de ellos estaban rotos y sus contenidos goteaban al suelo, llenando el ambiente con intensos olores de todo tipo. De hecho, aquellos frascos no eran lo único que estaba destrozado en aquel lugar. Berenice siguió explorando con la mirada y distinguió ushebtis partidos en dos desperdigados en el suelo, vasos canopes hechos añicos, incluso ricas vestiduras de lino rasgadas y tiradas como si fueran trapos inservibles. Y ahí, en medio de aquel desastre, se encontraba el sacerdote lector Zoilo sangrando y apenas sin poder moverse. La firma de Paniscos era inconfundible.

Teocles, a pesar de su enfado y del rencor, no pudo evitar entregar la antorcha a Berenice de forma abrupta y arrodillarse junto al que había sido su mentor.

—¡Zoilo! ¿Qué te ha pasado?

La sacerdotisa se apresuró a colgar la antorcha de una argolla que sobresalía de la pared para acompañarle. Si el pastor había sufrido una tremenda paliza a manos de los saqueadores de tumbas, a Zoilo habían intentado matarlo directamente. Teocles pasó un brazo por detrás de su espalda para tratar de incorporarlo un poco, ayudando a que exhalara e inhalara un poco más de aire. La sacerdotisa vio que había un charco de sangre en el suelo, justo debajo del sacerdote, por lo que no le auguraba mucho tiempo de vida.

—El espejo… —dijo Zoilo apenas sin moverse, clavando una mirada desesperada en Teocles —Se han llevado el espejo…

—La Locura de Hem-Netjer —afirmó el embalsamador retirando algunos cabellos del rostro de Zoilo con una delicadeza que despertó una gran ternura en Berenice, que decidió observar en silencio —Han sido los saqueadores, ¿verdad?

Zoilo asintió con la cabeza y tragó saliva a duras penas. Teocles le indicó a su compañera que sacara una de las cantimploras con agua que llevaban en su equipaje para aliviar la sed del sacerdote. Una vez que pudo hablar con más facilidad, Zoilo pronunció el último nombre que habían esperado escuchar en aquellas circunstancias.

—Menófila… Se lo llevan a ella, ella es la que quiere el espejo de Hathor…

Berenice sintió que se quedaba sin respiración. La sombra de la duda y la sospecha planeó sobre ella en aquellos momentos, pero la lealtad a la Gran Sacerdotisa del templo de Horus-Min en Panópolis ganó ese pulso.

—Quiere destruirlo para que no siga maldiciendo a nadie más —dijo en un hilo de voz, intentando convencerse a sí misma.

Pero la respuesta de Zoilo fue una risa, o más bien un estertor. Una especie de gruñido burlón que iluminó sus ojos por unos instantes ante la inocencia de la joven. Negó con la cabeza y como si todo aquello le divirtiera mucho, replicó:

—Quiere riquezas y lujos… Por eso me pagó mucho oro para que lo robara del cuerpo de Apolonio de Samos… Pero cometí el error de mirarme en él y… Oh, dioses, lo que vi… —su mirada pareció volver a ese momento —Oro, joyas preciosas, un palacio de mármol… Bellas esclavas de todos los rincones del mundo, animales exóticos y la biblioteca de libros malditos más grande que existe… Todo podía ser mío. Mío y no de esa sacerdotisa simplona… —añadió mencionando de forma despectiva a Menófila.

Teocles y Berenice se mantenían en silencio, sin apartar los ojos de

Zoilo, absorbiendo cada una de sus palabras pese al estupor que parecía aprisionar sus gargantas como una mano nervuda. Zoilo tosió con dificultad e hizo un gesto de dolor; no le quedaba mucho tiempo y todos en esa cámara lo sabían. Los vivos y los muertos.

—Me quedé el espejo. Me lo quedé para mí.

Su boca dibujó un rictus estricto al pronunciar aquellas palabras con total convicción y por un instante Teocles creyó ver de nuevo a su mentor y no a un hombre moribundo.

—Pero ese Paniscos y sus secuaces son como chacales, como hienas, y sabía que no se conformarían al ver que el amuleto no estaba dentro de la momia de Apolonio —añadió con rabia.

Teocles no daba crédito a todo lo que estaba escuchando. Había tenido aquella conjura delante de sus narices en todo momento y ni por un segundo había sospechado nada de lo que había ocurrido en las sombras de la Casa Hermosa. Había permanecido ignorante por completo hasta el momento en que los saqueadores de tumbas habían querido darle una paliza al ir en busca de Zoilo y no encontrarlo. Todo cobraba sentido ante sus ojos y no podía evitar sentirse ingenuo hasta niveles estúpidos. Berenice, por su parte, aún intentaba digerir el hecho de que la Gran Sacerdotisa Menófila fuera la artífice del robo del amuleto y les hubiera puesto en peligro para tenerlo en sus manos.

—Me fui esa misma noche, después del ritual de enterramiento… —volvió a toser y Teocles le proporcionó un poco más agua, casi moviéndose como un autómata —Vine a Tebas porque aquí vive el hijo de mi tío, Aetolicus… Quise refugiarme con él y su familia, pero me di cuenta de que le estaba poniendo en peligro, así que vine a estas cuevas malditas donde nadie se atreve a entrar.

—Me… me temo que Paniscos encontró a Aetolicus… —le interrumpió Berenice con dulzura en su voz, aunque también con cierta malicia, pues creía que Zoilo debía cargar también con aquello al Otro Mundo —Él fue quien le dijo que te escondías aquí, pero no te traicionó, solo salvó su vida y la de su familia —agregó para limpiar la reputación del pobre pastor apalizado.

Los ojos llorosos de Zoilo se volvieron hacia la sacerdotisa con estupor. La joven sintió que se le encogía el corazón al ver cómo se llenaban de tristeza y culpabilidad y se arrepintió de lo que le había dicho. Quizá no debería haberle causado aquel dolor cuando estaba tan cerca de ir al reino de Anubis.

—Y por eso Paniscos me encontró… Y ahora tiene el espejo y se lo va a llevar a Menófila —musitó Zoilo acomodando la cabeza en el fuerte brazo de Teocles, quien no había dejado de sostenerlo ni por un momento.

—¿Dónde está Menófila? —masculló Teocles entonces, con un tono de voz teñido de una dureza que Berenice jamás había oído en él.

Sabía que el embalsamador tenía algo en mente y no era precisamente dialogar con la Gran Sacerdotisa de Panópolis.

—¿En su templo, quizá, joven Teocles? —respondió Zoilo con un tono burlón, volviendo ahora sus ojos hacia el embalsamador, quien pudo reconocer en esa mirada al estricto sacerdote lector que le solía reñir cuando lo veía vagando por la Casa Hermosa sin hacer nada —Menófila… Menófila ya se cree una diosa de por sí, a ella… no la veréis en tumbas como esta… Ella estará siempre… en su templo…

Y aquellas fueron las últimas palabras de Zoilo antes de que Anubis lo tomara de la mano para llevárselo a su reino. Berenice y Teocles se quedaron en silencio unos instantes en mitad de aquella sala destrozada en la que solo se escucha el crepitar de la antorcha. La verdad al fin les había sido revelada en las profundidades de aquellas tumbas de roca y estaba siendo complicada de aceptar.

Berenice fue la primera en moverse, poniéndose en pie y mirando las pinturas sagradas que decoraban las paredes del lugar.

—No entiendo… No sé por qué Menófila nos ha hecho esto, yo… Yo siempre creí que era de sus preferidas.

Teocles la miró y sonrió unos instantes, invadido por la ternura, pues al decir esas palabras volvía a parecer la joven inocente que solo conocía la vida que tenía dentro de los muros del templo. Ahora que la observaba con atención, se asombró de cuánto había cambiado en los días que llevaban viajando juntos y se preguntó si también él había sufrido alguna transformación más allá de su pierna renqueante.

—No es nada personal —respondió mientras apartaba el brazo y depositaba con cuidado la cabeza de Zoilo en el suelo.

Antes de incorporarse, le dedicó una larga mirada llena de respeto a quien le había sacudido más de una vez con la vara, pero también le había enseñado casi todo lo que sabía.

—Solo es… ambición, avaricia… —añadió con tristeza.

Teocles se acercó a Berenice y le rodeó los hombros con el brazo, atrayéndola hacia él, envolviéndola por completo mientras ella apoyaba la cabeza en su pecho, encogiéndose en busca de cariño y de calor en un entorno tan frío y hostil como aquel. El embalsamador besó sus perfumados cabellos negros y luego apoyó la mejilla en su cabeza, acogiéndola contra él durante el tiempo que ella lo necesitó.

—Tenemos que ir a por ella—musitó mientras sus ojos se desviaban hacia la entrada del lugar —Cuanto más nos retrasemos, más probabilidades hay de que la maldición del espejo llegue hasta Panópolis y quién sabe…

Berenice, entonces, levantó la mirada hacia él, pero sin salir del refugio de sus brazos.

—¿Crees que la maldición puede extenderse por el templo?

—Creo que cuando Menófila se mire en el espejo, no se va a

conformar con ser la Gran Sacerdotisa más rica de todo Egipto… —respondió tomando la barbilla de la joven con los dedos para besarla con suavidad —Razón de más para hacernos con él y destruirlo.

Berenice asintió dócilmente con la cabeza, aunque era consciente de que no iba a ser una tarea fácil enfrentarse a la persona que había sido su ejemplo desde que era una niña.

Salir de las Cuevas de los Muertos fue igual de inquietante que entrar, aunque Teocles se llevaba consigo una espina clavada en el corazón al dejar allí el cuerpo de Zoilo. Sabía que su *ka* quedaría atrapado para siempre entre las húmedas paredes de roca de aquel laberinto infestado de espíritus y aunque su ambición y avaricia eran las que le habían llevado hasta allí, en realidad todo era culpa de la maldición de la Locura de Hem-Netjer. No había nada que odiara más en aquellos momentos que ese dichoso espejo y estaba deseando tenerlo entre sus manos para destruirlo.

Berenice seguía dolida por la traición de Menófila. Mientras caminaban hacia Tebas en busca de un poco de descanso, comida y bebida, se mantuvo silenciosa y reflexiva. Salió de Panópolis siendo poco más que una niña bajo la tutela de aquella mujer, pero iba a regresar convertida en una auténtica sacerdotisa que había aprendido a comunicarse con los dioses bajo el amparo de Hathor. Una vez que lograra mentalizarse de ese cambio en el tablero de juego, podría empezar a pensar en Menófila como en una igual y no como una maestra.

Fue fácil encontrar un lugar en el que dormir al menos unas horas antes de emprender el camino de regreso a Panópolis: un pastor de vacas les dejó echar un sueño sobre la paja que guardaba en el establo de sus animales mientras estos pastaban en el exterior, en las orillas del Nilo. No fue el lecho más cómodo en el que se habían tumbado ni, desde luego, tampoco contaba con los perfumes del templo de Dendera, pero el agotamiento se apoderó de ellos con facilidad y pudieron conciliar el sueño hasta el atardecer. El pastor los halló abrazados sobre la paja, lo cual no fue impedimento para que los despertara con suaves golpes de la vara que le hacía las veces de cayado, ya que tenía que recoger su ganado antes de que llegara la noche. Eso sí, antes de pedirles que se fueran les ofreció al menos un odre de leche fresca recién ordeñada, un par de huevos de pato pasados por agua y carne de cabra seca.

—Eucleia dijo que no viajáramos de noche —recordó Berenice recordando a la hermética sacerdotisa de Dendera mientras levantaba la mirada al cielo nocturno que ya había desplegado su manto de estrellas.

—No podemos perder más tiempo —replicó Teocles mientras se

desperezaba, estirando los brazos y el torso mientras miraba a su alrededor.

Las calles de Tebas ya estaban prácticamente vacías. Solo se veían luces que provenían del interior de las casas, así como de alguna que otra esporádica antorcha que colgaba del muro exterior de algunos edificios públicos. Un par de perros caminaban con parsimonia, quizá buscando un lugar en el que echarse, y un grupo de gatos se acicalaban en una azotea que, al parecer, les servía de lugar de reunión antes de comenzar sus fechorías nocturnas. Entonces, el silencio se rompió por un relincho de caballo.

Teocles esbozó una astuta sonrisa mientras un brillo de emoción iluminaba sus ojos negros.

—Ah, no —replicó Berenice tajante, interpretando a la perfección la expresión en el rostro de su compañero.

—Tenemos que llegar cuanto antes. Lo devolveré. O le enviaré una compensación a su dueño.

Antes de que Berenice pudiera replicar, Teocles ya se había adentrado en las callejuelas tebanas en busca del caballo que aceleraría su regreso a Panópolis. La joven, resignada, le siguió. Se cercioró de que, a pesar de su cojera, el embalsamador se desenvolvía muy bien sobre terreno firme y llano y prácticamente se movía igual de rápido que antes de aquel rito en Dendera. De hecho, le costó seguirle hasta que al fin lo encontró con una sonrisa triunfal junto a una pequeña cuadra adosada a un gran edificio. Sobre la puerta principal del mismo había un cartel anunciando aquel sitio como la vivienda de un importante comerciante; de ahí que poseyera varios caballos.

—A lo mejor este tipo no necesita que nos demos demasiada prisa en devolvérselos —bromeó Teocles señalando con el dedo pulgar el edificio.

—Vamos, date prisa —insistió Berenice mirando a ambos lados de la calle temerosa y asumiendo que no iba a conseguir que Teocles no se llevara ningún animal.

Para suerte de ambos, el dueño de los caballos no había puesto demasiado empeño en el cierre de la cuadra que consistía en una cuerda anudada de forma bastante simple entre una puerta y otra. Teocles no tardó demasiado en deshacer el nudo. Cuando abrió la puerta, los animales parecieron inquietarse al no reconocer a su dueño y pronto el sonido de los cascos sobre el suelo llenaron el silencio nocturno de la calle.

—¡Date prisa! —le instó de nuevo Berenice desde fuera mientras escuchaba a Teocles susurrar a los caballos, tratando de que se tranquilizaran.

Tras un buen rato, los animales parecieron convencerse de que

Teocles no iba a hacerles nada malo y se calmaron. El embalsamador tomó a uno de ellos por las riendas y tiró con suavidad hasta que logró sacarlo del establo. Berenice dio unos pasos hacia atrás mientras lo miraba con desconfianza, pues jamás había subido a lomos de un caballo. Tan solo una vez había viajado sobre un asno y fue durante el viaje desde su casa natal hasta el templo de Horus-Min.

—No tengas miedo —dijo él, burlón, leyendo en el rostro de su compañera que no le hacía ni pizca de gracia subirse al caballo —Están acostumbrados a llevar carga, no son caballos de batalla como los de las paredes de los templos. Vamos, yo te ayudo.

Sin dejar de sonreír se acercó a Berenice. La joven sacerdotisa, mirándole aún con desconfianza, alargó las manos hasta posarlas sobre el lomo del caballo, donde descansaba una gruesa manta de lana de camello. Teocles la aferró con firmeza por la cintura, sintiendo la calidez de su piel bajo la túnica de fino lino que había renovado en Dendera, y la levantó con facilidad en el aire. Con cierta torpeza, Berenice logró quedar sobre el caballo, pero atravesada sobre él, con las piernas colgando por un lado y la cabeza y los brazos por otro, sin saber cómo erguirse y recuperar la postura y la dignidad. Teocles, al verla así, tuvo que taparse la boca con ambas manos para que sus carcajadas no alteraran la tranquilidad y el silencio de las calles de Tebas.

—¡Ayúdame! —exigió ella mientras se sonrojaba, pues si bien ante el telar y los dioses era precisa y experimentada, en aquellos momentos se sentía avergonzada ante su propia incapacidad para montar en el caballo.

Finalmente, el embalsamador se acercó para ayudarla a colocar una pierna a cada lado del caballo de forma que al fin Berenice se pudo erguir. La joven sonrió algo temerosa, aunque sorprendida de la estabilidad que le proporcionaba su montura, y se aferró a las riendas con ambas manos. Cuando miró a Teocles esperando que este iniciara la marcha, vio que el joven tenía la mirada concentrada en sus piernas, que habían quedado al descubierto gracias a las dos aberturas laterales de la túnica.

—Vamos, ni que no las hubieras visto nunca —le espetó divertida mientras chasqueaba los dedos.

Teocles fingió que salía de un embrujo ante el chasquido y la joven rio divertida. Fue en ese momento cuando escucharon un golpe y una voz que salía del interior de la casa.

—¿Qué pasa ahí fuera? —se escuchó decir a un hombre, mientras un perro empezaba a ladrar y, a continuación, un bebé rompía en llanto, acompañado de las quejas de una voz femenina.

Aquella cacofonía tardó apenas unos segundos en generar mucho más ruido del esperado, así que, sin decir nada, Teocles miró a

Berenice e hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Entonces, sacudió las riendas, clavó los talones en los costados del caballo y, tras un enérgico grito, instó al animal a salir al galope por el camino de tierra que conducía fuera de Tebas. La sacerdotisa no se lo pensó dos veces: si le daba miedo cabalgar, mucho más le daba que el dueño de la casa la sorprendiera allí y le emprendiera a palos con ella. De nuevo con ademanes poco agraciados, Berenice hizo que su caballo echara a correr detrás de Teocles y así siguieron unos minutos hasta que las luces de Tebas quedaron muy atrás y la noche los rodeó por completo.

Llegaron a un pequeño oasis iluminado por las estrellas y que no estaba habitado. Berenice no pudo evitar recordar al anciano Euremon, aquel extraño anacoreta que les había ayudado a escapar de Paniscos con su magia. Teocles se sentó junto a ella después de dejar a los caballos atados junto a un pequeño lago en cuyas orillas crecía hierba fresca y tierna.

—No creo que lleguemos a tiempo —dijo mientras suspiraba y partía en dos una ramita que llevaba entre los dientes —Y si lo hacemos, ¿qué vamos a hacer?

—Después de todo lo que hemos pasado ya no me preocupa… Sé que sabremos qué hacer cuando estemos delante de Menófila y ese amuleto.

—Ni siquiera Aabeni lo sabía —respondió el embalsamador aludiendo al excéntrico mercader —En Dendera… ¿Los dioses no te dijeron nada?

Berenice negó con la cabeza. No solo no le habían dicho nada, sino que ella misma tampoco había vuelto a intentar el contacto con ellos para averiguarlo. Eucleia le había hablado varias veces acerca de su potencial para comunicarse con las divinidades, pero Berenice, no sabía si por el profundo respeto que tenía hacia los dioses o por miedo, no había querido probarlo. Todo aquello no era del conocimiento de Teocles, pues sabía que él trataría de animarla a intentarlo y no quería hacerlo.

Lo mejor era continuar el viaje y esperar los designios divinos cuando estuvieran delante del espejo maldito.

Capítulo 8

Fueron casi dos días de viaje. En el camino de vuelta hicieron una breve parada en Dendera para hablar con Eucleia y contarle todo lo que habían averiguado acerca del amuleto y, en especial, el papel que la Gran Sacerdotisa Menófila tenía en toda aquella historia. Por desgracia, ella tampoco sabía cómo podían destruir la Locura de Hem-Netjer y no había tiempo para hacer un ritual y tratar de obtener una respuesta de los dioses.

—Cada hora es crucial —les dijo mientras caminaba con ellos por el amplio pasillo de piedra que conducía al exterior del templo de Dendera, donde habían tomado un rápido refrigerio a base de higos y queso de cabra —No sabemos dónde está el espejo, ni en qué manos ha caído. Puede tenerlo un ladronzuelo en cualquier sótano del país o puede tenerlo Menófila en el templo de Horus-Min. Tenéis que partir ya y continuar vuestro viaje.

En el rostro de Berenice se dibujó la ansiedad que le provocaba aquella separación. Ahora que el templo de Horus-Min era lo más parecido a un campo de batalla para ella, Dendera tenía todas las papeletas para convertirse en un hogar o, cuanto menos, un sitio seguro en el que poder descansar. Eucleia pareció percibir esa sensación, pero se limitó a presionar con afecto su brazo mientras sonreía y decía:

—Yo seguiré aquí cuando todo haya terminado.

Y tanto Berenice como Teocles desearon que así fuera.

A pesar de la prisa que tenían por llegar a Panópolis antes que Paniscos, decidieron no seguir viajando en caballo, ya que llamarían demasiado la atención. En su lugar, se llevaron un pequeño pero robusto asno de Dendera que les ayudó a portar los pocos enseres que tenían y sobre el que se turnaban para descansar. Cuando llegó la noche, optaron por moverse entre las largas cañas de papiro de la orilla del río para ocultarse de los malos ojos que se hallaban en los caminos a esas horas. Al amanecer, el reconocible perfil de las casas y templos de Panópolis se dibujó en el horizonte y ambos lo contemplaron unos instantes mientras se cogían de la mano. Berenice sintió que el estómago y la garganta se le cerraban.

—No había imaginado así nuestro regreso —comentó Teocles con los ojos clavados en los muros color arenisca del templo de Horus-Min —Pensaba que llegaríamos corriendo con el amuleto en el zurrón para dárselo a Menófila y volver a nuestras vidas.

—Ya no tenemos esas vidas —respondió Berenice con resignación, apretando la fuerte mano de Teocles —Ya no están ni Menófila ni Zoilo —añadió aludiendo a sus respectivos mentores, los dos corruptos por el espejo maldito.

—Ellos no definen lo que somos —replicó Teocles con despreocupación mientras giraba el rostro hacia Berenice y usaba los dedos de su mano libre para hacer que ella lo mirara a los ojos —Vamos a terminar con esto cuanto antes y después decidiremos cómo van a ser nuestras vidas.

Berenice sonrió y suspiró llenándose del optimismo que desprendía Teocles. Asintió con la cabeza y entonces, ambos echaron a andar, preparados para enfrentarse a lo que fuera que estaba sucediendo.

Definitivamente, no estaban preparados para encontrar Panópolis en el estado en que se encontraba. La paz y tranquilidad que solía reinar en la ciudad se había resquebrajado con la llegada de Paniscos y su banda, que parecía haber aumentado considerablemente de tamaño desde su último encuentro. Armados con cuchillos viejos y gruesas porras de madera, se dedicaban a sembrar el terror, golpeando y atacando a todo con el que se cruzaban hasta el punto de que los habitantes de Panópolis corrían a esconderse en sus hogares.

Las tiendas estaban siendo saqueadas y por el suelo de la calle principal se desperdigaban las mercancías que antes habían estado cuidadosamente expuestas en los tenderetes. Ni siquiera se respetaban las estatuas a los dioses: unos ladrones pateaban la cabeza de un Hermes, mientras otros golpeaban sin piedad un halcón sagrado, rompiéndolo en mil pedazos. Los guardias de la ciudad trataban de enfrentarse a ellos, pero eran pocos y pronto fueron superados por la extrema violencia que estaban ejerciendo los saqueadores con Paniscos a la cabeza.

Solo había una persona que mantenía la serenidad. Era Menófila, quien observaba todo desde lo alto de los amplios escalones del templo. Su expresión mostraba la gran satisfacción que sentía al ver lo que estaba ocurriendo. Vestía con una túnica tejida en hilo de oro y adornada con lapislázuli y esmeraldas que le hacía parecer la mismísima Isis, y sobre la peluca de negros y brillantes cabellos humeaba una gruesa vela untada con los aceites y perfumes más caros del templo. En su mano derecha aferraba un espejo dorado con mango de cuerno cuyo marco acariciaba con la otra mano. Era ella quien había desatado aquel caos: había sido tan fácil como ordenar a Paniscos y sus secuaces que saquearan la ciudad por completo, quedándose lo que quisieran como recompensa por haberle llevado la Locura de Hem-Netjer. Así se vengaría por siempre de aquellos que siempre la habían menospreciado en favor del Gran Sacerdote

Zenodoro, mucho más respetado que ella en Panópolis.

Mientras las llamas consumían las viviendas y los gritos de terror llenaban el aire, Menófila comenzaba a trazar un plan para consolidar su dominio sobre la ciudad y reescribir la historia de la ciudad según sus propios términos. Panópolis enfrentaría días oscuros, pero acabaría siendo el lugar sagrado donde todos acudirían a rendir culto a la gran Menófila.

O al menos era lo que pensaba antes de ver aparecer en mitad del caos a Berenice, aquella sacerdotisa bobalicona, y al embalsamador de Zoilo, ese muchacho vago y despreocupado. Cuando los reconoció, apretó los dientes con furia: Paniscos le había asegurado que sus cuerpos descansaban en el fondo del Nilo.

Berenice apenas podía moverse. Sentía miedo ante tanta violencia, rabia al ver su hogar devastado de aquella forma, decepción al contemplar la figura de Menófila reinando sobre el caos.

—Tiene el espejo. Esa zorra tiene el espejo —dijo Teocles a su lado, aunque apenas lo oyó, fue más bien como si estuviera bajo el agua y todos los sonidos llegaran distorsionados hasta ella.

La furia empezó a arder en su pecho. Creyó sentir que su joven amante trataba de tirar de ella hacia alguna parte, pero no podía moverse. La mirada se perdía en el horizonte, en las llamas que bailaban sobre los tejados de las casas, hasta que de repente y tras un parpadeo, todo cambió y se vio a sí misma flotando en el espacio. Todo había desaparecido y solo estaban ella, el silencio y una oscuridad que empezó a quebrarse cuando unas figuras luminosas aparecieron poco a poco delante de ella. No tardó en reconocer quiénes eran: Hathor, con sus cuernos de vaca, Thoth y su cabeza de ibis y Anubis, el chacal guardián de los muertos.

Fue Hathor, la Gran Madre Hathor, quien empezó a hablar con un tono dulce y maternal.

—Tienes que destruir el espejo que lleva Menófila antes de que extienda esta destrucción.

Thoth dio un paso adelante, sosteniendo la paleta de escriba en una mano y el cálamo en la otra.

—El conocimiento para deshacer ese amuleto se ha perdido con el tiempo, pero todavía queda una forma de destruirlo. Debes ser astuta y usar la sabiduría para hacerte con él y destruirlo para siempre.

Anubis fue quien tomó la palabra, haciendo gala de una voz rasposa como el aullido de un chacal.

—Espera a que el viento sople desde el oeste. El hálito de los muertos acabará con la Locura de Hem-Netjer.

Berenice asintió varias veces mirando a las divinidades ante sí, sintiendo la presión en el pecho que le provocaba la fuerza divina de

los dioses. Sintió el escozor de las incipientes lágrimas en sus ojos. No sabía si aquella emoción era miedo o alegría. Hathor volvió a tomar la palabra.

—Crea un espejismo mágico. Haz que Menófila piense que está en peligro y cuando sea vulnerable, arrebátale el amuleto.

Thoth extendió ante ella un papiro que flotaba en el aire, justo delante de sus ojos. Pudo ver una breve fórmula escrita en la superficie rugosa.

—Aquí hay un conjuro que te ayudará a generar el espejismo. Estudia sus palabras y usa el poder de tu voz para invocarlo.

Anubis tomó la palabra en ese momento y con un tono lúgubre, añadió:

—Una vez que tengas el amuleto, entiérralo en las arenas del desierto. Luego, invoca a los dioses de los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. Solo entonces, con el impulso de su poder, el amuleto será destruido.

Berenice quiso hablar para hacerles mil preguntas, para agradecer su presencia, pero ningún sonido brotó de sus labios. Entonces, las tres figuras empezaron a desvanecerse ante ella y quedó sumida de nuevo en la oscuridad hasta que una sacudida de Teocles hizo que regresara a la realidad. Una realidad en la que Panópolis, su hogar, estaba siendo destruido sin piedad por la avaricia y ambición de Menófila.

—¿Qué te pasa? —exclamó Teocles tirando de ella, mirándola incrédulo y alarmado, pues sabía que algo le estaba ocurriendo a su compañera —¡Berenice!

Entonces la joven pestañeó varias veces y le miró aún con el gesto sobrecogido por su encuentro con las divinidades. Su mente empezó a trabajar a toda velocidad y en su pecho brotó una inusitada fuerza de voluntad que jamás había sentido.

—¡Ven! ¡Hay que quitarle el amuleto a Menófila!

—¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido? —respondió él con ironía y cierta impaciencia, pues cuanto más hablaban, más eran los destrozos que Paniscos y sus secuaces hacían en Panópolis.

Berenice dejó ir un resoplido mirándole con el ceño fruncido y echó a correr en dirección a la escalinata del templo de Horus-Min, donde Menófila contemplaba aquel caos con una sonrisa de satisfacción. Teocles no esperó más explicaciones y la siguió hasta que ella frenó en seco, oteando el aire e ignorando los gritos a su alrededor. Por algún motivo, nadie parecía haber reparado en su presencia todavía, ocupados como estaban unos saqueando y otros, huyendo.

La sacerdotisa, sin embargo, prestaba atención al viento del atardecer que se levantaba con suavidad, sin que nadie se percatara de ello. Contuvo la respiración unos momentos y cerró los ojos hasta que

sintió que su melena negra se mecía de oeste a este. El hálito de los muertos hacía acto de presencia en Panópolis, donde Anubis cosecharía unas cuantas almas para su reino. Pero eso no era lo que preocupaba a Berenice en ese momento.

—Teocles —dijo entonces con la voz temblorosa, abriendo los ojos y buscando con ansiedad la fuerte mano del embalsamador —Tienes que ayudarme.

—¿Por qué te crees que estoy aquí? —respondió él haciendo gala de su buen humor, incluso en un momento como aquel; aun así, la joven fue incapaz de sonreír, pues en su mente se agolpaban las palabras que había leído en el papiro que le había mostrado Thoth —¿Qué tengo que hacer?

—No pierdas de vista a Menófila. Quítale el espejo en cuanto puedas.

Teocles volvió la vista hacia la Gran Sacerdotisa y después miró de nuevo a Berenice con cierta incredulidad.

—No creo que pueda hacerlo sin tener que arrancarle los dedos de la mano. O la mano entera.

Pero ella ya no le escuchaba. Fijó la mirada en Menófila, que seguía sonriendo con maldad mientras se deleitaba en el baño de muerte y violencia que le estaba procurando aquel atajo de ladrones y asesinos. Y entonces, empezó a recitar las palabras que había leído en el papiro de Thoth. Ni siquiera comprendía bien qué estaba diciendo, pues aunque era lengua egipcia, no era la que se hablaba bajo el reinado de Ptolomeo V Epífanes sino quizá la que hablaban aquellos que vivieron bajo el cetro y el látigo de los primeros faraones.

Entonces, aquel viento que soplaba desde el oeste empezó a convertirse en un pequeño tornado en mitad de la calle principal de Panópolis, justo enfrente de las escaletas del templo. Este tornado giraba cada vez con más velocidad hasta que llegó un momento en el que se vieron rostros en su interior que gemían y gritaban con gestos atormentados. Berenice siguió recitando aquellas palabras una y otra vez, comprobando que cuanto más lo hacía, más fuerza adquiría el tornado. No tardó demasiado en darse cuenta de que podía dirigirlo tan solo con su voluntad, así que, sin piedad, hizo que se desplazara hacia Menófila. La Gran Sacerdotisa, al fin, se percató de lo que ocurría y su rostro cambió la soberbia por la sorpresa y luego por el terror. Sin apartar la mirada del siniestro tornado que se acercaba hasta ella en una siniestra nube de polvo y lamentos, intentó protegerse en el templo, dando un traspié y cayendo de espaldas. El espejo se escurrió de sus manos y cayó por las escaleras de piedra. Menófila clavó la mirada en él con horror e hizo el ademán de levantarse para recuperarlo, pero ya era tarde.

Teocles ignoró el grito de furia que emitió la Gran Sacerdotisa

cuando agarró con rapidez el espejo y salió corriendo en dirección a Berenice, resistiéndose a la curiosidad de contemplarse en él y ver cómo lo mostraría. La joven, cuando el embalsamador llegó junto a ella, abandonó su letanía y cogió aire, dándose cuenta de que todo estaba funcionando tal y como las divinidades le habían dicho en su visión. Por unos segundos recordó a Eucleia y su insistencia en que desarrollara su capacidad para comunicarse con los dioses. Pero no había tiempo que perder. Teocles la tomó de la mano con fuerza sin parar de correr y tiró de la sacerdotisa, que enseguida reaccionó y corrió junto a él.

El tornado ya se había deshecho y Menófila gritaba fuera de sí pidiendo a los hombres de Paniscos que los persiguieran y recuperaran su espejo. Sin embargo, las cosas no iban a salir como ella quería. Aquella banda de ladrones, saqueadores y asesinos estaban consiguiendo demasiado botín en Panópolis como para preocuparse por salir en busca de los dos fugitivos. La lealtad que Paniscos había mostrado a Menófila, en realidad, no había sido más que ambición y avaricia. Aquello que la Gran Sacerdotisa había utilizado para salirse con la suya y conseguir el espejo se volvía en su contra en el momento menos indicado. Sin embargo, eso no iba a detenerla. Quería ese espejo. Ansiaba el espejo y todo lo que le había prometido. Por ello, salió corriendo tras la pareja, que se dirigía a las afueras de Panópolis, al desierto que separaba la ciudad de la necrópolis.

Cuando el suelo de piedra pasó a ser la arena del desierto, Berenice sintió que no podría seguir corriendo durante mucho tiempo. A cada pisada tenía la sensación de que aparecían manos de la arena sujetándola por el tobillo y que cada vez era más difícil escapar para encontrar el lugar perfecto en el que llevar a cabo el ritual que destruiría por completo el amuleto. Un ritual que no conocía, pero no era algo que le preocupara. Al fin, Berenice estaba convenciéndose de su poder y de sus capacidades, de que ya no era la aprendiz que había abandonado el templo de Horus-Min días atrás por primera vez en su vida. Ya no era una joven protegida en todo momento por personas con más conocimientos y experiencia que ella. Ya no era una tejedora sagrada despreocupada por lo que ocurriera más allá de los muros del templo. Por eso, cuando tropezó y cayó de bruces al suelo, no sintió frustración.

—¿Estás bien? —escuchó que preguntaba Teocles, quien se dejó caer de rodillas en la arena a su lado, jadeante tras la carrera, pero aliviado al ver que nadie les perseguía.

Justo cuando dejó de mirar, la silueta de Menófila apareció en la oscuridad, iluminada por el fuego que consumía algunas de las casas de Panópolis. Por suerte para ellos, la Gran Sacerdotisa ya había

empezado a consumirse por el efecto del espejo, así que no encontraba las fuerzas para correr. Avanzaba casi a trompicones, movida por la ansiedad que le producía estar lejos de la Locura de Hem-Netjer y deseando recuperarlo más que nada en el mundo.

Por su lado, Berenice, aún con las rodillas y las palmas de las manos sobre la arena, levantó la cabeza para contemplar frente a sí algunas piedras que salpicaban la arena. Supo lo que tenía que hacer. Con un jadeo, se puso en pie y empezó a colocarlas en forma de círculo, delimitando un espacio sagrado en la inmensidad del desierto. Teocles se levantó a su vez y dio algunos pasos hacia atrás, dejando que ella se encargara de organizarlo todo. Sus ojos se iban constantemente hacia la ciudad, donde aún reinaban el fuego y el terror, resistiendo la tentación de volver a socorrer a sus vecinos. Sin embargo, sabía que debían destruir el espejo que aún tenía en la mano, sin atreverse siquiera a mirarlo.

—Dame el espejo —le ordenó en ese momento Berenice, que se había situado en el interior del círculo de piedras y miraba a Teocles con sus brillantes ojos negros.

—¿Estás segura? —dijo él mientras lo alargaba hacia la joven, que había extendido el brazo en actitud demandante.

—Sí, hay que acabar con él cuanto antes.

Berenice tomó el espejo de manos de Teocles teniendo la precaución de mantenerlo hacia abajo, de forma que no podía reflejar sino a la arena del suelo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el embalsamador, mirando con nerviosismo el camino que llevaba a la ciudad y donde ya se adivinaba la silueta de Menófila, una figura renqueante recortada contra el cielo del atardecer.

—No lo sé —confesó Berenice con la mirada perdida.

Entonces cogió aire y suspiró y en aquel proceso sintió que inhalaba un poder que la estaba siguiendo desde el principio de su aventura, una energía que la acompañaba aunque ella ni se hubiera percatado de ello. Percibió la energía de los dioses junto a ella como una presión en el pecho, un nudo en el estómago que solo se desataría cuando diera lugar al ritual para destruir la Locura de Hem-Netjer. Sin pararse a pensar en ello, exclamó:

—¡Gran Geb, dios de la tierra y señor del firmamento, te invoco! ¡Absorbe la oscuridad de este objeto y devuelve el equilibrio a nuestra tierra!

Teocles dio algunos pasos hacia atrás al sentir que el suelo temblaba ligeramente tras aquella invocación. Miró a Berenice con un gesto de sorpresa, sin entender de dónde había sacado la joven aquel conocimiento y admirándola por ello. La sacerdotisa también percibió

aquellas vibraciones a través de la fina suela de sus sandalias de cuero y sirvieron para imbuirla de una nueva corriente de energía. Se sentía tan poderosa que creía que podría derribar el templo de Horus-Min si se lo proponía.

Elevó las manos hacia el cielo, sintiendo que el viento del oeste pasaba a través de sus dedos, dejando que acariciara la brillante superficie del espejo.

—¡Nut, diosa del cielo, te llamo! ¡Que tus vientos dispersen la maldición de este espejo y purifiquen el aire que respiramos!

El viento pareció intensificarse, levantando pequeños remolinos de arena en torno a Berenice, pero siempre respetando el espacio sagrado que ella había delimitado. Fue entonces cuando Teocles escuchó la voz de Menófila a lo lejos, gritando algo que no llegó a entender, pues el viento de Nut se llevó lejos sus palabras. Si estaba tratando de maldecirlos, no lo iba a conseguir mediante la palabra. Además, pronto quedaría sin aliento…

—¡Majestuoso Hapi, señor del Nilo, te convoco! ¡Que tus aguas sagradas limpien la maldad que reside en este espejo y fluyan libremente, llevando vida a todo lo que tocan!

Si en algún momento Teocles o la propia Berenice habían dudado acerca de la efectividad de aquellas invocaciones, en ese instante pudieron confirmar que estaban haciendo lo correcto. Un rumor lejano llenó el aire y en apenas unos instantes, en el horizonte aparecieron las aguas del Nilo, creciendo en un momento en el que no debían hacerlo. Parecían guiadas por una mano invisible que hizo que rodearan el lugar en el que se encontraba Berenice. Teocles se puso en alerta: la joven se encontraba ahora en una pequeña isla escoltada por las aguas del Nilo y pequeños remolinos de arena. Algunas gotas de agua salpicaron el espejo, que reaccionó como si tuviera vida propia, sacudiéndose en la mano de Berenice como si le hubiera molestado aquel tacto. La sacerdotisa lo sujetó con más fuerza. Su corazón latía cada vez con más fuerza y no estaba segura de poder resistir el poder que crecía dentro de ella, pero no podía parar ahora.

—¡Ra, dios del sol, con tu fuego eterno, te invoco! ¡Que la intensidad de tus llamas queme la maldición de este objeto y llene el mundo con tu luz renovadora!

Berenice levantó el espejo en el aire sujetándolo con ambas manos por el mango y dejó que los últimos rayos del sol se reflejaran en él. En ese momento, una onda expansiva de luz y calor salió del espejo con un sonido sordo. Berenice y Teocles cayeron de espaldas, así como Menófila, que cada vez estaba más cerca de la pareja. Cuando la onda llegó a Panópolis extinguió los fuegos de sus casas y derribó a los secuaces de Paniscos que, asustados por aquello, echaron a correr de forma desordenada hacia el camino para huir de aquel lugar.

—¡No huyáis, cobardes! ¡Traedme el espejo! —gritaba Menófila aún en el suelo sin que nadie le prestara la más mínima atención.

La Gran Sacerdotisa, llena de furia, encontró fuerzas para ponerse en pie y echar a correr con los ojos clavados en Berenice. Dejó ir un grito que casi era un rugido y que hizo que Berenice y Teocles se giraran hacia ella. El embalsamador frunció el ceño y se colocó delante de la joven para protegerla. Sin embargo, Berenice devolvió la mirada a Menófila con las mandíbulas apretadas, no solo recordando todos los momentos en los que había estado tan cerca de la muerte por su culpa, sino la traición que había cometido. Entonces, sin apartar los ojos de la que había sido su digna mentora y ahora solo era una sacerdotisa enloquecida, levantó el espejo en el aire con las dos manos y lo dejó caer con fuerza sobre una de las piedras con las que había formado el límite sagrado.

El espejo saltó en mil pedazos y un trueno sacudió el cielo. Menófila abrió los ojos de forma desmesurada, con una mezcla de terror y sorpresa reflejada en ellos, y cayó al suelo de rodillas entre gritos y lamentos, hasta que las fuerzas la abandonaron y Anubis reclamó su *ka*. Los trozos del espejo se convirtieron en pequeñas ascuas que se apagaron con un siseo al contactar con las aguas del Nilo que rodeaban a Berenice. La sacerdotisa sintió que el mango que aún sujetaba empezaba a arder, así que no tuvo más remedio que dejarlo caer. Una lengua de agua lo arrastró y, a continuación, las aguas del Nilo retrocedieron por donde habían venido, abandonando el desierto y regresando a su cauce.

Teocles corrió hacia Berenice en el momento preciso en que la joven perdía la consciencia, sosteniéndola entre los brazos hasta depositarla con cuidado sobre la arena. El sol se ocultaba tras los montículos de la necrópolis, dando paso al estrellado manto nocturno mientras el embalsamador acariciaba el rostro exhausto de la sacerdotisa, ignorando el cuerpo inerte de Menófila a sus espaldas. Al fin, Berenice abrió los ojos y esbozó una sonrisa cansada al ver el rostro de Teocles inclinado sobre ella, mirándola con tanta admiración y amor.

—Ya está hecho.

—Ya lo has hecho —le corrigió Teocles con una amplia sonrisa llena de orgullo que pareció iluminar aquel rincón.

—Creía que no lo conseguiríamos —respondió acomodándose entre los brazos de Teocles.

El poder y la energía que se habían apoderado de ella durante el ritual la habían abandonado y ahora sentía un gran cansancio y solo quería dormir. Sin embargo, también sentía que volvía a ser ella misma de nuevo.

—Yo no dudé en ningún momento en que sería así —alardeó el

embalsamador con actitud cómica, haciéndola reír.

Berenice se incorporó con ayuda de Teocles, sentándose en la arena y mirando a lo lejos las siluetas de las casas de Panópolis y su gran templo de Horus-Min. Menófila yacía a escasos metros de la pareja y pronto la oscuridad de la noche se tragó su figura. Las sombras ocultaron a las hienas que acudieron prestas a reclamar su botín.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó, apoyándose en el suave y moreno hombro de Teocles —¿Volverás a la Casa Hermosa y yo a los telares sagrados del templo?

—Bueno… —respondió él, acomodándose también en la arena —Zoilo ya no está, Menófila tampoco… Me parece que hay cosas que van a cambiar un poco. ¿Quieres que vayamos a comprobarlo? —añadió haciendo ademán de levantarse para regresar a Panópolis.

—Sí… pero dentro de un rato.

El embalsamador y la sacerdotisa intercambiaron una mirada y una sonrisa, y permanecieron abrazados sobre la arena, disfrutando de la tranquilidad y el silencio, dando gracias por seguir vivos, solazándose en el amor que brotaba en sus corazones.



El olor del incienso había encubierto de forma magistral el aroma de los corderos asados que se estaban preparando en las cocinas. Cuando Berenice salió de la cámara sagrada, dejó atrás rápidamente lo que acababa de vivir allí abajo para pensar en la deliciosa cena que les esperaba aquella noche. Una niña se acercó corriendo a ella portando una bandeja de oro en la que la sacerdotisa fue depositando todos los amuletos mágicos con los que se protegía en cada ritual.

Se dirigió con pasos largos hacia el patio trasero, un magnífico espacio sombreado gracias al entramado de cañas que hacía las veces de techo. El olor de los mirtos y los lirios competía en aquel momento con el cordero asado mientras los sirvientes se movían de un lado a otro preparando la mesa. Jarras de cerveza fresca y bandejas de higos y queso amenizarían el banquete de carne que les esperaba.

—Eres la primera en llegar.

Berenice detuvo su camino y se giró al escuchar la voz de Eucleia a sus espaldas, quien sonreía divertida.

—No he comido nada desde anoche —respondió Berenice mientras robaba un higo de una de las bandejas portadas por los sirvientes de Dendera —Necesito probar ese cordero asado.

—¿Sabes quién me extraña que no haya llegado todavía? —preguntó Eucleia girándose para mirar en todas direcciones, hasta que vio aparecer a Teocles por uno de los corredores del templo con su leve cojera —Ah, ahí está.

—No lloréis más, aquí está el artista que esperabais —exclamó el embalsamador, ahora pintor, levantando las palmas de las manos y exhibiendo su luminosa sonrisa —La esposa del escriba Panthis ahora quiere que dibuje nenúfares en lugar de lotos en la sala principal de su palacio —explicó antes de resoplar, haciendo reír a las dos mujeres.

Teocles enlazó la cintura de Berenice cuando llegó junto a ella y le dio un beso en la sien. Después, la miró a los ojos y le dedicó una sonrisa. Ella correspondió de la misma forma y juntos, se dirigieron al patio exterior del templo de Dendera.

El hogar de la diosa Hathor era ahora también su hogar.

Disfruta de mi novela "El Mar y la Hierba", ambientada en Francia del siglo XVIII.


El mar y
la hierba
REBECA MIRTO